



MALDICIÓN DE MALINCHE

Visiones y reivindicaciones de la Malinche en la obra de Octavio Paz, Carlos Fuentes y Rosario Castellanos.

Requisito parcial para optar al título de

**MAESTRÍA EN LITERATURA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
2012**

NATALIA ROLDÁN RUEDA

**Directora:
Dra. ERNA VON DER WALDE URIBE**

Yo, NATALIA ROLDÁN RUEDA, declaro que este trabajo de grado, elaborado como requisito parcial para obtener el título de Maestría en Literatura en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Javeriana es de mi entera autoría excepto en donde se indique lo contrario. Este documento no ha sido sometido para su calificación en ninguna otra institución académica.

Firma

Natalia Roldán Rueda

Fecha: 6 de agosto de 2012

LISTA DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN.....	1
La Malinche y el encuentro con los españoles	5
De los hechos históricos a las construcciones simbólicas	10
Visiones y reivindicaciones de la Malinche: Este proyecto	15
CAPÍTULO I - La Malinche “chingada”: el pasado mexicano a través de la mirada de Octavio Paz.....	20
La Malinche como madre	26
Crónicas de traición	32
El machismo: entre la sumisión y el estoicismo	35
CAPÍTULO II - La Malinche y la palabra: la lengua como puente cultural en la obra de Carlos Fuentes.	44
El peso del presente	46
Las ‘Marinas’ de Fuentes: traición desde la acción.....	53
El poder de la palabra	59
Una cultura en espiral	70
CAPÍTULO III - Destruir el arquetipo: la Malinche como mujer en “El eterno femenino” de Rosario Castellanos.	79
La construcción de un arquetipo	81
La reivindicación de lo femenino	88
La mujer y la mexicanidad.....	95
CONCLUSIONES.....	102
BIBLIOGRAFÍA	109

INTRODUCCIÓN

*En ese error entregamos
la grandeza del pasado
y en ese error nos quedamos
trescientos años esclavos.*

*Se nos quedó el maleficio
de brindar al extranjero
nuestra fe, nuestra cultura
nuestro pan, nuestro dinero
(...)
¡Oh! maldición de Malinche
enfermedad del presente
cuando dejarás mi tierra
cuando harás libre a mi gente.*

*Fragmentos del corrido “La maldición de
Malinche” de Gabino Palomares (1975)*

La canción “La maldición de Malinche” de Gabino Palomares, compuesta en 1975, conjuga el pasado y el presente alrededor de la maldición de Malinche “de brindar al extranjero nuestra fe, nuestra cultura, nuestro pan, nuestro dinero”. Con la sola mención de Malinche se representa la sumisión del mexicano, acostumbrado desde la Conquista a arrodillarse ante el invasor y a perder lo propio para satisfacer al extranjero. Para esto, el

cantautor recurre a una figura arraigada en la memoria popular: la Malinche, a quien utiliza como metáfora de la traición a la patria.



Ilustración 1. Cortés y Malinche (1926). Mural en el Colegio de San Idelfonso, Ciudad de México

La canción remite, por supuesto, al personaje histórico de la Malinche, la mujer que sirvió de traductora a Cortés, y presenta el malinchismo como una enfermedad que sufre el mexicano de ver al enemigo como amigo, de no prestar atención a la posible traición de la que se hace partícipe. El uso que hace Palomares de la figura histórica es indicativo de su fuerte arraigo popular. A través de la figura de Malinche, el compositor logra enlazar el malestar del presente con un momento originario que se identifica como constitutivo, el de la traición. Sin duda, la Malinche sigue presente como un referente cultural que permite dar

razón de rasgos de identidad. Efectivamente, como señala la antropóloga Cristina González en su análisis histórico de la Malinche como figura constitutiva de la identidad mexicana, *Doña Marina (La Malinche) y la formación de la identidad mexicana* (2002),

Se trata de un mito institucional que, enmarcado en el paradigma de la Conquista, ha sido creado y difundido por el Estado mexicano a través de una retórica nacionalista impuesta por medio de la historiografía, la enseñanza escolar, la literatura, los actos patrióticos, los discursos y conmemoraciones, incluso la museología y el folclor, hasta terminar siendo asumido por los mexicanos como memoria histórica o conciencia colectiva (González 2002: 14).

Su presencia es notoria en versiones oficiales de la historia de México; se representa en la pintura, como es el caso de la imagen que hace de ella José Clemente Orozco en uno de los murales del Colegio de San Idelfonso en Ciudad de México; aparece en manifestaciones populares asociada entre otras, con la figura de la Llorona, quien supuestamente encarna el espíritu de la Malinche, y por supuesto en la literatura.

Un aspecto interesante del papel que desempeña esta figura en la cultura es la fuerza explicativa que se le atribuye para entender un proceso histórico complejo y contradictorio. Como primera medida, la Conquista es interpretada como una derrota de un pueblo mexicano que de una manera u otra sigue siendo el del presente. Este rasgo es notorio, pues la Conquista se entiende de manera muy distinta a como se entiende por lo general en Colombia, en donde el relato se centra en las hazañas españolas, pero poco nos ocupamos de “la visión de los vencidos”. Vale la pena comparar con el caso de la India Catalina, hija del cacique Galeras de la etnia Caribe, raptada en 1509, esclavizada y evangelizada por los españoles en la isla de Santo Domingo, y luego llevada nuevamente como intérprete de Pedro de Heredia a las actuales sabanas de Bolívar. En nuestra memoria colectiva, no es la India una figura que represente la traición, sino que incluso la historiografía la ha construido de manera positiva al ser instrumento facilitador de la conquista y el

sometimiento de los indígenas.¹ Por ello se le conoce como la India Lengua o incluso la “pacificadora”.²

Hay, pues, una identificación histórica de los mexicanos con los vencidos, más que con los vencedores. Es desde esta visión de la Conquista que se puede concebir la noción misma de la traición. Pero al mismo tiempo, la Malinche ha sido identificada como la primera madre del mestizaje, con lo cual se hace imposible separarla de la descendencia actual, y a través de ella se vincula el pasado con el presente en esa condición de ser todos hijos del primer bastardo mestizo. Esto genera una situación de conflicto con la propia identidad, centrada alrededor de esta figura femenina.

Los dilemas que plantea la figura de la Malinche en la identidad mexicana es uno de los aspectos que exploro en este trabajo alrededor de construcciones ensayísticas y literarias mexicanas de la segunda mitad del siglo XX, específicamente en obras de Octavio Paz, Carlos Fuentes y Rosario Castellanos. Como se verá, el proceso de construcción de la Malinche en símbolo de un momento histórico de la mexicanidad es prolongado y complejo. Mi punto de partida es que el ensayo de Octavio Paz *El laberinto de la soledad* (1951) marca un momento de crisis de la identidad mexicana después del gran esfuerzo de la Revolución, las reformas de Cárdenas en los años 30, los avances de la modernidad en los años 40. Este texto se convierte en punto de referencia obligado para toda discusión de

¹ Valga como ejemplo la versión que hace Soledad Acosta de Samper en su obra *Biografías de hombres ilustres ó notables, relativas á la época del descubrimiento, conquista y colonización de la parte de América denominada actualmente EE. UU. de Colombia de 1883*, centrada en la figura de Pedro de Heredia.

² En épocas recientes se ha debatido fuertemente la exclusión y el ocultamiento de indígenas y negros en la construcción de la historia del Caribe colombiano y de Colombia en general. Ver Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*, Bogotá: Banco de la República y Áncora Editores, 1998 y *Fronteras Imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*, Bogotá: Planeta, 2005. Respecto al caso de los símbolos de Cartagena, ver Eva Durán, “Cartagena, la ciudad de las mentiras”, en *Café Berlín*. En línea: http://www.delagracia.de/ev_1.htm. (Consultado: junio 14, 2012). Para una comparación de la India Catalina con La Malinche, ver Bárbara Dröescher, “La India Catalina, ¿otra Malinche?” en Carlos Rincón, Sarah de Mojica y Liliana Gómez, eds. *Entre el olvido y el recuerdo: íconos, lugares de memoria y cánones de la historia y la literatura en Colombia*. Bogotá: Editorial PUJ, 2010.

la identidad mexicana. La forma como Paz inserta a Malinche en el proceso, su relectura de descubrimiento y conquista, de la modernidad mexicana misma como anclada en estas heridas históricas, es fundamental para comprender lo que serán las otras dos miradas literarias en torno a las cuales trabajaré: los usos de la Malinche para Carlos Fuentes y Rosario Castellanos.

Con el fin de brindar el adecuado contexto en el que se inserta el debate sobre la Malinche en la cultura mexicana, me ocuparé en primera instancia en esta introducción de presentar los aspectos históricos y simbólicos más relevantes.

La Malinche y el encuentro con los españoles

En los casi 500 años que habían transcurrido desde la Conquista de Tenochtitlán (1521) hasta que se compone la canción de Palomares a la que nos referimos anteriormente, el personaje de la Malinche mutó y cobró diversos matices. La fuerza de simbolización que ha llegado alcanzar en este proceso ha ido ocultando cada vez más la situación histórica que le dio origen.

La primera mención que se hace de quien se conocerá como Malinche aparece, aun sin nombre, en la Segunda Carta de Relación de Hernán Cortés (30 de octubre 1520, o sea antes de la conquista final de Tenochtitlán). Unos años después, una vez sometido el pueblo mexicana, Cortés va relatando al Rey y Emperador Carlos V sus progresos en el sometimiento a otros pueblos en el territorio, y ya en su V Carta de Relación de 1526, cuando relata el avance desde Mazatlán, cuenta Cortés del encuentro con una población indígena a la que le informa que viene en nombre del rey y recibe respuesta de uno de ellos que ha oído rumores de

que había cinco o seis años que los de Tabasco, viniendo por allí por su tierra, le habían dicho cómo había pasado por allí un capitán con cierta gente de nuestra nación, y que los habían vencido tres veces en batalla, y que después les habían dicho que habían de ser vasallos de un gran señor, y todo lo que yo ahora le decía; que le dijese si era todo uno.

Yo le respondí que el capitán que los de Tabasco le dijeron que había pasado por su tierra, con quien ellos habían peleado, era yo; y para que

creyese ser verdad, que se informase de aquella lengua que con él hablaba, que es Marina, la que yo siempre conmigo he traído, porque allí me la habían dado con otras veinte mujeres; y ella le habló y le certificó de ello, y cómo yo había ganado a México, y le dijo todas las tierras que yo tengo sujetas y puestas debajo del imperio de vuestra majestad, y mostró holgarse mucho en haberlo sabido, y dijo que él quería ser sujeto y vasallo de vuestra majestad y que se tendría por dichoso de serlo de un tan gran señor como yo le decía que vuestra alteza lo es ([1526] 1992: 242).

Así introduce Cortés a Marina, como parte de un tributo de veinte mujeres recibidas en Tabasco y la traductora e intermediaria para seguir sujetando a los pueblos después de la Conquista de Tenochtitlán.

No cuenta, sin embargo Cortés, que para 1526, cuando redacta esta Carta, ya había nacido Martín, el hijo concebido con Marina. Será el cronista oficial de la Corona, Francisco López de Gómara, quien señalará que además de traductora, asesora, informante y secretaria, Marina fue la madre de Martín.³ Por su parte, Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España* ([1575] [1632] 1939), además de la información ya conocida de que fue entregada en tributo y su conocimiento de las lenguas, contará la historia de Marina desde su infancia, sus peregrinajes por la tierra.⁴

Hernán Cortés llegó a México, por Yucatán, en 1519. En su primera Carta de Relación cuenta de unos españoles se encontraban en poder de un cacicazgo maya cercano en la isla de Cozumel, por lo cual decidió ofrecer su ayuda para rescatarlos. Eran dos hombres, Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar, que habían naufragado hacía ocho años y habían llegado, sin quererlo, a esas tierras. Guerrero, quien ya había formado una familia con una

³ *La conquista de México*, edición de José Luis de Rojas. Madrid: Dastin Historia, 2000.

⁴ Bernal Díaz participó en la Conquista de México y comenzó a escribir su versión de los eventos cuando contaba casi 85 años de edad para resaltar el papel de las órdenes bajas del ejército conquistador, en contraste con la versión oficial de Francisco López de Gómara, centrada en los grandes personajes. Bernal terminó de redactar su obra en 1575 y, aun cuando circuló informalmente, no se publicó sino muchos años después de su muerte, en 1632.

Conquista– pero fue abandonada al morir su padre pues su madre volvió a casarse y tuvo otro hijo que se convertiría en el heredero. Aunque los caciques informaron que la niña había muerto, en realidad había sido entregada a unos indios Xicalango, quienes luego se la dieron a los de Tabasco. Debido a estos periplos por el territorio, la Malinche aprende varias lenguas y conoce de cerca la situación de las diferentes regiones del imperio, lo cual hace que la indígena sea útil, no solo como traductora, sino como informante. La mayoría de los cronistas españoles – desde Hernán Cortés en sus *Cartas de relación* , hasta López de Gómara y Díaz del Castillo – coinciden en que Marina les dio a los conquistadores información geográfica clave para que las tropas pudieran atravesar el territorio y llegar a Moctezuma, les contó de posibles ataques indígenas contra el ejército español y también les reveló las flaquezas del imperio azteca, que se encontraba fragmentado, debilitado por los conflictos internos y sometido por un monarca despótico. El conocimiento que tenía la Malinche sobre la región facilitó la estrategia política de los españoles para invadir Tenochtitlán: los conquistadores evadieron obstáculos, atacaron y se defendieron en los momentos precisos, supieron cómo tratar a esa cultura extraña y crearon alianzas que finalmente los llevaron a la victoria.

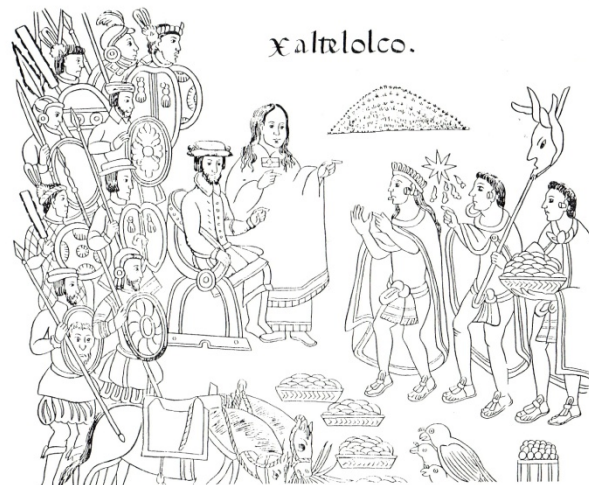


Ilustración 3. La Malinche traduce a Cortés. Lienzo de Tlaxcala (1552).

Los cronistas no desarrollan con mucha profundidad la condición de Malinche como madre de Martín; el único que da ciertos detalles sobre este asunto es Díaz del Castillo, quien asegura que la indígena se sintió muy satisfecha al convertirse al cristianismo, al tener el hijo de Cortés y al casarse, luego, con el caballero Juan Jaramillo. Según las palabras del cronista, todo parece indicar que no hubo vínculos románticos entre Marina y los conquistadores, sino relaciones sustentadas en el servilismo de la indígena, que mantenía una actitud reverencial ante Cortés y Jaramillo.

Habría que pensar hasta dónde la relación con Marina, como la de otras mujeres de la aristocracia mexicana, servía para afianzar la presencia de los españoles.

En 1528, lleva Cortés al hijo que había tenido con la Malinche a España. Allá contrae matrimonio con Juana de Zúñiga, con quien tiene un hijo que también se llamará Martín, y tres hijas. La leyenda de la Llorona, con la que también se asocia a Malinche, cuenta la historia de una mujer a la que le quitaron los hijos y deambula por el mundo llorando su pérdida. Se cree que la Malinche murió un año después. Los hijos de Cortés regresaron a México en 1540, y según dice Carlos Fuentes,

los dos Martines, el Martín criollo hijo de Juana de Zúñiga y el Martín mestizo hijo de la Malinche, serán los protagonistas, en 1566, de la primera intentona independentista de México.⁶

Aquí hemos reconstruido la historia de la Malinche a partir de las pocas menciones que se hacen de ella en las crónicas de la Conquista de México. López de Gómara, Díaz del Castillo y los demás cronistas nunca se refirieron a la Malinche como una figura indispensable para que Hernán Cortés lograra invadir Tenochtitlán, pero su papel de facilitadora es lo suficientemente importante como para que se señale. La superioridad militar probablemente tuvo mucho más peso que el papel de la intérprete, y como puede verse en la V Carta de Relación de Cortés, la función de Doña Marina tuvo más relevancia después de la conquista militar que antes de ella. Un testigo, Gonzalo Rodríguez de Ocaña afirmaba que "gracias al trabajo de Doña Marina, muchos indios se volvieron cristianos y se sometieron al mandato de Vuestra Majestad".⁷

Fue cuando pasó a convertirse en símbolo que se le atribuyeron poderosos rasgos negativos que hicieron de ella la responsable detrás de la hazaña conquistadora. Por eso,

⁶ Carlos Fuentes, "Hernán Cortés", *Nexos*, enero 2000, edición digital: <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=2099565> (Consultada: junio 27, 2012).

⁷ *Probanza de buenos servicios y fidelidad con que sirvió en la conquista de Nueva España la famosa Doña Marina*, Patronato 56, núm. 3, ramo 4. Archivo General de Indias, Sevilla, España. Citado en Jean Franco, "La Malinche: del don al contrato sexual", *Debate Feminista: Sexualidad, Teoría y Práctica* Año 6, Vol. 11, 2005: 258

obras como la de Palomares retoman el mito como una metáfora de la traición que condenó al pueblo mexicano.

De los hechos históricos a las construcciones simbólicas

La posición de la Malinche histórica como traductora, informante, amante y madre, fue la base sobre la cual el nacionalismo post-independentista construyó a la Malinche simbólica como una mujer denigrada y la redujo a traidora de la patria. Cristina González resume el proceso de la siguiente manera:

En lo que a la Malintzin se refiere, las fuentes que se emplean para denigrarla y transformarla en paradigma de la traición son las crónicas españolas de la Conquista de México, especialmente la de Bernal Díaz del Castillo, quien tantos elogios hizo de ella. El retrato épico creado por este cronista en el siglo XVI será retocado en épocas posteriores por numerosos historiadores y biógrafos. Los atributos y cualidades de –en opinión del cronista– tan “excelente mujer” serán retomados tras la Independencia, y el contexto nacionalista, que crea y difunde su propia versión de la Conquista, transformará las cualidades de inteligencia, fidelidad, valentía, nobleza y generosidad, etc., en sus opuestos [...] Y será esta imagen la que deje profundas huellas en la memoria colectiva (2002: 43)

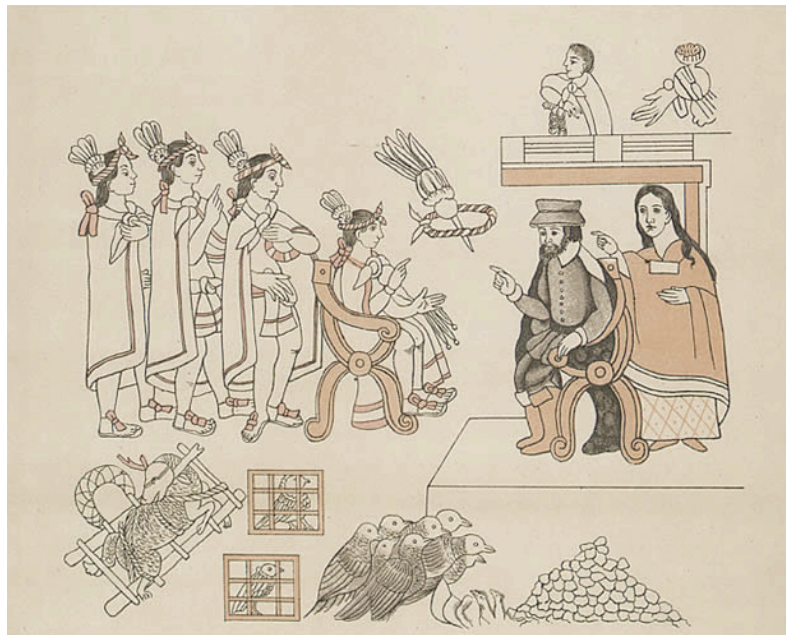


Ilustración 4. Entrada de Hernán Cortés a Tenochtitlán de lado de Marina. Lienzo de Tlaxcala (1552).

El paso de la Malinche de ser un personaje histórico a uno simbólico se debe, principalmente, a la conformación de un pensamiento nacionalista republicano que modificó la concepción que se tenía del pasado, así como de los héroes y los villanos que hicieron parte de este.

En el siglo XIX, con la Independencia de México, se desarrolla un nacionalismo que combina varios elementos:

Guadalupanismo, neoaztequismo o valoración exaltada del pasado azteca e hispanofobia con reivindicaciones plenamente políticas de tipo moderno como es el principio de soberanía nacional. (González 2002: 77)

Es decir, se empieza a pensar en un proyecto de nación que se consolida sobre la idea de una continuidad histórica y cultural desde los tiempos prehispánicos, teniendo como base ciertos héroes, símbolos y rituales que unirían a toda la ciudadanía y servirían como base para que ésta demostrara lealtad y sentido de pertenencia frente a la nación (González 2002: 77).

En ese proceso, en el que se fundamentó la nacionalidad mexicana, se estableció como centro ideológico la hispanofobia. Tras siglos de una visión de la historia en las que los españoles resaltaban y ensalzaban su misión de llevar al territorio americano la civilización de mano de la evangelización, los nacionalistas del siglo XIX rechazaron la Conquista y su barbarie. Los principales argumentos para el rechazo a lo hispano fueron desarrollados por fray Servando Teresa de Mier, sacerdote católico que en su libro *Historia de la revolución de Nueva España* condenó los tres siglos de opresión española, llamó a los conquistadores ladrones y asesinos, y equiparó la resistencia de los insurgentes durante la independencia con aquella de los aztecas durante la Conquista.⁸

Además de trabajar en torno a esta indignación frente a la invasión hispana, Mier también desarrolló una teoría que defendía, basándose en las creencias, ritos y códigos del

⁸ Desarrollo este proceso sobre la base del análisis que establece Cristina González en su libro sobre la Malinche. Para las tesis de Fray Servando Teresa de Mier, ver capítulos 4 y 6.

México antiguo, y que planteaba que México había sido evangelizado en el siglo VI por santo Tomás-Quetzalcóatl. Según su planteamiento –que había sido defendido por los intelectuales e historiadores Carlos Sigüenza y Góngora, Lorenzo Boturini y Mariano Fernández de Echevarría y Veitia–, los indígenas conocieron los principales dogmas de la religión católica y adoraron a la virgen mucho antes de la Conquista (González 2002: 59). Sus afirmaciones fueron calificadas como delirios, blasfemias y desatinos, y por estas terminó recluso encarcelado en El Morro, en La Habana, pero su hipótesis quedó escrita y con ella fortaleció las búsquedas nacionalistas de la época, pues “acusa a los españoles de haber usurpado el título de apóstoles y de haber ocultado los vestigios de la predicación en América” (González 2002: 81). Las tesis de Mier confirieron a México una relativa autonomía espiritual, pues sin remover el profundo catolicismo que ya se había arraigado en el pueblo mexicano, deslegitima la Conquista como proceso necesario para la cristianización. Según su propuesta, al ser los indígenas dueños de unas creencias judeocristianas anteriores a la llegada de los conquistadores, se ponía en tela de juicio la

legitimidad de los españoles a gobernar la Nueva España.



Ilustración 5. La Virgen de Guadalupe.

La historia de santo Tomás-Quetzalcóatl ha hecho parte de un concepto denominado cristianismo mitológico que, en esa campaña nacionalista y antihispanista de la independencia que, tal como lo señala Cristina González en su investigación sobre la Malinche, cohesionaba la nueva nación (86). Solo a partir de esa confluencia de las creencias cristianas y la valoración a lo prehispánico era posible aglutinar tanto a indígenas como a criollos y a mestizos.

De ese cristianismo mitológico también surge el guadalupanismo, o culto a la Virgen de Guadalupe.

Entre 1648 y 1649, Miguel Sánchez y Luis Lasso publican los primeros relatos con las apariciones de la Virgen y a partir de ese momento el culto a Guadalupe se empieza a

extender por la Nueva España. La Virgen deja de conocerse como un ser etéreo, distante e hispano, para convertirse en un ídolo cercano, que aparece ante los indígenas más humildes, habla náhuatl y hace milagros. Así, la Guadalupana se transforma en un símbolo en el que convergen las creencias indígenas, criollas y mestizas, y que permite forjar ideologías unificadoras de la nación mexicana (González 2002: 86).

Para el proyecto nacionalista también fue clave la valoración del pasado azteca, que era un paso lógico en la búsqueda por la unificación y la constitución de una identidad, más aún cuando uno de los propósitos era exaltar lo propio. Así, se revivieron héroes y símbolos aztecas que despertaban las más profundas emociones de los mexicanos. Vale la pena mencionar, no obstante, que en este proceso de revalorización del pasado prehispánico, se excluyeron todas las comunidades que no eran aztecas y se intentó pasar como homogénea una realidad social que siempre se resistió a la unidad. Según Cristina González, esa falta de precisión historiográfica no es problemática para la búsqueda nacionalista, pues en la construcción de la idea de nación empiezan a ser más relevantes las representaciones colectivas y simbólicas que la historia verdadera (85-86). Así, se crea un relato en el que se ocultan los fraccionamientos internos del imperio azteca, se atribuye todo a la codicia del Conquistador y a las acciones de unos pocos traidores que revelaron los secretos del imperio. De ellos, la Malinche será el símbolo principal.

Así, mientras se origina el culto a Cuauhtémoc como paradigma heroico de la mexicanidad, también se construye el arquetipo de la traición y la antimexicanidad representado por la indígena. La ayuda que Marina presta a los conquistadores como intérprete, informante y espía, tan valorada por los españoles, se vuelve contra ella y la transforma en cómplice; y su condición de amante de Cortés hará de ella un modelo de abyección e inmoralidad.

El guadalupanismo, el neoaztequismo y la hispanofobia llevan a una valoración de lo propio que recoge los 350 años de experiencia colonial en aquellos elementos que tuvieron más arraigo popular, sobre todo las manifestaciones religiosas, las reconvierte a un pasado azteca imaginado y refuerza el rechazo al dominador expulsado con el movimiento de la Independencia. Estos elementos servirán de fundamento a la nación moderna.

El siglo XX hereda el proceso nacionalista que se venía desarrollando desde el XIX. Las contradicciones y tensiones que arrastraba el proyecto de nación, anclado en un fuerte imaginario nacionalista, supuestamente popular e indigenista, estallaron sin embargo en el año del Centenario, dando inicio a la Revolución Mexicana. Sin adentrarnos en las complejidades historiográficas que rodean el análisis de la Revolución, asumiremos que finaliza en 1917, como suelen referirlo las fuentes oficialistas, especialmente porque si bien quedan muchas luchas sociales pendientes, que se manifestarán hasta bien entrada la década del 30, especialmente en el estado de Chiapas, las transformaciones en las políticas culturales se harán visibles desde inicios de los años 20. Artistas, académicos, antropólogos, políticos y escritores se manifestaron y, desde sus campos de pensamiento y creación, promovieron el nuevo proyecto de nación. En un principio, se verá reflejado más que nada en el monumental proyecto del muralismo conjugado con las visiones de una educación popular de corte más moderno, promovida por Vasconcelos desde el Ministerio de Educación.

Como en el siglo XIX, en el XX la figura de la Malinche aglutina ideas y reflexiones sobre la mexicanidad. Si bien continuará siendo el símbolo de la traición, como bien lo ejemplifica la canción de Palomares, comienzan también a producirse diversas formas de aproximación y su imagen cobra nuevos matices. La exaltación que se va a hacer de México como nación mestiza, introduce un nuevo tono en la imagen de Malinche, y la inserta en una posición ambivalente. A medida que avanza el siglo, va a salir a flote la profunda tensión que produce en la conformación de la identidad mexicana el que Malinche conjugue el papel de traidora de la patria y el de madre originaria del mestizaje.

En los debates sobre el mestizaje, cabe resaltar la figura de Samuel Ramos, quien en *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934) se ocupará de la valoración que hace la cultura mexicana de lo extranjero en contraste con lo propio y de donde afianzará el significado de lo que representa la Malinche como sumisión ante el extranjero, tal como lo usa Palomares en la canción citada anteriormente. No se trata específicamente de la traición, sino que se entiende el malinchismo como la tendencia a dejarse deslumbrar por lo

extranjero en desmedro de lo mexicano. Esta acepción viene asociada al análisis que hace Ramos de lo que se considerará el complejo de inferioridad colectivo del mexicano.

En la segunda mitad del siglo XX, la figura de la Malinche seguirá presente en los análisis que hacen los mexicanos de su identidad y de su destino histórico. Si bien el imaginario popular mantiene viva la figura de la traidora, con sus acepciones de la Chingada y la Llorona, la literatura va a buscar nuevas figuraciones de la Malinche. En este trabajo me ocupé de tres visiones que considero especialmente relevantes, la de Octavio Paz, la de Carlos Fuentes y la de Rosario Castellanos, porque además de sus aproximaciones particulares a la cuestión de la identidad, hacen del proceso de escritura un espacio especialmente significativo para matizar y cuestionar el pasado.



Ilustración 6. Marina y Cortés. Lienzo de Tlaxcala (1552).

Visiones y reivindicaciones de la Malinche: Este proyecto

En épocas recientes ha surgido un interés por investigar y re-pensar a la Malinche, especialmente gracias a la influencia de nuevas visiones de la historia, del papel de la mujer y de la importancia que han cobrado los estudios sobre las culturas populares.

Esto se ha visto reflejado no solo en estudios académicos, sino en la aparición de obras literarias como la novela *Malinche* de Laura Esquivel (2006) o *La verdadera historia de La Malinche* de Fanny del Río (2009), exploraciones que buscan darle un nuevo sentido a la madre de la mexicanidad y al origen del mestizaje. Ambas obras, cada cual a su manera, busca comprender la situación que la Malinche tuvo que enfrentar para encontrar a la persona detrás del personaje.

Las revisiones historiográficas y feministas en las últimas décadas han aportado nuevas aproximaciones a la figura de la Malinche en estudios académicos. Se considera que el primer estudio significativo es *La Malinche in Mexican Literature: From History to Myth* de Sandra Messinger Cypess (1991), una obra que surge del interés del feminismo por las figuras femeninas en la historia y el trato que han recibido en los procesos de formación de las identidades nacionales. En la línea inaugurada por la obra de Cypess, *Feminism, Nation and Myth: La Malinche*, editado por Rolando Romero y Amanda Nolacea Harris (2006) reúne una serie de artículos que dan cuenta de la investigación académica realizada sobre la Malinche, especialmente en el campo de la literatura chicana en los Estados Unidos, una de las áreas que ha retomado esta figura como emblemática de la situación de la chicana. En términos de un recorrido detallado y exhaustivo del proceso de transformación que ha sufrido la figura de la Malinche en la cultura mexicana, el trabajo que sobresale es la ya mencionada investigación de Cristina González, *Doña Marina (La Malinche) y la formación de la identidad mexicana* (2002), un estudio que recoge aspectos de historia de la cultura para dar cuenta de ello.⁹

La producción que existe sobre la figura de La Malinche, tanto en términos generales respecto a la cultura mexicana como las manifestaciones particulares en diversos autores es muy extensa. Mi interés con este trabajo no es dar cuenta exhaustiva de debates, sino remontarme a tres momentos en los que la figura de la Malinche sirve para revisar el pasado y para representar identidades en crisis.

La investigación comienza con *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz, quizás la obra más influyente de la cultura mexicana en la segunda mitad del siglo XX y un punto de referencia obligado. Paz es el enlace entre las visiones del pasado y una nueva configuración. En Paz la traidora se transforma en la Chingada, en la mujer violada, pero su legado sigue impregnado de connotaciones negativas como responsable de las desgracias del pueblo que habita el antiguo territorio azteca. La Malinche como chingada se apoya en

⁹ En este trabajo haré mención frecuente a la obra de González, que es la que me ha dado mayores luces para comprender los aspectos históricos del proceso de la cultura mexicana.

un término ambivalente que hace que esta mujer sea considerada víctima tanto de la violación como del engaño, lo cual la convierte en símbolo de la entrega sin resistencia, de la pasividad y la ingenuidad, lo cual la lleva a perder su identidad y a traicionar a su propia raza.

Después de revisar la teoría de esa figura faro que es Octavio Paz en el campo literario mexicano, la investigación da un paso hacia Carlos Fuentes, quien revisa la propuesta de su antecesor e intenta renovar la interpretación que se hace de la Malinche, pero termina recreando viejos arquetipos en los que la indígena aún es considerada fuente de infortunio.



Ilustración 7. La Malinche en el centro del mural de Tlaxcala.

México en la celebración de los quinientos años del descubrimiento de América. En principio la obra de Fuentes es menos fatalista que la de Paz, pues uno de sus propósitos es reivindicar positivamente el encuentro de los dos mundos que se enfrentaron en la Conquista –el indígena y el español–, por medio de un proceso en el que Marina es un puente entre las dos culturas. No obstante, el escritor termina recogiendo lo que ha construido la tradición desde el siglo XIX y replica esa visión de la Malinche cuyas acciones repercuten de manera negativa en la sociedad mexicana. Como Paz, Fuentes

El autor retoma el símbolo en dos ocasiones diferentes: primero lo utiliza en la obra de teatro *Todos los gatos son pardos* (1970), en la que reflexiona acerca de la masacre de la plaza de Tlatelolco ocurrida en 1968 y que luego revisa en 1992; luego el personaje vuelve a aparecer en el cuento “Las dos orillas”, que hace parte del libro *El naranjo* (1993) y que revisa la situación de

intenta entender la identidad nacional indagando en el pasado y al final vuelve a responsabilizar a la indígena del surgimiento del mestizaje y de la destrucción del pueblo azteca.

Para terminar, el trabajo aborda la obra de teatro *El eterno femenino*, escrita por Rosario Castellanos en 1975, y su poema “Malinche”, publicado en la antología *Poesía no eres tú* de 1972, obras que constituyen la primera aproximación a la visión de la Malinche como un individuo complejo y que sientan las bases de las investigaciones que se han realizado posteriormente, especialmente en el ámbito del feminismo. De los tres escritores que se estudian a lo largo de esta investigación, Castellanos es la única que renueva totalmente el símbolo y critica, de paso, las imágenes estereotipadas de la mujer, que ha vivido oprimida por la sociedad patriarcal. En este proceso, plantea que la atribución de rasgos negativos a la Malinche no se debe simplemente a su papel como traductora, informante, amante o madre, sino a su posición como mujer; es decir, en su obra se pone sobre la mesa la posibilidad de que el malinchismo solo sea una construcción del machismo. Mientras que Paz y Fuentes se instalan cómodamente en las interpretaciones tradicionales de la indígena, Castellanos revisa, con ironía, de dónde vienen esas interpretaciones y cómo estas señalan la posición del mexicano frente a la mujer. En la relectura histórica que hace la escritora, la Malinche deja de ser víctima y traidora para convertirse en una mujer de acción que lucha por tener condiciones vitales dignas.

Mi aproximación a estas obras es la de entablar un diálogo entre ellas. Considero que se trata de una discusión que tienen los mexicanos sobre su identidad y que estas obras nos abren la posibilidad a los demás de participar en ella. La cultura mexicana indaga sobre el pasado y sobre su origen de maneras que no nos son familiares en Colombia. Busco por lo tanto establecer los contextos en los que surgen estas figuraciones y revisiones del mito de La Malinche para comprender mejor lo que las obras tratan de comunicar.

La investigación que el lector encontrará en estas páginas surgió de la fascinación que me produjeron las obras, como obras literarias llenas de enigmas y de interrogantes. La lectura del poema “Malinche” de Castellanos me reveló el secreto de la historia de esta mujer y despertó mi curiosidad por las formas en que el proceso histórico fue ocultando su

tragedia para convertirla en la culpable de la derrota. Quise hacer este recorrido para descubrir de qué manera se han encontrado los mexicanos en ese personaje y cómo han intentado construir modelos de identidad, teniendo en cuenta que hablar de una identidad mexicana única y permanente es imposible, dado que esta se transforma continuamente según las realidades a las cuales se enfrente su población: “De existir, la ‘identidad nacional’ es una gran síntesis de necesidades de adaptación y sobrevivencia, y por tanto algo siempre modificable, una identidad móvil” (Monsiváis 1981: 40).

CAPÍTULO I

La Malinche “chingada”:

el pasado mexicano a través de la mirada de Octavio Paz

El mexicano siente, en sí mismo y en la carne del país, la presencia de una mancha, no por difusa menos viva, original e imborrable. Todos nuestros gestos tienden a ocultar esa llaga, siempre fresca, siempre lista a encenderse y arder bajo el sol de la mirada ajena.

Octavio Paz

En 1950, Octavio Paz publicó *El laberinto de la soledad*, un ensayo en el que mezcla la poesía, la historia y la crítica en su búsqueda por entender la mexicanidad. En las primeras páginas de la obra, Paz revela la mirada desde la cual asume su proyecto: desde la de un adolescente “vacilante entre la infancia y la juventud” que intenta descubrirse a sí mismo. Esta posición del escritor se postula como una réplica ante la situación en la que se encuentra México, un pueblo en trance de crecimiento, cuyo “ser se manifiesta como interrogación: ¿qué somos y cómo realizaremos eso que somos?” ([1950] 2009: 34). Paz es consciente de que una cultura debe repensarse continuamente, pero considera que, en especial después de esa fase explosiva que fue la Revolución, el mexicano debe recogerse en sí mismo, contemplarse y tratar de entenderse. Esa es la intención detrás de la escritura de *El laberinto de la soledad*.

El texto de Paz recoge, de alguna manera, el resultado del largo proceso de construcción de una identidad mexicana que se había puesto en marcha desde el siglo XIX, a partir de la Independencia, alrededor de un proyecto nacionalista que buscaba cohesionar

a esa población diversa y fragmentada. El nacionalismo mexicano se había fundado inicialmente alrededor de la hispanofobia, como cuestionamiento de la legitimidad de la Conquista a partir de los argumentos desarrollados por fray Servando Teresa de Mier, sacerdote católico que en su libro *Historia de la revolución de Nueva España* condenó los tres siglos de opresión española, alegando que México había sido evangelizado en el siglo VI por santo Tomás-Quetzalcóatl. Según su planteamiento, los indígenas conocieron los principales dogmas de la religión católica y adoraron a la virgen mucho antes de la Conquista (González 2002: 59). Con estas tesis se ponía en tela de juicio la legitimidad de los españoles de conquistar Nueva España para evangelizarla, a la vez que se preservaba como parte sustancial de la nación el cristianismo que ya se encontraba fuertemente arraigado en criollos, mestizos e indígenas. Ese cristianismo mitológico servía al mismo tiempo para reafirmar el guadalupanismo, o culto a la Virgen de Guadalupe.

El proyecto nacionalista se basó adicionalmente en una valoración del pasado azteca, en el que se revivieron héroes y símbolos aztecas, para brindar una serie de representaciones colectivas y simbólicas que cohesionaran a la nación (González 2002: 85-86). Se crea un relato en el que la Conquista se simplifica de manera notable alrededor de la Malinche como traidora y facilitadora del triunfo militar de los invasores.

El guadalupanismo, el neoaztequismo y la hispanofobia en los que se fundó la nación en el siglo XIX sufrieron notables modificaciones, a medida que la nación siguió avanzando en el proceso de modernización y se agudizaron las diferencias sociales y culturales de los mexicanos. Adicionalmente, la interpretación histórica daba a entender que con la Independencia, México habría superado la situación trágica de sometimiento y dominación del invasor. A lo largo del siglo XIX, sin embargo, en la Guerra de Secesión con los Estados Unidos perdió una gran porción del territorio y no consiguió una relativa estabilidad política sino hacia las últimas décadas, durante el periodo conocido como el Porfiriato, en el que Porfirio Díaz gobernó México intermitentemente desde 1876 hasta 1910.

Con la Revolución, se afianza una nueva visión de la identidad mexicana, fundada ya no tan solo alrededor del pasado azteca, sino del complejo proceso de mestizaje. En este

proceso, la imagen de la Malinche no logra desprenderse de sus connotaciones negativas, pero cobra relevancia además como la madre del primer mestizo, como la madre originaria de los mexicanos. Necesariamente, la figura se torna ambivalente y contradictoria.

La Malinche comienza a cobrar una nueva dimensión con el significado del vocablo “malinchismo”, que significa en términos generales un mayor apego por lo extranjero que por lo propio, una admiración por lo ajeno acompañado de un desprecio o sensación de inadecuación de lo propio. Muchos intelectuales mexicanos desde inicios del siglo XX buscan caracterizar la personalidad del mexicano, sus particularidades, alrededor de este concepto. Quizás el más notable es Samuel Ramos, quien en su obra *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934) elabora una reflexión sobre lo que llamará el “complejo de inferioridad del mexicano” directamente relacionado con el malinchismo.

Ramos constituye el referente intelectual más inmediato de Paz, quien establece su relación con el libro de Ramos así:

ese libro continúa siendo el único punto de partida que tenemos para conocernos. No sólo la mayor parte de sus observaciones son todavía válidas, sino que la idea central que lo inspira sigue siendo verdadera: el mexicano es un ser que cuando se expresa se oculta; sus palabras y gestos son casi siempre máscaras. Utilizando un método distinto al empleado en ese estudio, Ramos nos ha dado una descripción muy penetrante de ese conjunto de actitudes que hacen de cada uno de nosotros un ser cerrado e inaccesible. (211)

Sin embargo, Paz se distancia de la visión psicoanalítica de Ramos, basada en las teorías del complejo de inferioridad de Adler, y se inclina por un análisis de la cultura a partir de la singularidad del proceso histórico mexicano.

El proyecto de autoconocimiento que emprende Paz comienza por describir al mexicano a lo largo de cuatro capítulos. A partir de observaciones, comparaciones y relaciones, Paz interpreta en su libro los rasgos que considera más relevantes y distintivos de la cultura mexicana y luego, en otros cinco capítulos, hace un recorrido por la historia de México para tratar de entender de qué manera influyeron los acontecimientos del pasado en la conformación de esa identidad que él describe.

Es relevante mencionar que, a la hora de describir al mexicano, Paz comienza su reflexión presentando a los “pachucos”,

bandas de jóvenes, generalmente de origen mexicano, que viven en las ciudades del Sur (de Estados Unidos) y que se singularizan tanto por su vestimenta como por su conducta y su lenguaje. Rebeldes instintivos, contra ellos se ha cebado más de una vez el racismo norteamericano. Pero los "pachucos" no reivindican su raza ni la nacionalidad de sus antepasados. A pesar de que su actitud revela una obstinada y casi fanática voluntad de ser, esa voluntad no afirma nada concreto sino la decisión —ambigua, como se verá— de no ser como los otros que los rodean. El "pachuco" no quiere volver a su origen mexicano; tampoco —al menos en apariencia— desea fundirse a la vida norteamericana. Todo en él es impulso que se niega a sí mismo, nudo de contradicciones, enigma (38).

El punto de partida de Paz es significativo de la forma cómo construye su argumento. En primer lugar, adopta al pachuco como encarnación de la zozobra y las contrariedades históricas del mexicano, que desde la Conquista ha tratado de afrontar el hecho conflictivo de ser fruto de dos culturas disímiles y enemigas: la española y la indígena, conflicto que en el caso del pachuco, en tanto representación moderna del problema mexicano, se debate entre la norteamericana y la mexicana. En segundo lugar, con la figura del pachuco, el escritor se aproxima al problema de la identidad mexicana desde la comparación con lo extranjero para caracterizar el sentimiento de inferioridad del mexicano, que, según Paz, es producto de una identidad en crisis que ha llevado a que se aísle y asuma su existencia en soledad desde su posición de individuo indescifrable y enigmático (45).

El capítulo dedicado a la Malinche en *El laberinto de la soledad* es el cuarto. Vale la pena detenerse cuidadosamente en el comienzo de este apartado, pues allí Paz busca situar a ese mexicano que ha caracterizado como enigmático e indescifrable desde las miradas que supuestamente lo perciben de esa manera:

La extrañeza que provoca nuestro hermetismo ha creado la leyenda del mexicano, ser insondable. Nuestro recelo provoca el ajeno. Si nuestra cortesía atrae, nuestra reserva hiela. Y las inesperadas violencias que nos

desgarran, el esplendor convulso o solemne de nuestras fiestas, el culto a la muerte, acaban por desconcertar al extranjero (100).

Estas frases resumen los aspectos que Paz ha tratado en los capítulos anteriores, las máscaras, las fiestas. Pero claramente el enigma no es para el mexicano mismo, sino para el extranjero. Y acto seguido pasa a deslindar quién es ese “extranjero”:

La sensación que causamos no es diversa a la que producen los orientales. También ellos, chinos, indostanos o árabes, son herméticos e indescifrables. También ellos arrastran en andrajos un pasado todavía vivo. Hay un misterio mexicano como hay un misterio amarillo y uno negro (100).

Es, pues, obvio, que la mirada que le importa a Paz, a la que responde es la mirada del europeo, del norteamericano, de una conciencia moderna, para quien todos los otros, son seres extraños. Y para Paz esto se explica porque “para un europeo, México es un país al margen de la Historia universal” (101).

Sin embargo, la cuestión de la mirada se complica, porque Paz no la deja en el lugar de la mirada europea y sus “otros”, sino que ubica otros seres que se encontrarían también en esos márgenes, pero no con respecto al europeo necesariamente; en esos márgenes de la impenetrabilidad, de la imposibilidad de conocerlos, se ubican igualmente colectivos como serán los campesinos y la clase obrera. Y por supuesto, el ser más enigmático de todos: la mujer. Así, el discurso de Paz queda situado en un ámbito específico: el de un hombre mexicano ilustrado, de clase media o alta, urbano, que busca comprender lo mexicano desde un espacio doble: por un lado, situado en la incomodidad que le produce la mirada de extrañeza que arroja el europeo; por otro lado, adoptando una mirada similar sobre otros mexicanos, sobre los que él mismo ubica en el margen.

El campesino, sin embargo, está dotado de la capacidad de entenderse a sí mismo: “para todos, excepto para ellos mismos, encarnan lo oculto, lo escondido y que no se entrega sino difícilmente” (101). La mujer, en cambio es formulada como objeto de preguntas insondables y no como un ser que pueda a su vez tener una mirada. Para Paz, ella es

Cifra viviente de la extrañeza del universo y de su radical heterogeneidad, la mujer ¿esconde la muerte o la vida?, ¿en qué piensa?, ¿piensa acaso?, ¿siente de veras?, ¿es igual a nosotros?

El “nosotros” que se enuncia a lo largo del discurso de Paz deja por fuera a la mujer.

No obstante, esto no simplifica el argumento. No quiere decir que Paz sitúe el enigma de la mexicanidad en el ser insondable que es la mujer. Sostiene que

Un mexicano es un problema siempre, para otro mexicano y para sí mismo. Ahora bien, nada más simple que reducir todo el complejo grupo de actitudes que nos caracteriza —y en especial la que consiste en ser un problema para nosotros mismos— a lo que se podría llamar "moral de siervo", por oposición no solamente a la "moral de señor", sino a la moral moderna, proletaria o burguesa (Paz [1950] 2009: 106).

Para Paz, entonces, lo que caracteriza al mexicano es ante todo la mentalidad de ser dominado, una facultad que se asocia a lo femenino. Esta mentalidad, según el escritor, es producto de la historia de México, pues desde la conquista la población ha asumido su existencia con ese obediente servilismo ante el señor que domina, situación que se ha repetido en diferentes instancias históricas, partiendo de la Independencia hasta llegar a los gobiernos autoritarios del siglo XX:

La situación del pueblo durante el periodo colonial sería así la raíz de nuestra actitud cerrada e inestable. Nuestra historia como nación independiente contribuiría también a perpetuar y hacer más neta esta psicología servil, puesto que no hemos logrado suprimir la miseria popular ni las exasperantes diferencias sociales, a pesar de siglo y medio de luchas y experiencias constitucionales. El empleo de la violencia como recurso dialéctico, los abusos de autoridad de los poderosos —vicio que no ha desaparecido todavía—y finalmente el escepticismo y la resignación del pueblo, hoy más visibles que nunca debido a las sucesivas desilusiones posrevolucionarias, completarían esta explicación histórica (Paz [1950] 2009: 107).

Esa carga histórica, que ha hecho que los mexicanos enfrenten la realidad desde una posición de dominados, sirve a Paz para describirlos como individuos desconfiados, disimulados y reservados, ya que estas características son rasgos de gente sometida que

tiene miedo y debe fingir ante un dominador. En esta situación de vulnerabilidad, el mexicano no solo teme y sospecha de aquel que lo domina, sino de sus iguales, pues cualquiera puede convertirse en traidor. Por esta razón, el siervo mexicano que desconfía de todos se siente más seguro en soledad (107)

Así, la tesis de Paz *El laberinto de la soledad* plantea que la identidad nacional está determinada, principalmente, por la condición de dominado del mexicano y su consecuente soledad, características de las cuales Paz hace responsable a la Malinche, quien como madre del primer mestizo reconocido en las páginas de la historia –del primer hijo de la Conquista–, también es la madre simbólica de todos los mexicanos. Según los planteamientos del escritor, la indígena, dada su situación de inferioridad durante la Conquista, fue dominada y dejó a su pueblo a la merced de la barbarie española. Así, dócil, mansa y pasiva, la indígena le sirve a Paz para tratar de definir a los mexicanos, pues en ella como madre se puede encontrar la clave del enigma.

Para Paz no es la madre afectuosa, entregada e incondicional, es la mujer violada y ausente. La mancha que tiñe la conciencia y las acciones del mexicano en el epígrafe de este capítulo, no se refiere solamente a la sangre que se derramó durante la Conquista, también hace referencia a la llaga que dejó la sumisión de esa figura materna que fundó la mexicanidad sobre la abyección, la humillación y la inacción. Su pasividad hizo que el destino del pueblo fuera la orfandad, esa que no solo va de la mano de la soledad, sino de la vergüenza y del resentimiento. *El laberinto de la soledad* es un texto sensible e inclemente a la vez, que se para sobre la historia para asumir una posición frente a ese símbolo fundacional femenino que, para Paz, marcó un nuevo comienzo para América desde la degradación.

La Malinche como madre

A lo largo de *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz da a conocer cuáles son para él las características que definen al mexicano. A la hora de construir esta noción de la mexicanidad, para Paz es indispensable la figura de la Malinche. De ella se vale para

justificar el carácter de sus hijos, herederos bastardos de la culturas azteca y española, marcados por el resentimiento hacia la madre:

El símbolo de la entrega es doña Malinche, la amante de Cortés. Es verdad que ella se da voluntariamente al conquistador, pero este, apenas deja de serle útil, la olvida. Doña Marina se ha convertido en una figura que representa a las indias, fascinadas, violadas o seducidas por los españoles. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandona para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona la traición a la Malinche [...] Al repudiar a la Malinche –Eva mexicana, según la representa José Clemente Orozco en su mural de la Escuela Nacional Preparatoria– el mexicano rompe sus ligas con el pasado, reniega de su origen y se adentra solo en la vida histórica. (125-126)

En este fragmento, Paz indica que el resentimiento de los mexicanos se debe a la traición de la madre, que se entrega *voluntariamente* al español y por esta razón se encuentra en el mismo nivel que Eva: la mujer responsable del pecado original, quien se dejó seducir por la tentación, la intermediara del mal. En primera instancia la analogía Eva-Malinche parece adecuada, principalmente por el papel de las dos mujeres como intermediarias del mal: Eva muerde la manzana seducida por la serpiente; la Malinche traduce e informa al enemigo. Sin embargo, hay rasgos claves que diferencian a estos dos personajes y por los cuales el pasaje anterior podría ponerse en duda. La debilidad de Eva radica en su incapacidad para controlar sus deseos y sus impulsos, lo cual la lleva a *actuar* insensatamente en busca de su satisfacción personal y en detrimento de su raza. Por el contrario, la debilidad de la Malinche se debe su posición de dominada, que la estanca en un lugar de sumisión y obediencia ante el dominador.

Según esto cabe preguntarse qué tan cierto es eso de que Marina se entregó voluntariamente a los conquistadores y para encontrar respuestas vale la pena recurrir a la historia. Según el cronista Bernal Díaz del Castillo, así fue el encuentro entre la indígena y los españoles:

Otro día de mañana, que fueron quince días del mes de marzo de mil quinientos diez y nueve años, vinieron muchos caciques principales de aquel pueblo de Tabasco, y de otros comarcas, haciendo mucho acato a

todos nosotros, y trajeron un presente de oro [...] Y no fue nada todo este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer que se dijo doña Marina, que así se llamó después de vuelta cristiana [...] Cortés las repartió a cada capitán la suya, y a esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida y desenvuelta, dio a Alonso Hernández Puerto Carrero, y después que fue a Castilla Puerto Carrero estuvo la doña Marina con Cortés, y hubo en ella un hijo que se dijo don Martín Cortés [...] Como doña Marina en todas las guerras de la Nueva España y Tlaxcala y México fue tan buena mujer y excelente lengua, como adelante diré, a esta causa la traía siempre Cortés consigo ([1632]1939: 141-146).

A partir de este fragmento, se entiende que la Malinche no fue al encuentro de los españoles de manera voluntaria. La indígena terminó trabajando en la hazaña conquistadora luego de ser entregada como tributo. En su contexto, como mujer y como indígena, Marina ni siquiera era considerada dueña de una voluntad, era un simple objeto de intercambio. Por lo tanto, no se puede afirmar que la Malinche traicionó a su pueblo como lo hizo Eva; su posición no era de entrega, sino de sumisión.

Aunque algunos ensayistas románticos, como Otilia Meza y Felipe González Ruiz¹, aseguran que doña Marina fue la amante de Cortés y que, en ese sentido, hubo sentimientos amorosos que los unieron y determinaron las acciones de la indígena, en realidad lo único que posibilitó esa relación fue la mezcla del utilitarismo del español con la pasividad de la Malinche. Él abusa, se impone con su masculinidad y su poder, y ella, que no tiene otra alternativa, se convierte en la chingada:

la madre abierta, violada o burlada por la fuerza. El “hijo de la chingada” es el engendro de la violación del rapto o de la burla [...] Su pasividad es abyecta: no ofrece resistencia a la violencia, es un montón inerte de sangre, huesos y polvo. Su mancha es constitucional y reside en su sexo. Esta pasividad abierta al exterior la lleva a perder su identidad: es la

¹ Meza y González escribieron dos biografías ficcionadas de la Malinche: *Doña Marina, la india que amó a Hernán Cortés* (1944) y *La Malinche, la gran calumniada* ([1985]1994). Son textos que tienen como base la suposición y no se apoyan en un sustento investigativo e histórico contundente.

chingada. Pierde su nombre, no es nadie ya, se confunde con la nada, es la Nada. Y sin embargo, es la atroz encarnación de la condición femenina. Si la Chingada es una representación de la madre violada, no me parece forzado asociarla a la Conquista, que fue también una violación, no solamente en el sentido histórico, sino en la carne misma de las indias. (Paz [1950] 2009: 117-124)

Así, más que la traidora, la Malinche encarna el acto de violación y ultraje a la mujer indígena por parte del conquistador, quien la somete y la convierte en un ser pasivo. Esa pasividad la equipara Paz con un “perder su identidad”. La chingada “pierde su nombre, no es nadie ya, se confunde con la nada, es la Nada”. Y como madre violada que es, Paz la asocia con la Conquista misma como una violación. La carne de las indias pasa a ser el símbolo mismo de la conquista.

En la medida en que la Malinche no actúa para traicionar a los suyos sino que se deja dominar, la indígena como símbolo de maternidad y de pasividad se acerca a la figura que siempre tuvo connotaciones positivas: la Virgen de Guadalupe. Como Marina, la Guadalupana aceptó su destino y obedeció a esa fuerza sobrenatural que se impuso sobre su cuerpo la convirtió en madre. Efectivamente, para Paz estas dos figuras femeninas se encuentran en la pasividad,

Se trata de figuras pasivas. Guadalupe es la receptividad pura y los beneficios que produce son del mismo orden: consuela, serena, aquieta, enjuaga las lágrimas, calmas las pasiones (Paz [1950] 2009: 124).

Pero en esa similitud también hay diferencias. Guadalupe es la madre virgen, la Malinche es la chingada, y la violación cambia por completo la relación con sus descendientes. La santa defiende a sus hijos, la vulnerada los abandona.

Eva y la Virgen de Guadalupe son filtros simbólicos a través de los cuales se puede entender en qué lugar se ubica la Malinche dentro de las creencias de la cultura y de qué manera influye en la identidad mexicana, desde el punto de vista de Octavio Paz. Según lo mencionado anteriormente, doña Marina está en un espacio intermedio entre la maldad activa de Eva y la bondad inocente de Guadalupe. Es débil, sumisa y pasiva. No tiene el arrojo para satisfacer sus deseos pues ni siquiera se reconoce como un individuo anhelante;

por lo tanto, no les hereda a sus hijos esa actitud vital estimulante que determinó las acciones de Eva. Tampoco tiene un sentimiento maternal por sus descendientes, así que en lugar de consolarlos, de la forma en que lo haría la Virgen de Guadalupe, los deja inseguros y frágiles frente al mundo.

Los símbolos femeninos mencionados son madres que representan tanto el origen como la transformación: el paso del caos al cosmos, y viceversa. La Malinche, desde su estatismo y como madre-híbrido que encarna diferentes razas, culturas y formas de pensamiento, es el puente entre un orden establecido y uno nuevo, en el que no hay cambios absolutos, sino transformaciones que surgen de esa fusión de tradiciones que confluyeron en América durante la Conquista.

A partir de los planteamientos que se han propuesto en este apartado, se entiende que para Paz la Malinche fue lengua, cuerpo y vientre. Es decir, fue un objeto, no un ser humano dado a la acción. Esto indica que, a pesar de que Díaz del Castillo menciona que Marina fue entremetida y desenvuelta, Octavio Paz eligió solo ciertos rasgos de la indígena que le permitían describir la mexicanidad tal y como él la entendía. Esta limitación de Paz a la hora de referirse a la Malinche ha sido discutida, entre otros intelectuales, por Margo Glantz, quien en su ensayo "Las hijas de la Malinche", publicado en el libro *Esguince de cintura* (1994), se opone a algunos aspectos de su perspectiva:

Si uno estudia la figura de la Malinche, tal y como aparece en los textos de los cronistas, encuentra semejanzas y discrepancias con Paz. La Malinche no fue, de ningún modo, una mujer pasiva como podríamos deducir de la descripción que acabo de citar. Es cierto que fue entregada a los conquistadores como parte de un tributo, junto con algunas gallinas, maíz, joyas, oro y otros objetos. Cuando se descubrió que conocía las lenguas maya y náhuatl se convirtió en la principal "lengua" de Hernán Cortés: suplantó paulatinamente a Jerónimo de Aguilar, el español náufrago, prisionero de los indígenas, rescatado en Yucatán en 1519 y conocedor solo del maya. Los lenguas eran los intérpretes: Malinche no fue solo eso, fue "faraute y (su) secretaria" de Cortés como dice, atinado, López de Gómara y "... gran principio para nuestra Conquista" aclara Bernal, es decir la intérprete, la "lengua", la aliada, la consejera, la amante, en suma una especie de embajadora sin cartera... (162-163)

Los rasgos que Paz elige de Marina le permiten justificar el hecho de que los mexicanos, de acuerdo con sus observaciones, sean individuos quietistas, es decir, no dados a la acción sino a la contemplación. No tienen iniciativa, nunca dan el primer paso. Según *El laberinto de la soledad*, para ellos el mundo no es perfectible, pues no tienen el valor de actuar para cambiarlo. Además, se sienten avergonzados de sus raíces, pues son hijos de la madre violada, y por esta razón deciden mantenerse ocultos detrás de un caparazón que los protege del dolor y del escarnio público. A través de la mirada de Paz, ese desarraigo de los hijos de la Malinche, los lleva a vivir en soledad. En este sentido, los mexicanos no son solo cargan con el estigma de la madre que los traicionó en la medida en que no opuso resistencia, también son traidores, pues prefieren darle la espalda a la mexicanidad que los avergüenza, en lugar de estimular cambios que les permitan progresar como cultura y así empezar a curar esas heridas originales que no cicatrizan (Paz [1950] 2009: 50-51). Según esto, se entiende que

La Malinche, amante de Cortés, se ha convertido en el símbolo de esta entrega sin resistencia –dice Paz–, y con el nombre de malinchistas, de hijos de la Malinche o de hijos de la Chingada se designa en consecuencia, a todos los traidores a la propia raza, a todos aquellos que se dejan contagiar por tendencias extranjerizantes, a los que reniegan de su identidad, de su ser de mexicanos. Es así como a través de este mito, los mexicanos interpretan su realidad cultural como una violación de su etnia materna, que les ha “rajado” su lengua, sus costumbres, en definitiva, toda su cultura (González 2002: 149).

Estos mexicanos se mueven impulsados por la desconfianza y por un complejo de inferioridad que los vuelve furtivos, inquietos y temerosos. Para Paz es una sociedad repleta de máscaras en la que la prevención y el estatismo son claves para la supervivencia. Dada su orfandad, su soledad, su resentimiento hacia la madre y su incapacidad de actuar, Paz cree que el carácter de su pueblo está marcado por la paranoia y la resignación (Paz [1950] 2009: 33-128).

Estas son algunas de las conclusiones a las que llega Paz a la hora de describir al mexicano teniendo como referente el símbolo de la Malinche. En el desarrollo de su proyecto la figura de la indígena es determinante, pero se debe tener en cuenta que el escritor es consciente de que la caída de Tenochtitlán y la conformación de la identidad mexicana no fueron responsabilidad de un solo acontecimiento, de un solo símbolo o de un solo personaje, por lo tanto ahora se analizarán otros factores que el escritor tuvo en cuenta en la consolidación de su ensayo y que, de una u otra forma, siguen aclarando la influencia que, para Paz, tuvo Marina en la mexicanidad.

Crónicas de traición

El laberinto de la soledad es un ensayo complejo que no solo incluye un concienzudo recorrido por la historia de México, sino agudas interpretaciones sobre su cultura. Por lo tanto, en sus reflexiones Paz no ignora el hecho de que la Conquista fue posible por múltiples factores –diferentes a la Malinche– que, en esa medida, también influyeron en el proceso de conformación de la identidad mexicana. Aquí nos ocuparemos de esas otras pistas que da Paz acerca de la victoria española sobre los aztecas, no sin antes aclarar que ninguno de los puntos a tratar fue desarrollado por Paz con el mismo detalle que aquellos relacionados con la Malinche.

El proceso Descubrimiento-Conquista fue una tragedia generalizada que sometió a todas las partes implicadas en los acontecimientos y puso a cada individuo a prueba. Por esta razón, no se puede señalar a un solo culpable de los hechos. Con esto claro, al leer *El laberinto de la soledad*, resulta interesante descubrir que en los planteamientos de Paz hay un elemento común en las acciones de todos los protagonistas de los hechos: la traición.

Como se vio anteriormente, para Paz la traición comienza con Marina, quien se convierte en traidora al no oponer resistencia a la dominación, colaborar como traductora y heredar a sus hijos la sumisión. Así, según el ensayo de Paz, la Malinche traiciona a los suyos pero desde una posición de víctima. Su traición no tenía como propósito favorecerse; por el contrario, ella se encontraba vulnerable y fue violentada para que los españoles pudieran invadir el territorio azteca. En ese sentido, Paz juzga a la indígena por su flaqueza

original, que no le permitió defenderse. Para el escritor, su estatismo es reprochable pero, a la vez, inevitable, pues en su condición de mujer no podía enfrentarse a la imponente masculinidad de Cortés y sus hombres. Ella no tuvo otra opción que recurrir a la quietud y a la obediencia.

A la vez que la Malinche traiciona a su pueblo desde la sumisión, Cortés traiciona a la indígena. El conquistador la aprovecha mientras le es útil y luego la hace un lado. Por lo tanto, si doña Marina es la madre estática, el conquistador es el padre que huye. En su construcción en torno a la traición, Paz hace referencia a este abandono a la indígena pero no menciona que Cortés también engaña a Moctezuma –que es llamado Tlatoani en náhuatl–. Después de que Cortés le ha ofrecido su amistad al monarca azteca, y de que este recibe al conquistador en persona y con decenas de ofrendas, Tlatoani es apresado y humillado por los españoles, tal como lo señala el cronista Fray Bartolomé de las Casas en *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* ([1552] 2011)²:

De Cholula caminaron hacia México (*los españoles*), y enviándoles el gran rey Montezuma millares de presentes, e señores y gentes, e fiestas al camino, e a la entrada de la calzada de Méjico, que es a dos leguas, enviéles a su mesmo hermano acompañado de muchos grandes señores e grandes presentes de oro y plata e ropas; y a la entrada de la ciudad, saliendo él mesmo en persona en unas andas de oro con toda su gran corte a recibirlos, y acompañándolos hasta los palacios en que los había mandado aposentar, aquel mismo días, según me dijeron algunos de los que allí se hallaron, con cierta disimulación, estando seguro, prendieron al gran rey Montezuma y pusieron ochenta hombres que le guardasen, e después echáronlo en grillos (33).

El tercer acto de traición fundacional, al que también se refiere Paz, es el de los dioses. En el primer capítulo del libro *Visión de los vencidos* ([1959] 2000) –en el que el antropólogo e historiador mexicano Miguel León Portilla recopiló los textos escritos por los

² Bartolomé de las Casas fue un fraile dominico español, cronista, teólogo y filósofo al que le fue otorgado el título de "Protector de los indios". En *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* denuncia los efectos que tuvo para los pueblos indígenas de América la colonización española.

indígenas durante la Conquista de México—, se menciona que diez años antes de la llegada de los españoles los indígenas anunciaron presagios funestos que hablaban de su fatídico porvenir: monstruos de dos cabezas y un solo cuerpo, fuego que venía del cielo, que devoraba las casas sagradas de los aztecas, que hacía que el agua hirviera y que una madre llorara en busca de refugio para sus hijos (61-64). Todo indicaba que los dioses los abandonarían, y lo hicieron. Para Paz, los presagios y la huida de los dioses justifican el hecho de que Moctezuma se sintiera derrotado:

¿Por qué cede Moctezuma? Los dioses lo han abandonado. La gran traición con que comienza la historia [...] es la de los dioses. Ningún otro pueblo se ha sentido tan totalmente desamparado como se sintió la nación azteca ante los avisos, profecías, y signos que anunciaron su caída [...] En suma, la conquista de México es un hecho histórico en el que intervienen muchas y muy diversas circunstancias, pero se olvida con frecuencia la que me parece más significativa: el suicidio del pueblo azteca (133)

Ante el abandono de los dioses, Moctezuma se vuelve frágil e inseguro. Esta caracterización que Paz hace de Tlatoani es evidente en *Visión de los vencidos*, pues uno de los textos de la compilación narra el momento en el que el monarca azteca se dirige al pueblo después de ser apresado e invita a los indígenas a aceptar la invasión con resignación:

Mexicanos, tenochas, tlatelolcas: os habla el rey vuestro, el señor, Motecuhzoma: os manda decir: que lo oigan los mexicanos: Pues no somos competentes para igualarlos que no luchen los mexicanos. Que se deje en paz el escudo y la flecha [...] Pues no somos competentes para hacerles frente, que se deje de luchar [...] Cuando hubo acabado de hablar Itzcuahtzin le hicieron una gran grita, le dijeron oprobios. Se enojaron en extremo los mexicanos, rabiosos se llenaron de cólera (León-Portilla, [1959] 2000: 126)

Se entiende, entonces, que la traición no solo marcó la vida de la Malinche, sino la de Cortés y Moctezuma. Los protagonistas del proceso de conquista fueron traidores y traicionados, y los mestizos que surgieron de ese proceso ahora son herederos del estigma, que no solo es indeleble, sino que, según Paz, define su manera de asumir la existencia: el escepticismo, el miedo, la paranoia y el conformismo hacen parte del día a día del

mexicano, quien es el hijo de la traición. Los descendientes de este trío –Malinche, Cortés y Moctezuma– llevan a cuestas la vergüenza de haber tenido una madre dominada; un padre desleal en la guerra, y un monarca que prefirió la resignación a la lucha.

Para recapitular: diferentes personajes históricos hicieron de la traición una herramienta fundamental para la construcción de la identidad mexicana. Sin embargo, a partir de la lectura de *El laberinto de la soledad*, se entiende que, entre estos actores del conflicto, en México prevalece la visión de los dominados, de los oprimidos; es decir, el mexicano que describe Paz en sus primeros cuatro capítulos no se ubica en el mundo con la sagacidad de Cortés, sino con la vergüenza que produce la madre violada, con la resignación y la fragilidad del monarca azteca, y con la desconfianza que genera haber surgido de una traición detrás de la otra. El mexicano por lo general es víctima, no victimario.

El machismo: entre la sumisión y el estoicismo

Como se ha visto a lo largo de este capítulo, para Paz, las connotaciones negativas que carga el símbolo de la Malinche no surgen exactamente de su disposición activa frente a la traición, sino, por el contrario, de su lugar como dominada. Es decir, no se le juzga por lo que *hizo*, sino por lo que dejó que le hicieran: someterla, utilizarla, ultrajarla, violentarla. Marina no opuso resistencia a sus dominadores y eso provocó en el mexicano una vergüenza original que lo ha llevado a esconderse, a vivir en soledad y a asumir la existencia con la misma pasividad, temor y recelo que la madre.

Paz desarrolla su planteamiento justificando que la sumisión de la Malinche se debe a su condición de mujer: “Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su “rajada”, herida que jamás “cicatrizan” (57). En esta afirmación sobre la mujer, que vuelve al concepto de chingada y explica la inferioridad del género femenino frente al hombre como un asunto de anatomía, Paz presenta otra de las características básicas de la mexicanidad: el machismo.

El machismo para Paz surge desde la Conquista cuando la mujer –que es representada por la Malinche– fue degradada, cosificada y vulnerada (debido al diseño de su cuerpo) por

un hombre que se impuso con violencia haciendo uso de su fuerza y poderío corporal. De la unión de estas dos partes –de la chingada y el chingón– surge el mestizo; es decir, el mexicano es producto del machismo.

A la hora de reflexionar sobre el machismo, Paz pone sobre la mesa otro asunto clave para entender la mexicanidad desde su punto de vista: como hijo de la chingada y del chingón, el mestizo no solo hereda características de la madre (la Malinche), sino del padre (el conquistador). Por lo tanto, de esa unión de indígenas con españoles surgieron seres tremendamente contradictorios, pues así como tienen características del macho cerrado, hostil, defensivo y estoico, también las tienen de la mujer frágil, sumisa y abierta. Esta situación ambigua del mexicano se verá a continuación al comprender las características del macho y de la chingada.

Para empezar, Paz anota: “es imposible no advertir la semejanza que guarda la figura del ‘macho’ con la del conquistador español” (Paz [1950] 2009: 125). Con esta frase, el escritor señala que los mexicanos se llevaron de la Conquista esa actitud combativa y ansiosa de poder que impusieron los españoles a su llegada a América. En las crónicas de Fray Bartolomé de las Casas impresiona la manera en que los invasores ejercieron violencia sin una justificación diferente a la de mostrarse poderosos:

Entraban en los pueblos, ni dejaban niños y viejos, ni mujeres preñadas ni paridas que no desbarrigaban e hacían pedazos [...] Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría el hombre por medio, o le cortaba la cabeza de un piquete o le descubría las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres, por las piernas, y daban de cabeza con ellas en las peñas. Otros, daban con ellas en ríos por las espaldas, riendo e burlando, e cayendo en el agua decían: bullí, cuerpo de tal; [...] Porque siempre fue esta su determinación en todas las tierras que los españoles han entrado, conviene saber: hacer una cruel e señalada matanza porque tiemblen dellos aquellas ovejas mansas (de las Casas [1552] 2011: 4-11).

Esta cita, aparte de indicar el interés de los españoles por probar su poderío, señala que estos podían llegar a sentir placer a la hora de infringir sufrimiento. No había razones que justificaran este tipo de violencia, así que no resulta insólito pensar que en sus acciones hubiera una pasión por la sangre y la crueldad. En estas consideraciones es pertinente la

reflexión que hace Paz sobre el macho mexicano, cuya esencia palpita en ese verbo que solo es usado con toda su complejidad en ese país: chingar.

Chingar es hacer violencia sobre otro. Es un verbo masculino, activo, cruel: pica, hiere, desgarrar, mancha. Y provoca una amarga, resentida satisfacción en el que lo ejecuta [...] El “Macho” es el Gran Chingón. Una palabra que resume la agresividad, impasibilidad, invulnerabilidad, uso descarnado de la violencia, y demás atributos del “macho”: poder. La fuerza, pero desligada de toda noción de orden: el arbitrario, la voluntad sin freno y sin cauce (Paz [1950] 2009: 114-119).

Así, Paz propone que el mexicano es en esencia y desde la Conquista un chingón. Sin embargo, el escritor aclara que su agresividad es diferente a la de los españoles en América pues, al fin al cabo, el mestizo hereda la violencia después de ser víctima de esta; por lo tanto, su hostilidad suele ser más defensiva, que ofensiva:

El ideal de hombría para otros pueblos consiste en una abierta y agresiva disposición al combate; nosotros acentuamos ese carácter defensivo, listos a repeler el ataque [...] El estoicismo es la más alta de nuestras virtudes guerreras y políticas. Nuestra historia está llena de frases y episodios que revelan la indiferencia de nuestros héroes ante el dolor o el peligro. Desde niños nos enseñan a sufrir con dignidad las derrotas, concepción que no carece de grandeza. Y si no somos estoicos e impasibles [...], al menos procuramos ser resignados, pacientes y sufridos (Paz [1950] 2009: 58-59).

Después de presentar al chingón es posible volver a la chingada, representada por la Malinche. La chingada es la carne indígena víctima del chingón. La carne como objeto, como materia prima del sexo, como receptora potencial de violencia. La Malinche, rajada y abierta de nacimiento, es el cuerpo débil que debe sufrir las acciones del “macho”. Según Paz, para el mexicano la mujer es una herramienta que solo existe en función del hombre:

Prostituta, diosa, gran señora, amante, la mujer transmite o conserva, pero no crea, los valores y energías que le confían la naturaleza o la sociedad. En un mundo hecho a la imagen de los hombres, la mujer es sólo un reflejo de la voluntad y querer masculinos (Paz [1950] 2009: 64).

Y esta posición sumisa la acepta sin el más mínimo rechazo pues, además, la mujer no desea y, en esa medida, no actúa ni busca transformaciones:

Para los mexicanos la mujer es un ser oscuro, secreto, pasivo. No se le atribuyen malos instintos: se pretende que ni siquiera los tiene [...] Reaparece así la idea de pasividad: tendida o erguida, vestida o desnuda, la mujer nunca es ella misma. Manifestación indiferenciada de la vida, es el canal del apetito cósmico. En este sentido no tiene deseos propios. (Paz [1950] 2009:65).

Como un ser pasivo, carente de deseos y abierto, Paz asegura que la mujer, por su anatomía, es vulnerable por naturaleza y está expuesta a toda clase de peligros. Por esta razón, se crea el mito de la “sufrida mujer mexicana”, que se extiende al símbolo de la Malinche y que hace referencia a la mujer como víctima, pero “víctima endurecida e insensible al sufrimiento, encallecida, a fuerza de sufrir” (Paz [1950] 2009: 67). A partir de la idea de la “sufrida mujer mexicana”, en conjunto con la de chingada, se entiende que la Malinche soportó el dolor y el abandono del chingón sin protesta, así que, a pesar de su debilidad fisiológica, fue dueña de una fortaleza que no nació de grandes hazañas sino de su resistencia y de su capacidad para soportar con resignación. La Malinche, como chingada, sigue representando la debilidad de la población mexicana, pero como mujer adquiere cualidades para sobrevivir.

Entonces, los hijos de la Malinche, son los hijos de la chingada y del “macho” que triunfa. Los mexicanos nacen de un acto de violencia que su madre resiste resignada, así que, como se mencionó anteriormente, son herederos de una vergüenza que los convirtió en víctimas pasivas desde su nacimiento.

El mexicano excede en el disimulo de sus pasiones y de sí mismo. Temerosos de la mirada ajena, se contrae, se reduce, se vuelve sombra y fantasma, eco. No camina, se desliza; no propone, insinúa; no replica, rezonga; no se queja, sonríe; hasta cuando canta –si no estalla y se abre el pecho– lo hace entre dientes y a media voz, disimulando su cantar (Paz [1950] 2009: 72).

El estudioso Óscar Rivera-Rodas, quien se aproximó a la mexicanidad en su ensayo “Rosario Castellanos y los discursos de identidad” (2009), recuerda en su trabajo un

planteamiento de Samuel Ramos que hace referencia a las secuelas del machismo en la cultura:

En 1934, Samuel Ramos (1897-1950) veía en México lo que era general en el resto de los países latinoamericanos: un sentimiento de inferioridad, cuyo origen histórico estaba en la Conquista y la Colonia” (Rivera-Rodas 2009: 90).

La sumisión de la madre frente al macho hizo que el hijo creciera afectado por un complejo de inferioridad que lo lleva a tener lástima de sí mismo y a permanecer estancado en medio de esa melancolía original. Pero, como se ha visto a lo largo de este apartado, el mexicano también es hijo del español y en esa medida heredó características de su lado paterno. Por lo tanto, esa melancolía de la madre contrasta con la hostilidad del conquistador, la debilidad con su fortaleza, la sumisión con su carácter. Es decir, los hijos de la Malinche pueden sentirse víctimas y victimarios a la vez. Sin embargo, parece que el temor, la desconfianza y la sensación de inferioridad superan la hostilidad y los deseos de vengar resentimientos, así que, como machos, los mexicanos no son combativos, sino defensivos, cerrados e impasibles. En su estoicismo radica esa fuerza que hace que no sean derrotistas, pero que tampoco les permite sentirse motivados a actuar y generar cambios que mejoren sus condiciones vitales. Así, el machismo es una forma de vida para el mexicano, que sobrevive desde la resignación y la resistencia.

Al aceptar que el mexicano es una confluencia de la chingada y el chingón, es posible entender la complejidad de los mexicanos, individuos reservados, débiles, inseguros, desconfiados, escépticos, pasivos, temerosos, hostiles, tristes y sarcásticos. Se entiende que, para Paz, esta cultura que descendió de la confluencia de aztecas y españoles, hace del fingimiento una forma de vida, pues abrirse y mostrar autenticidad es un riesgo que puede ser mortal. La prevención y la paranoia son claves para la supervivencia, la hostilidad es la manera de vivir en sociedad, y la resignación es la única forma de soportar la inferioridad frente al abuso de poder y de aguantar esa sangre mestiza que es una deshonra, tanto desde lo indígena como desde lo español.

El mexicano condena en bloque toda su tradición, que es un conjunto de gestos, actitudes y tendencias en el que ya es difícil distinguir lo español de lo indio [...] El mexicano no quiere ser ni indio, ni español. Tampoco quiere descender de ellos. Los niega. Y no se afirma en tanto que mestizo, sino como abstracción: es un hombre. Se vuelve hijo de la nada. Él empieza en sí mismo (Paz [1950] 2009: 126).

Este fragmento, hace pensar nuevamente en el “pachuco”, que a mediados del siglo XX –cuando se publicó *El laberinto de la soledad*– representaba, al mestizo moderno, que repudiaba tanto lo norteamericano como lo mexicano, y que no era lo uno ni lo otro. Para ese neomestizo, la figura chingona e imperialista ya no era el español, sino el estadounidense, nación que era una amenaza permanente para las regiones tercermundistas.

Según esto, se entiende que en *El laberinto de la soledad* Paz reflexiona una y otra vez sobre los procesos entre dominadores y dominados, que dejaron heridas que aún no cicatrizan y que definen lo que es hoy la cultura mexicana. Es una discusión relevante para los tiempos en los que el libro se publicó, debido al acecho permanente de Estados Unidos. En esa reflexión de Paz, la Malinche es el símbolo perfecto de la cosificación y el utilitarismo.

En su libro *América como conciencia* (1970), el intelectual mexicano Leopoldo Zea escribió lo siguiente sobre las tendencias cosificadoras e imperialistas de occidente:

La imposición brutal, la conquista por la fuerza, son formas con las cuales el hombre cree afirmarse negando a sus semejantes toda semejanza. Los otros, los semejantes, se presentan entonces como cosas, amputada toda su humanidad [...] De todas las culturas es la occidental la que más ha hecho patente ese afán cosificador, de que se ha hablado frente a otras culturas que le han sido ajenas. Proyectando sus propios puntos de vista sobre otros pueblos ha establecido esa serie de notas discriminatorias que tanto le caracterizan. Ha dado origen a lo que podremos dar el nombre de imperialismo y, como consecuencia, a su natural realización, el colonialismo.³

³ Leopoldo Zea, *América como conciencia*, 1971, edición digital: <http://revistakatharsis.org/zea.pdf> (Consultada: enero 25, 2012).

La Malinche fue un objeto y, como tal, fue utilizada por aquellos que se sentían superiores a ella en su búsqueda colonizadora e imperialista. Por lo tanto, sus hijos –los mexicanos–, heredaron ese sentimiento de inferioridad que hace que ellos también sean objetos que pueden servir a los más poderosos. Además, la posición de doña Marina hizo de sus descendientes seres débiles, inertes, defensivos –no ofensivos– y descontentos con sus raíces, adjetivos que demuestran su incapacidad como raza para buscar el bienestar propio y luchar contra el imperialismo mundial. La ambición de los más poderosos hará que la Conquista nunca termine y los chingados no tendrán la fuerza para defenderse del utilitarismo si no acaban con los estigmas provocados por esa madre ausente y el padre que la abandonó. Al respecto, Zea concuerda con Paz en su libro *El problema de la identidad latinoamericana* (1985):

El americano es solo un hijo natural, el bastardo de su descubridor, conquistador y colonizador [...] Bastardía que avergüenza porque impide al mestizo acceder al mundo del padre. De esta bastardía estarán marcadas las múltiples expresiones de este hombre: la expresión verbal misma, el razonar; el sentido de toda la existencia y la acción. No poder ser plenamente parte del mundo colonizador, salvo en la relación de servidumbre; pero tampoco del mundo objeto de la dominación porque es este el que le impide ser como su dominador (26).

Por su parte, el escritor uruguayo Eduardo Galeano, en su obra *Las venas abiertas de América Latina* (1971), asegura que los latinoamericanos, y esto incluye a los mexicanos, siempre han sido perdedores, y su derrota ha implicado el triunfo de otros (49). Como Paz lo reitera, la Malinche se entregó y no recibió nada a cambio, aparte de traición, deslealtad, abandono y hostilidad. Lo mismo ocurrió con el territorio azteca y con su gente, fueron explotados, su riqueza satisfizo las necesidades de los españoles y lo perdieron todo.

Oro, plata, azúcar: la economía colonial, más abastecedora que consumidora, se estructuró en función de las necesidades del mercado europeo, y a su servicio [...] No tenían, las clases dominantes, el menor interés en diversificar las economías internas ni en elevar los niveles técnicos y culturales de la población (Galeano [1971] 2006: 49)

Octavio Paz, asido al pasado, hace señalamientos dirigidos al presente y al futuro de la nación mexicana, tan frágil para él. Estas indicaciones, dado el momento histórico en el que escribió su obra, pueden entenderse desde los puntos de vista de Leopoldo Zea y Eduardo Galeano, quienes, como Paz, son conscientes de las debilidades y las contradicciones de los pueblos de América Latina, marcados con heridas milenarias y amenazados por los intereses imperialistas de las potencias mundiales.

[...] El capital norteamericano es cada día más poderoso y determinante en los centros vitales de nuestra economía. En suma, aunque empezamos a contar con una industria, todavía somos, esencialmente, un país productor de materias primas. Y esto significa: dependencia de las oscilaciones del mercado mundial, en lo exterior; y en lo interior: pobreza, diferencias atroces entre la vida de los ricos y los desposeídos, desequilibrio [...] Uno de los remedios que más frecuentemente nos ofrecen los países “avanzados” –señaladamente los Estados Unidos– es el de las inversiones privadas extranjeras. En primer lugar, todo el mundo sabe que las ganancias de esas inversiones salen del país, en forma de dividendos y otros beneficios. Además, implican dependencia económica y, a la larga, ingerencia política del exterior (Paz [1950] 2009: 237-239).

Estas visiones de mundo parecen, en principio, derrotistas, impotentes y negativas. No obstante, Paz da luces de esperanza:

Nuestro nacionalismo, si no es una enfermedad mental o una idolatría, debe desembocar en una búsqueda universal. El objeto de nuestra reflexión no es diverso al que desvela a otros hombre y a otros pueblos: ¿cómo crear una sociedad, una cultura, que no niegue nuestra humanidad pero tampoco la convierta en una vana abstracción? [...] Todo nuestro malestar, la violencia contradictoria de nuestras reacciones, los estallidos de nuestra intimidad y las bruscas explosiones de nuestra historia, que fueron primero ruptura y negación de las formas petrificadas que nos oprimían, tienden a resolverse en búsqueda y tentativa por crear un mundo donde no imperen ya la mentira, la mala fe, el disimulo, la avidez sin escrúpulos, la violencia y la simulación. Una sociedad, también, que no haga del hombre un instrumento y una dehesa de la Ciudad. Una sociedad humana (Paz [1950] 2009: 251).

Paz indica que aunque antes el mexicano era simplemente un objeto, al momento de escribir su obra empieza a convertirse en una agente de cambio cuyas acciones afectan las grandes potencias; es decir, el escritor es consciente de que se viven nuevos tiempos, en los que su nación ya no tiene que permanecer inerte ante el abuso y las amenazas, ya no debería cargar el yugo de la madre que los hizo huérfanos. Para esto, aclara que es necesario asumir el nacionalismo como una herramienta para el cambio, idea que se ajusta al proyecto político en torno al cual se había trabajado en México por varios años y que pretendía unir a la población a través de su historia y de la aceptación del mestizaje.

De los factores de unificación citados derivaría la formación de un carácter único, el mestizo, expresión de la unidad de deseos, propósitos y aspiraciones. Cuando esto se consiguiera no existiría ya el rechazo a lo propio y el gusto por lo extraño –lo que muchos llamarían malinchismo– (González 2002: 136).

Así, al desprenderse de esa “mala madre” que construye Paz, y al aceptar y valorar la existencia de unas raíces mestizas, el mexicano podría empezar a considerar la posibilidad de luchar contra los “imperios chingones” y encaminarse hacia un proyecto propio, no ya como los sometidos de un mundo ajeno, que los concibe como marginales, sino como centro de su propio mundo.

CAPÍTULO II

La Malinche y la palabra:

la lengua como puente cultural en la obra de Carlos Fuentes.

Marina, la Malinche, acarrea el dolor y el rencor profundos, pero también la esperanza de su estado; tuvo que jugarse toda entera para salvar la vida y tener descendencia. Su arma fue la misma que la mía: la lengua.

Carlos Fuentes

Veinte años después de que Octavio Paz publicara *El laberinto de la soledad*, Carlos Fuentes recurrió a la Malinche y reinterpretó el símbolo. Retomó una figura que había adquirido una indudable fuerza histórica y cultural en las palabras de Paz y la renovó, con la intención de utilizarla como una herramienta para entender el pasado y a partir de ahí asumir una posición frente al presente. En Fuentes el símbolo de la indígena en dos de sus obras, escritas con veintidós años de diferencia en contextos históricos muy distintos. En primer lugar estuvo la pieza teatral que tituló *Todos los gatos son pardos* (1970), y en segundo lugar, el cuento “Las dos orillas” (1991-1992).

En cada una de estas obras su interpretación de la Malinche está influenciada por la realidad social y política. Fuentes como intelectual en dos momentos de la historia de México, frente a los cuales el escritor asumió puntos de vista diferentes e, incluso, contradictorios. Por esta razón, el papel de la indígena varía entre una obra y la otra, aunque hay aspectos en los que las dos ‘marinas’ coinciden. Con variaciones y todo, la posición de Fuentes difiere notablemente de la de Paz y da cuenta de la disparidad entre estos dos intelectuales frente a las realidades políticas de México.

La primera aproximación a la Malinche en la obra de Fuentes se encuentra en *Todos los gatos son pardos*, una obra cuyo propósito parece ser, en primera instancia, narrar la historia de la conquista de México desde el momento en que Moctezuma anuncia los presagios que indican que el caos se acerca hasta la caída de Tenochtitlán. En diez capítulos, Fuentes reconstruye el pasado y, aunque a lo largo de la obra da indicios de las razones que lo motivan a escribirla, solo al final, en un apartado corto y contundente, el autor revela que con esta obra pretende denunciar un acontecimiento específico del presente: la masacre de Tlatelolco, ocurrida el 2 de octubre de 1968, dos años antes de la publicación del libro.

Dos décadas más tarde, cuando se conmemoraban los 500 años del descubrimiento de América, Fuentes escribió *El naranjo* (1993)¹, una recopilación de cinco relatos que revisan varios momentos de la historia en la búsqueda por establecer nuevos caminos de relacionarnos con las hazañas conquistadoras, con el imperialismo, la circularidad histórica y al peso del pasado. Entre estos cuentos se encuentra “Las dos orillas”, que narra la conquista de México a través de la voz de Jerónimo de Aguilar, uno de los traductores de Hernán Cortés. El autor cuenta las razones que llevaron a España a la victoria y se pregunta qué habría pasado si las cosas hubieran sido diferentes: si los españoles no hubieran llegado a América, si los indígenas hubieran invadido Europa, o si los árabes y los judíos se hubieran hermanado con los aztecas y los Reyes Católicos.

Fuentes escribió este libro en 1992, con una opinión pública fragmentada, tanto en México como en el resto de América Latina, alrededor de las celebraciones y conmemoraciones del quinto centenario del Descubrimiento. Algunos celebraban no solo el descubrimiento de América sino con él la firma en un futuro próximo del Tratado de Libre Comercio con América del Norte (NAFTA), otros se sentían amenazados por Estados Unidos, temían por la soberanía del estado mexicano y se oponían a celebrar los 500 años

¹ Aunque la mayoría de los cuentos que conforman *El naranjo* fueron escritos entre 1991 y 1992, y coinciden con los festejos de los 500 años del descubrimiento, el libro se publicó en 1993.

del genocidio provocado por la Conquista. En este cruce de caminos, Fuentes explora factores de tensión y contradicción.

En estos dos contextos, el de la matanza de los estudiantes en la plaza de Tlatelolco y en el de las conmemoraciones del Descubrimiento, Fuentes presenta a sus ‘malinches’, diferentes en muchos sentidos pero con una característica común: las dos son intermediarias, sirven como puentes entre culturas. Y no solo trabajan como filtros idiomáticos, también filtran visiones de mundo, ideologías y luchas de poder, de tal forma que se convierten en figuras claves en la conciliación de esos intereses encontrados que han hecho de México, a lo largo de la historia, un campo de batalla.

El peso del presente

En las dos obras de Fuentes, el presente de México pesa tanto como el pasado, así que antes de abordar el análisis es pertinente conocer esos dos contextos que llevaron al escritor a recurrir a la literatura y, a través de ella, presentar su punto de vista sobre la realidad de su país y proponer una lectura de la actualidad con base en la historia.

México del 68

Todos los gatos son pardos fue una denuncia a la masacre de Tlatelolco. Corría el año 1968 y en el mundo entero se levantaban protestas juveniles contra los gobiernos de turno. Los estudiantes se rebelaron en contra del imperialismo, las burocracias políticas y el abuso de poder de los gobernantes. Buscaban democracias verdaderas y libertad de expresión y pensamiento. En su ensayo *Postdata* (1970), Octavio Paz indica como ocurrió ese despertar en la nación mexicana:

El movimiento de los estudiantes mexicanos mostró semejanzas con los de otros países, tanto de Occidente como de Europa oriental. Me parece que la afinidad mayor fue con los de esta última: nacionalismo, solo que no en contra de la intervención soviética sino del imperialismo norteamericano; aspiración a una reforma democrática; protesta, no en contra de las burocracias comunistas sino del Partido Revolucionario Institucional (PRI) (31).

En 1968, México ya llevaba cuatro décadas de progreso económico y aparente tranquilidad social y política. Su situación era tan admirable que el país incluso logró que su capital fuera la sede de los Juegos Olímpicos. Sin embargo, para quienes protestaban, la realidad no era color de rosa. Los jóvenes consideraban que las Olimpiadas solo funcionaban como una fachada para ocultar un país aterrado por la violencia gubernamental y una estrategia para atraer la mirada de Estados Unidos (Paz [1970] 2005: 31-33). Desde mediados de ese año, los estudiantes eran perseguidos por la policía y el ejército, pues se habían convertido en la voz del pueblo y perseguían de manera pacífica una reforma que, básicamente, buscaba que México volviera a ser una democracia. Sus peticiones más importantes eran: el diálogo público entre el pueblo y el Gobierno; la libertad de varios presos políticos que eran retenidos y torturados injustamente; la disolución del cuerpo de granaderos (policía especializada en tareas antidisturbios), y la derogación de un artículo del Código Penal conocido como “delito de opinión”, que privaba de la libertad a todo aquel que pensara distinto a lo que ordenaba el Gobierno (Paz [1970] 2005: 34-36).

El movimiento adquirió tanta fuerza que se convirtió en una amenaza para el PRI, partido político que ostentaba el poder bajo el liderazgo del presidente Gustavo Díaz Ordaz. Por eso, cuando el 2 de octubre los protestantes se reunieron en la plaza de Tlatelolco, el evento terminó en masacre. Según cuenta Elena Poniatowska en *La noche de Tlatelolco* (1971) a partir de los testimonios de las personas que estuvieron involucradas en los hechos, al final de esa tarde de octubre, cuando los jóvenes se disponían a volver a sus casas, fueron cercados por las fuerzas militares, que empezaron a disparar sin motivo alguno. En un artículo publicado en el diario español *El País* para recordar este acontecimiento treinta años más tarde, Poniatowska escribió:

El ejército tomó la plaza y hombres vestidos de civil que llevaban un guante blanco o un pañuelo para identificarse desataron la balacera. La desbandada fue general y el fuego cerrado y el tableteo de las ametralladoras convirtieron el lugar en un infierno. Según el periódico inglés *The Guardian*, murieron más de trescientas personas y las que llegaron a los hospitales tenían heridas en la espalda, en los glúteos, en las piernas, porque les dispararon por detrás, mientras huían. El único

movimiento estudiantil en el mundo que terminó en una matanza fue el de México, en 1968. Esta tragedia resultó un parte aguas en la vida de muchos mexicanos. 1968 fue un año que nos marcó a sangre y fuego y tuvo el don de encender la llama de futuras luchas sociales. Todavía hoy, 1968 es un punto de partida.²

Muchos de los jóvenes que sobrevivieron, desaparecieron o terminaron en la cárcel, acusados de crímenes que nunca cometieron, y allí tuvieron que soportar terribles torturas durante años. Luis Tomás de Cervantes, miembro de una de las agrupaciones estudiantiles, fue capturado después de la masacre, y cuenta lo siguiente en uno de los testimonios de *La noche de Tlatelolco*:

El mayor se me acercó y me puso un capuchón de una tela gruesa como lona, pero su tejido dejaba pasar algunos rayos de luz de los focos. El capuchón me cubría toda la cabeza hasta el cuello, cerrándolo a la altura de la garganta. Me doblaron los brazos y me ataron las manos por la espalda. Nuevamente escuché aquella voz ronca que me increpaba: — ¿Quién es tu sucesor en el Consejo Nacional de Huelga? —No lo sé, no tengo idea. —Ahorita te vamos a refrescar la memoria. Aquí hablas o te mueres. — ¡Traidor, hijo de puta! A ver ¿qué quieren cabrones? ¿Qué es lo que andan buscando? —Queremos que se respete nuestra Constitución. —Mira cabroncito, no se hagan ilusiones. La Constitución la manejamos nosotros. ¿Quién les daba las armas? —No tenemos armas; nuestro movimiento no es armado, es un movimiento democrático y legal, nuestras armas son la Constitución y la razón (Poniatowska [1971] 1992: 106).

Después de estos dramáticos acontecimientos, Carlos Fuentes manifestó su indignación en una obra de teatro que tituló *Todos los gatos son pardos* y que veinte años más tarde reescribió con el nombre *Ceremonias del alba* (1991), pues consideraba que en la versión original prevalecía la rabia y el apasionamiento político, no la literatura. En el libro que publicó en 1991 incluyó la siguiente explicación:

² Elena Poniatowska, “Matanza en Tlatelolco”, *El País*, Madrid, abril 19, 2008. Edición digital http://elpais.com/diario/2008/04/19/babelia/1208561965_850215.html (Consultada: febrero 13, 2012).

Hace veinte años, pensando más en la política que en el teatro, publiqué en México y en España un diálogo, o más bien un coro, titulado *Todos los gatos son pardos*. Era una respuesta reflexiva, a los acontecimientos de 1968 en mi país, que culminaron con la matanza de Tlatelolco el 2 de octubre. Allí quedó comprobada la incapacidad del sistema PRI-presidente para dar respuesta política a nuestros problemas políticos. Encerrado en la arrogancia, la autocongratulación y la obcecada negación de los problemas, el sistema no tuvo más palabras que el crimen. El desafío cultural de los estudiantes universitarios y de las capas medias del país, buscando salidas a la esclerosis de la revolución institucional, no conoció respuesta más simbólica que la de un asesinato colectivo en una plaza llamada de Las Tres Culturas (Fuentes [1991] 2005: 7).

En la segunda publicación, la de la obra teatral modificada, Fuentes pone en evidencia aquello que quiso insinuar en la primera versión, pero en esta investigación interesa analizar justamente el texto que fue escrito con tan poca distancia histórica de los hechos y con tanto desencanto y urgencia.

En esa primera edición, que el autor escribió en 1969 y publicó en 1970, sus motivaciones no eran tan evidentes. En un principio la obra parece ser una reconstrucción de la historia de la conquista de la nación azteca y solo al final, cuando el escritor transforma a sus personajes, se revelan de manera explícita las razones que lo impulsaron a escribir: Moctezuma se convierte en el presidente de México; el mensajero, en miembro del PRI; los augures, en policías; Cortés, en general del ejército norteamericano; el indígena que fue sacrificado en Cholula, en estudiante asesinado. Mientras tanto, la música de los mariachis es opacada por canciones de los Rolling Stones, a la vez que se encienden letreros luminosos que dicen Ford, Coca-Cola, Pan Am, Hilton, Kotex, etc.

En su obra, Fuentes dio a conocer su visión sobre el México del momento, criticó al Gobierno y al imperialismo, rechazó la censura a la libertad de pensamiento y de expresión, y condenó el hecho de que los mexicanos hubieran perdido, desde la Conquista, el poder sobre la palabra y, en esa medida, el poder sobre la memoria. Entonces, su intención no era aproximarse a la masacre desde un punto de vista fatalista sino analítico, para tratar de

entender qué poder tenía la palabra frente a la contundencia del crimen y qué papel desempeñaba el pasado en los acontecimientos del presente.

Cuenta Carlos Amaya, en su ensayo “Los acontecimientos del 68 como repetición histórica en *Todos los gatos son pardos* de Carlos Fuentes” (2005), que la obra fue presentada por primera vez en un teatro universitario en 1969 y el clima político estaba tan caliente que entre el público había espías del Gobierno que lo habrían podido llevar preso a él y al grupo de actores que se presentaron con el escritor en el escenario, entre ellos Rita Macedo, José Luis Cuevas y Carlos Monsiváis (16). El riesgo que tomó el autor a la hora de escribir y presentar esta pieza teatral demuestra su actitud militante como intelectual en el momento y su interés por defender a México, a través de la literatura, de la ineficiencia de sus gobernantes, del imperialismo estadounidense y de la circularidad de la historia: el hecho de que cuatro siglos atrás la misma plaza hubiera presenciado la masacre del pueblo azteca demostraba que la historia mexicana avanzaba en espiral repitiéndose a sí misma; solo había un cambio en los actores, pues durante la conquista el gobernante ineficiente fue Moctezuma, los ánimos imperialistas llegaron de España y las víctimas fueron los indígenas.

México celebra el descubrimiento

El naranjo se escribió en 1992, cuando se cumplían 500 años del descubrimiento de América. Antes de que llegara esta fecha, diversas instituciones españolas de cultura convocaron al continente americano a que celebrara la llegada del quinto centenario, pero su propuesta no fue bien acogida por las comisiones de todos los países, pues muchos consideraban que el acontecimiento no ameritaba fiestas sino, por el contrario, luto y reflexión. Una de las delegaciones que mostró su discrepancia de manera acérrima fue la mexicana, formada por León Portilla, José María Muriá y Alberto Lozoya, quienes, para empezar, propusieron no hablar del “descubrimiento de América”, sino del encuentro de dos mundos, pues insistir en una América descubierta implicaba caer en el vicio de contar

la historia desde el punto de vista europeo, ignorando la existencia de las culturas prehispánicas.³

Este fue el principio de un debate que nunca llevó a acuerdos y al llegar el 12 de octubre de 1992 fue evidente que la celebración no solo iba en contravía del pensamiento de algunos intelectuales, sino del pueblo mexicano en general. Nueve mil personas se volcaron a las calles para manifestarse en contra de la fiesta, pues consideraban que en 500 años no habían podido solucionarse los problemas de pobreza, desigualdad, educación y discriminación.

Organizaciones civiles, campesinos e indígenas se manifestaron en contra de 500 años de humillación y resistencia. En las calles las pancartas decían: “Hoy se cumplen quinientos años de robo, muerte y destrucción al pueblo indígena”. Se destruyeron estatuas de descubridores y conquistadores españoles. Mientras tanto, la Santa Iglesia Católica festejaba, pues esa fecha también marcaba el comienzo de la evangelización del territorio americano.

Además, a este encuentro de posiciones frente al quinto centenario del descubrimiento, se sumó la cercanía del Tratado de Libre Comercio con América del Norte, pacto que también provocaba desacuerdos entre la población mexicana, siempre amenazada por el poder de su gigante vecino. El acuerdo comercial se firmaría el 17 de diciembre de 1992 y entraría en vigencia en 1994, y muchos temían que la industria nacional se viera

³ La información para recrear este contexto surgió de dos fuentes digitales:

“Diccionario de Filosofía Latinoamericana” de la Biblioteca Virtual Latinoamericana de la Universidad Autónoma de México, construido por varios autores bajo la dirección de Horacio Cerutti Guldberg: http://www.cialc.unam.mx/pensamientoycultura/biblioteca%20virtual/diccionario/1_presentacion.htm. (Consultado: noviembre 15 de 2011).

Salvador Martí Puig, “Sobre la emergencia e impacto de los movimientos indígenas en las arenas políticas de América Latina. Algunas claves interpretativas desde lo local y lo global”, presentado en conferencias en el Centro de Relaciones Internacionales y Cooperación Internacional de Barcelona (enero 26 de 2004) y en el Seminario de doctorado de la Universidad de Salamanca (febrero 5 de 2004). http://campus.usal.es/~dpublico/areacp/Doctorado0304/Seminario_Investigacion03/Smarti04.PDF. (consultado: noviembre 22 de 2011).

perjudicada, que la soberanía mexicana se pusiera en peligro y que el tratado repercutiera en mayor desempleo, pobreza y fragilidad democrática.

México se encontraba dividido. Lo más nacionalistas protestaban contra la celebración del descubrimiento y contra el Tratado de Libre Comercio. Los demás festejaban, pues consideraban que, a pesar del drama que implicó la Conquista, el descubrimiento permitió el advenimiento de la civilización y la modernidad en el territorio azteca.

En esta disyuntiva nacional, Carlos Fuentes se ubica en un punto medio. Después de haberse opuesto con furia e indignación a los acontecimientos del 68, en el 92 asumió una posición intermedia con el ánimo de lograr una conciliación entre esa multiplicidad de culturas que conformaron la nación mexicana y que no solo se mezclaron al llegar al territorio americano sino que ya venían revueltas en una sangre española fusionada con lo árabe y lo judío.

En *El naranjo* y utilizó este árbol como un puente entre culturas. El árbol del naranjo aparece mencionado en todos los cuentos y es un símbolo de una cultura que se va gestando a través de diversas conquistas, que traen amargura, pero también frutos: el naranjo llegó con los árabes a España, y luego los españoles lo transportaron hasta América. Entonces, con este fruto como *leitmotiv* y con personajes como Hernán Cortés, Cristóbal Colón, la Malinche y Escipión Emiliano –quien se toma la ciudad de Numancia al sur de España–, el libro pone sobre la mesa el tema de la multiculturalidad, el mestizaje y la aceptación de las raíces.

En “Las dos orillas”, Fuentes empieza ese proceso conciliatorio al poner de narrador al español Jerónimo Aguilar, quien intenta, a lo largo de toda la obra, defender al pueblo azteca. Por el contrario, la indígena doña Marina defiende a los españoles. Es decir, el escritor plantea que las dos culturas, la indígena y la española, tienen características que merecen ser defendidas y valoradas. Por ejemplo, en el segundo capítulo del relato, Aguilar comenta:

Me enamoré de mi nuevo pueblo, de su sencillez para tratar los asuntos de la vida, dando cauce natural a las necesidades diarias sin disminuir la

importancia de las cosas graves. Sobre todo, cuidaban su tierra, su aire, su agua preciosa y escasa, escondida en hondos pozos... (Fuentes [1993] 2003: 51).

En tiempos de celebraciones y tratados internacionales, Fuentes es diplomático e intenta justificar las acciones de todas las partes implicadas en el proceso de Conquista: explica, sin juzgar, por qué Moctezuma es derrotado y apresado; señala cómo la Malinche toma la decisión de irse del lado de los españoles para encontrar su salvación, e indica por qué Aguilar decide apoyar a los aztecas. Incluso califica a Hernán Cortés de manera equilibrada y, en lugar de demonizarlo, lo describe como una “mezcla deslumbrante de razón y quimera, de voluntad y flaqueza, de escepticismo y candor fabuloso, de virtud y maldad” (Fuentes [1993] 2003: 19).

La posición conciliadora de Fuentes, por supuesto, no lo lleva a aprobar el genocidio causado por la Conquista. Desde la primera página denuncia la pérdida de la cultura azteca en manos de los españoles. Sin embargo, parece que el objetivo final de la obra no es lamentarse por lo sucedido en el pasado, sino tratar de entenderlo y a partir de la comprensión plantear posibles reconciliaciones que les permitan a los mexicanos sanar heridas históricas que permanecen abiertas y no les dan la posibilidad de avanzar.

Las ‘Marinas’ de Fuentes: traición desde la acción

La Malinche de Fuentes es muy diferente a la de Paz. Tanto en *Todos los gatos son pardos* como en “Las dos orillas”, la indígena chingada de *El laberinto de la soledad* se transforma en una mujer activa, sagaz y autónoma. A la llegada de los españoles vio en ellos la posibilidad de tener una vida nueva, diferente a esa en la que siempre fue esclava, así que utilizó su inteligencia, el poder de la lengua y su conocimiento sobre las debilidades del pueblo azteca para guiar a los conquistadores al triunfo y así cambiar su destino.

Al contrario de Paz, Fuentes no ignora las pistas que los historiadores dieron sobre el carácter de Doña Marina: “de buen parecer, entremetida y desenvuelta”, “excelente mujer y buena lengua”, “mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva España” (Díaz del Castillo [1575] [1632] 1939: 143-147), “era faraute y secretaria” (López de Gómara, ([1552] 2000: 46). No era una indígena cualquiera, tenía iniciativa y aprendía.

Como símbolo, el escritor desvincula por completo a la Malinche de lo celestial y le da un papel absolutamente terrenal que, en principio, se relaciona con el de Eva: ambas fueron intermediarias de aquello que se consideraba maligno, pero por medio de sus acciones dieron un paso hacia su libertad. Ambas actuaron impulsadas por la tentación del cambio y la novedad, la única diferencia entre las dos está en que Eva puso en riesgo el Paraíso, Doña Marina no tenía nada que perder. En *Todos los gatos son pardos*, Fuentes hace explícita esa concepción terrenal de la indígena quien se reconoce dueña de un destino maldito:

Cortés (riendo): Y tú ¿de dónde vienes?

Marina: No del cielo, señor, ni desde el cielo podría protegerte o servirte. Nací en la tierra, cerca de los grandes ríos pero bajo un signo malo; mis padres eran príncipes pero el oráculo les advirtió: “la hija de su carne nacerá bajo el signo de Ce Mallinali, que es el signo de la mala fortuna, de la revuelta, de la riña, de la sangre derramada y de la impaciencia”.
(62-62)

En las manos de Fuentes, esas marinas terrenales sacan provecho de su potencial sexual como mujeres. Ya no son las chingadas de Paz, sino féminas dueñas de una capacidad de seducción que les permite reducir al hombre y usarlo a su antojo. Fuentes relaciona esta sexualidad con aquella de Malinalxochitl, hechicera azteca cuyo erotismo es fuente de poder:

Marina: Sírvelo, mujer, sirve a tu hombre y te servirás. Recuerda la historia de tu patria; recuerda el nombre de la antigua diosa que te dio tu propio nombre: Malinalxochitl, sacerdotisa del alba, encantadora de las bestias feroces que utilizaba para tiranizar a los hombres y doblegarlos a su voluntad de amor, feroz amor, eterno amor, esclavizado amor, diabólico y nocturno amor (Fuentes [1970] 2008: 73).

En esta medida, Doña Marina se aleja de la figura de la madre violada y se convierte en un símbolo cuya sexualidad implica poder. Fuentes admira ese erotismo que potencializa a la mujer y le permite imponerse sobre el hombre: es a través del sexo que la Malinche se apodera de la lengua en su obra, y a través de la lengua pone sus planes en acción. Es decir, al convertirse en amante de Cortés tiene acceso permanente al Conquistador, situación que

le permite aprender con rapidez la lengua de los españoles, reemplazar al traductor Jerónimo de Aguilar y asumir una posición destacada en la hazaña conquistadora:

[...] me di cuenta de que Jerónimo de Aguilar ya no hacía falta, la hembra diabólica lo estaba traduciendo todo, la tal Marina hideputa y puta ella misma había aprendido a hablar el español, la malandrina, la mohatrerera, la experta en mamonas, la coima del conquistador, me había arrebatado mi singularidad profesional mi insustituible función, vamos, por acuñar un vocablo, mi monopolio de la lengua castellana... La Malinche le había arrancado la lengua española al sexo de Cortés, se la había chupado, se la había castrado sin que él lo supiera, confundiendo la mutilación con placer... (Fuentes [1993] 2003: 34-35)

Gracias a su desenvoltura, a su capacidad de seducción y a su poder sobre la lengua, en *Todos los gatos son pardos* doña Marina se convierte en una especie de soldado del ejército español. Ella misma se considera un arma, tan letal como la pólvora y como los caballos, así que se ofrece a Cortés sin dudarle y se entrega toda, consciente de su utilidad para la conquista de Tenochtitlán. Fuentes le da una voz autónoma, independiente y por momentos la hace más valerosa y resoluta que Moctezuma y el mismo Cortés.

Cortés: Marina...

Marina: Así me llamas tú. ¿Cómo me llamará mi pueblo?

Cortés: Te he tomado para mí. Eres mi mujer.

Marina: No señor. Yo solo soy la lengua. (Fuentes [1970] 2008: 64)

En este fragmento, Fuentes descarta la idea de que la Malinche actuó motivada por el enamoramiento hacia Cortés, teoría que también elimina Octavio Paz. Anula la posibilidad de que Doña Marina haya buscado un lugar en las altas posiciones de la jerarquía española, pues indica que a la indígena no le interesaba ser la mujer de Cortés. Y señala la importancia de la Malinche cuando pone en la afirmación “Yo solo soy la lengua” un artículo determinado (“la lengua”) en lugar de uno indeterminado (“una lengua”). Ella es la única dueña de la palabra y a través de esta intenta transformar su realidad.

Después de muchos años como esclava de todos, vio en los españoles la posibilidad de un cambio y, a pesar de su desconocimiento de lo que podría encontrar en esa sociedad que

habitaba la tierra al otro lado del océano, decidió arriesgarse y actuar. En palabras de Fuentes, Aguilar confiesa lo siguiente:

Marina, la Malinche, acarrea el dolor y el rencor profundos, pero también la esperanza de su estado; tuvo que jugarse toda entera para salvar la vida y tener descendencia. Su arma fue la misma que la mía: la lengua. Pero yo me encontraba dividido entre España y el Nuevo Mundo. Yo conocía las dos orillas. Marina no; pudo entregarse entera al Nuevo Mundo, no a su pasado sometido, cierto, sino a su futuro ambiguo, incierto y por ello, invicto. (Fuentes [1993] 2003: 31-31)

La capacidad de acción de la Malinche de Carlos Fuentes se opone por completo a la pasividad de la Marina de Octavio Paz, y, al contrastar las obras de Fuentes con la historia oficial, se entiende que fue él quien más se aproximó a la versión aceptada por los textos del pasado. Sin embargo, vale la pena aclarar que todo parece indicar que los trabajos en los cuales se basa Fuentes son en su mayoría crónicas escritas por españoles y, en esa medida, es comprensible su posición frente a la Malinche, a quien el escritor nunca juzga a pesar de ser presentada como una traidora. En los escritos de los españoles, la Conquista fue una proeza y, en ese sentido, doña Marina es una heroína pues colaboró para que la caída de Tenochtitlán fuera una realidad.

La historia oficial demostró la importancia de la Malinche como lengua e informante, pero Fuentes le dio más poder al hacerla responsable de la llegada de Cortés a Tenochtitlán y de su victoria. Para empezar, ella les informa a los españoles cuáles son las debilidades del emperador azteca, tal como explica Jerónimo de Aguilar en el siguiente fragmento de “Las dos orillas”:

Una mujer indígena como él (Moctezuma), Marina, fue quien en realidad lo venció desde su tierra, aunque con dos lenguas. Fue ella la que le reveló a Cortés que el imperio azteca estaba dividido, los pueblos sujetos a Moctezuma lo odiaban, pero también se odiaban entre sí y los españoles podían pescar en río revuelto; fue ella la que entendió el secreto que unía a nuestras dos tierras, el odio fratricida, la división, ya lo dije: dos países, cada uno muriéndose de la otra mitad... (Fuentes [1993] 2003: 31)

También les indica cómo es el territorio, el camino, la manera de movilizarse, lo abrumador de Tenochtitlán y la capacidad de guerra del pueblo azteca:

Marina: Gracias al abandono de mis padres cumplí mi destino

Cortés: Encontrarme...

Marina: Sí, y guiarte por esta tierra que tú desconoces.

[...]

Marina: El camino es escarpado y apenas se deja atrás el calor de estos mares, reina un frío intenso, el húmedo vapor se trueca en niebla y para llegar a la capital de Moctezuma debe vencerse una fortaleza de altas montañas y cruzar humeantes volcanes.

[...]

Cortés: ¿Con cuántos batallones cuenta este poderoso señor?

Marina: Los guerreros de Moctezuma, puestos en fila sobre un inmenso llano, lo cubrirían como las olas al mar por donde has llegado, señor.
(Fuentes [1970] 2008: 63-77)

Apegado a la historia oficial, el escritor revive el siguiente pasaje de *Historia verdadera de conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, en el que la indígena convence a Moctezuma de rendirse:

Y como Juan Velázquez lo decía con voz alta y espantosa, porque así era su hablar, y Moctezuma vio nuestros capitanes como enojados, preguntó a doña Marina que qué decían con aquellas palabras altas, y como doña Marina era muy entendida, le dijo: “Señor Montezuma: lo que yo os aconsejo es que vais luego con ellos a su aposento, sin ruido ninguno, que yo sé que os harán mucha honra, como gran señor que sois, y de otra manera aquí quedaréis muerto, y en su aposento se sabrá la verdad” (348).

Según lo precedente se entiende que para Fuentes, al igual que para Paz, el símbolo de la Malinche está marcado por la traición. Pero es una traición diferente, que no se sustenta en la omisión, sino en la acción; por lo tanto, al contrario de los planteamientos de Paz – quien señaló que la traición forjó mexicanos desconfiados, escépticos y temerosos–, en la obra de Fuentes la traición se relaciona con la protesta, la rebelión, la esperanza, la búsqueda de cambio, de paz y de libertad, aspectos que serán más claros en el siguiente

apartado, cuando se entienda el valor de la indígena como símbolo del poder sobre la palabra.

Para Fuentes, la traición tiene una relevancia indudable en la configuración de la Malinche como símbolo, pues esta determinó su carácter y sus acciones, las cuales, al final, dieron como resultado un sentimiento de frustración, pues la Malinche se alió con los conquistadores en busca de beneficios personales que nunca consiguió.

Pobre Marina, abandonada al cabo por su conquistador, cargada con un hijo sin padre, estigmatizada por su pueblo con el mote de la traición y, sin embargo, por todo ello, madre y origen de una nación nueva, que acaso solo podía nacer y crecer en contra de las cargas del abandono, la bastardía y la traición (Fuentes [1993] 2003: 44)

En *Todos los gatos son pardos*, cuando Marina es consciente de la sangre que se derramó por cuenta de sus acciones y entiende que ya no podrá detener a sus aliados, entra en pánico y grita un monólogo violento y desencantado dirigido hacia su hijo, quien representa a todo el pueblo mestizo:

Oh, sal ya, hijo mío, sal, sal, sal entre mis piernas... Sal, hijo de la traición... sal, hijo de puta... sal, hijo de la chingada... adorado hijo mío, sal ya... cae sobre esta tierra que ya no es mía ni de tu padre, sino tuya... sal, hijo de las dos sangres enemigas... sal, mi hijo, a recobrar tu tierra maldita, fundada sobre el crimen permanente y los sueños furtivos [...] sal lleno de rencor y miedo, sal lleno de burla y engaño y falsa sumisión... sal, mi hijo, sal a odiar a tu padre y a insultar a tu madre... (Fuentes [1970] 2008: 173-174)

Ella se entregó confiada, convencida de que los españoles serían su única salvación, y muy tarde se dio cuenta de la devastación que había motivado. En este sentido, desde el punto de vista de Fuentes el mexicano está marcado por la decepción y la ingenuidad, por el rencor y el arrepentimiento, y por el odio al padre y a la madre, pero se sabe capaz de actuar y de creer en la posibilidad del cambio. Si se tiene en cuenta que *Todos los gatos son pardos* hace referencia a los eventos de Tlatelolco, se podría pensar que en su reflexión Fuentes hace una alusión alegórica a los estudiantes que protestan, que podrían haberse convertido en los forjadores de nuevos futuros.

El poder de la palabra

Fuentes confía ciegamente en el potencial del lenguaje. Para él, la conquista de México fue posible por la palabra, un arma más mortal y efectiva que la pólvora. Como el escritor, otros intérpretes de este evento histórico han coincidido en la importancia de la lengua en el proceso en el que Hernán Cortés se impuso sobre el territorio azteca, entre ellos Tzvetan Todorov, quien en su libro *La conquista de América* ([1982] 1999) demuestra la relevancia de la palabra para los líderes indígenas dueños del poder:

La asociación del poder con el dominio del lenguaje está claramente marcada entre los aztecas. El jefe del estado es llamado *tlatoani*, que significa, literalmente, “aquel que posee la palabra” (algo parecido a nuestro “dictador”), y la perífrasis que designa al sabio es “el poseedor de la tinta roja y de la tinta negra”, es decir, aquel que sabe pintar e interpretar los manuscritos pictográficos. Las crónicas indígenas dicen que Moctezuma era “naturalmente retórico y orador y tenía tan galano frasis en el hablar que a todos atraía y enamoraba con sus profundas razones. (Todos quedaban) muy pagados y contentos de su apacible conversación)” (87).

La elocuencia de Moctezuma surgía de su educación, que estaba basada en un conocimiento ritual que hacía que su discurso transmitiera la tradición, de tal forma que en su posición de líder garantizara la identidad cultural del pueblo azteca. Esto quiere decir que sus palabras nacían de aquello que aprendió de memoria, sin variaciones, acerca de un pasado que según las creencias indígenas se repetiría una y otra vez; es decir, Moctezuma se sentía seguro con su sabiduría ancestral, pues nunca pensó que enfrentaría un acontecimiento totalmente nuevo, que no sabría cómo interpretar (Todorov [1982] 1999: 87). Pensaba que su conocimiento sobre el pasado le permitiría afrontar, por medio del verbo, cualquier situación que se le presentara en el futuro, acostumbrado a la circularidad del tiempo; nunca imaginó que la llegada de Cortés implicaría la ruptura absoluta de esa circularidad:

De este choque entre un mundo ritual y un acontecimiento único resultaba la incapacidad de Moctezuma para producir mensajes apropiados y eficaces. Los indios, maestros en el arte de la palabra ritual, tienen por

ello menos éxito ante la necesidad de improvisar, y esa es precisamente la situación de la conquista. Su educación verbal favorece el paradigma en detrimento del sintagma, el código en detrimento del contexto, la conformidad al orden en vez de la eficacia del instante, el pasado en vez del presente. Ahora bien, la invasión española crea una situación radicalmente nueva, enteramente inédita, una situación en la que el arte de la improvisación importa más que el del ritual (Todorov [1982] 1999: 95).

Así, ante la novedad, Moctezuma pierde el control de la palabra, y, como se ha señalado, esto no solo se debe a su desconocimiento de la lengua castellana, sino a su incapacidad a la hora de improvisar y alejarse del verbo ritual. Por el contrario, Cortés enfrenta con sagacidad el asunto de la palabra:

Cortés no solo practica constantemente el arte de la adaptación y de la improvisación, sino que también está consciente de ello, y lo reivindica como el principio mismo de su conducta: “Siempre tendré cuidado de añadir lo que más me pareciere que conviene, porque como por la grandeza y la diversidad de las tierras que cada día se descubren, y por mucho secretos que cada día de lo descubierto conocemos, hay necesidad que a nuevos acontecimientos haya nuevos pareceres y consejos, y si en algunos de los que he dicho, o de aquí en adelante dijere a vuestra majestad, le pareciere que contradigo algunos de los pasados, crea vuestra excelencia que nuevo caso me hace dar nuevo parecer”. (Todorov [1982] 1999: 95-96)

Los españoles, con una visión estratégica, supieron hacer frente a la situación y sacar provecho de la palabra, con la que rebajaron a Moctezuma. El emperador azteca, por su parte, no solo fue incapaz de superar el lenguaje ritual, sino que tuvo la desventaja de desconocer el castellano.

Todos estos elementos se suman en la obra de Fuentes para permitirle explicar que la Conquista fue posible principalmente por la utilización de la *palabra* no de la *acción*; al fin y al cabo, el ejército azteca era mucho más grande que el español y solo eso lo habría podido llevar a la victoria, pero al perder la palabra lo perdieron todo. El proceso hacia la derrota empezó por Moctezuma, quien no pudo enfrentar los hechos, desarmado de palabras:

¿Era ese el gran señor que tenía sometidas por el terror a todas las tribus desde Xalisco hasta Nicaragua? ¿Era el déspota cruel que un día mando matar a los que soñaban el fin de su reino, para que al morir los soñadores murieran los sueños también? El enigma de la debilidad de Moctezuma ante los españoles solo lo puedo entender mediante la explicación de las palabras. Llamado el Tlatoani o Señor de la Gran Voz, Moctezuma estaba perdiendo poco a poco el dominio sobre las palabras, más que sobre los hombres. (Fuentes [1993] 2003: 26).

Con base en este argumento, para Fuentes la Malinche es una protagonista en la historia, pues es la lengua, dueña de la palabra y el poder. Ella, al contrario de Moctezuma, no se limita a lo que sabe: busca, aprende, entiende, inventa y miente en esa búsqueda por guiar a Cortés e impulsar la conquista de México.

Originalmente, como se mencionó en la introducción, la Malinche conocía dos idiomas: el maya y el náhuatl. Por esta razón, en un principio, su papel como traductora era secundario, pues necesitaba la presencia de un español bilingüe que le ayudara a convertir los mensajes en lengua indígena al castellano. Para realizar este trabajo estuvo presente Jerónimo de Aguilar, español cuyo barco naufragó en 1511 y fue a parar a las costas de la Península de Yucatán. Allí, como se mencionó al comienzo de este proyecto, él y su único compañero sobreviviente, Gonzalo Guerrero, conocieron a una comunidad maya con la que vivieron durante ocho años, hasta que Cortés los encontró. Debido al tiempo que pasó con los indígenas, Aguilar aprendió la lengua y se convirtió en traductor del conquistador de México. Guerrero, por su parte, se ocultó entre su barba y detrás de su nueva tez trigueña para que los españoles no lo obligaran a dejar a la familia que había conformado con una mujer indígena (Cortés [1678] [1933]1992: 13-14).

Aguilar fue la principal lengua de Cortés hasta que los españoles empezaron a adentrarse a territorios en los que el idioma nativo era el náhuatl, en Cozumel, que fue justamente el lugar del encuentro con Doña Marina, y, la Malinche traducía del náhuatl al maya, y Aguilar traducía del maya al castellano. Era un proceso largo que la indígena fue acortando al aprender español, lo cual a su vez condujo a que Aguilar se volviera prescindible. Aunque nunca dejó de trabajar como lengua.

La Malinche en medio del crimen

En las dos obras de Fuentes la Malinche es protagonista debido a su importancia como lengua; sin embargo, su papel varía un poco en la obra de teatro y en el cuento. En *Todos los gatos son pardos*, que, como se ha mencionado anteriormente, se escribe teniendo como base la masacre de Tlatelolco, Marina adquiere importancia por ser dueña de la palabra en un escenario violento en el que existe una lucha de poder entre varias partes: Moctezuma, Cortés y las comunidades indígenas, muchas de las cuales buscan rebelarse contra la tiranía del señor azteca. Cuando la situación se traslada al octubre del 68, se habla de una lucha de poder entre el Gobierno, Estados Unidos y los grupos estudiantiles que representaban al pueblo.

En este contexto, la lengua es poder. Los grupos dominantes intentaban tomar el control de la palabra mientras acallaban las voces disidentes a la fuerza. Moctezuma –que alegorizaba al presidente mexicano en la obra de Fuentes– era un tirano y, al igual que el presidente Gustavo Díaz Ordaz, ocupaba un cargo de comando despótico, pues poco sabía de su pueblo y no tenía el menor interés en oír sus necesidades.

La población, por su parte, vivía oprimida, silenciada y violentada. Consciente de su situación, el pueblo eventualmente decide conspirar contra sus gobernantes para lograr cambios, y la conspiración, según Fuentes, empieza con palabras, tal como ocurre en esta escena, en la que un consejero de Moctezuma se rebela:

- Cihuacóatl: El consejero Tzompantecuhtli ha soñado en voz alta, oh serenísimo rey. Fue sorprendido conspirando contra ti con su familia.
- Moctezuma: ¿En voz alta? ¿Conspirando? Pudo haberse ahorrado la molestia; hasta los pastores y mercaderes conspiran sin necesidad de abrir la boca.
- Tzompantecuhtli: ¿Cómo pueden hacerse escuchar en esta tierra los deseos que no son el tuyo, señor?
- Moctezuma: ¿Escuchar? ¿Deseos? ¿De qué hablas, consejero? La verdad en este reino está dicha de una vez por todas. Nada la puede cambiar [...] ¡Mátenlos!

Los guerreros se arrojan sobre augures, mercader, pastor, rey de Texcoco, Tzompantecuhtli y su familia, los lanzan, flechan, asesinan a mazazos y puñaladas.

- Tzompantecuhtli: Desventurada ciudad, tributaria del sueño; desventurado país, donde la duda de los poderosos no conoce más solución que el crimen... (Fuentes [1970] 2008: 51-55)

En una realidad privada de libertades, la Malinche ve en Cortés y en la hazaña conquistadora una esperanza para realizar su destino, así que se involucra en esa contienda en la que ella, como lengua, era dueña de las palabras.

Marina, entonces, intercede en esa lucha de poder del lado de España y se convierte en un símbolo que representa rebelión, protesta y transformación, pues, gracias a su colaboración, los conquistadores consiguen sobrepasar los obstáculos geográficos que se cruzan en su camino, engañar a los indígenas, tomar preso a Moctezuma e invadir Tenochtitlán, lo cual lleva a que se instaure un nuevo régimen en el territorio azteca, que la Malinche esperaba que uniera a “su pueblo, disgregado y sometido” (Fuentes [1970] 2008: 119)

En medio de esas fuerzas que buscaban el poder por medio de la violencia, Fuentes introduce a Marina, quien demuestra que las palabras tienen más alcance que las armas. Para el escritor era muy importante dejar clara la importancia del lenguaje y el diálogo para una sociedad, y especialmente en una sociedad como la de México del 68, en la que la democracia era un sueño y en la que las voces que se oponían al abuso de poder del Gobierno eran torturadas hasta la muerte.

- Cortés: He estado soñando.

- Marina: ¿En qué, señor?

- Cortés: En las palabras. Todo sucedía en las palabras.

- Marina: Te lo advertí. Solo lo que se nombra existe. (Fuentes [1970] 2008: 98-99)

Así, Marina guía a Cortés a través de la palabra. Al llegar a Tenochtitlán todo está listo para que el conquistador alcance la victoria pacíficamente, o por lo menos eso es lo que

espera la Malinche: “Señor... vence a Moctezuma y toma su poder para ti; no destruyas esta tierra, no la violentes...” (Fuentes [1970] 2008:100). Sin embargo, el conquistador tiene otros planes en mente y, después de apresar a Moctezuma –quien queda tranquilo al dejar su cargo en manos de Cortés–, ocupa el territorio con un baño de sangre:

- Cortés: ¡A ellos! ¡Síguenlos en las calles, degüellen, quemén, arrasen, roben y entren a las casas, que en ellas más se siente la guerra que en los campos de batalla!

[...]

Marina: Señor...

Cortés: Mujer...

Marina: Nos has bañado en sangre... Has traído el terror y la esclavitud...

Cortés: Te equivocas. He limpiado de terror, sangre y esclavitud a este reino.

Marina: Has impuesto tu tiranía en vez de la de Moctezuma; ¿tu dios permite que en su nombre se cometan estos crímenes? (Fuentes [1970] 2008: 152)

En el principio de la obra, Moctezuma debe terminar con aquellos que no siguen las órdenes de los dioses. Al llegar Cortés, el conquistador debe arrasar con los habitantes de esa tierra maldita “de ídolos, sacrificios y sodomía” (Fuentes [1970] 2008: 153). Y con la llegada del siglo XX, quienes son asesinados por los gobernantes son los estudiantes, quienes deben morir para mantener el orden político y dar una imagen de estabilidad y seguridad a las compañías inversionistas extranjeras: en el último apartado, un joven que había sido sacrificado en Cholula aparece en el escenario convertido en un estudiante universitario y en ese momento los granaderos y los policías disparan contra él en presencia del ejército de los Estados Unidos y de sus seductoras marcas: Ford Coca-Cola, Hilton, Kotex... Los gobiernos se han encargado, desde los tiempos prehispánicos, de acabar con las voces disidentes que van en contra de lo establecido y son consideradas amenazas para la continuación del régimen. La libertad de expresión y la democracia no solo han sido limitadas en múltiples regímenes totalitarios, sino eliminadas haciendo uso de la violencia.

En su obra, Fuentes señala la importancia de la palabra en las sociedades democráticas, y advierte que los acontecimientos de la Conquista podrían repetirse: así como el gobierno despótico de Moctezuma no quiso oír a los que disientían y los sometió con crueldad, el gobierno de Díaz Ordaz desatendió el descontento, y en ese clima interno –tan parecido al de la Conquista y los conflictos entre indígenas–, puede llegar el forastero y aprovechar las rencillas internas para desarticular todavía más la nación.

Fuentes plantea, en esos tiempos de desilusión y rabia, que en el caso de México, una nación acostumbrada a tener gobernantes déspotas, antidemocráticos y crueles –desde Moctezuma hasta Gómez Ordaz–, la posibilidad de que la palabra triunfe sobre la violencia es casi una utopía. Y en la medida en que el pueblo no tenga el poder sobre la palabra, será muy difícil que conozca su pasado y tenga control sobre su presente y su futuro. Así lo señala en el prólogo de la primera versión de la obra de teatro:

Porque en México la palabra pública, también desde las *Cartas de la relación* de Cortés hasta el penúltimo informe presidencial, ha vivido secuestrada por el poder y el poder, en México, es una operación de amnesia. Si no fuese por la tarea de algunos escritores, la historia de México no tendría más voz que el zumbido de las moscas en los basureros de los discursos, las falsas promesas y las leyes incumplidas [...] La lucha de la palabra, para nosotros, equivale a la lucha por el poder (Fuentes [1970] 2008: 6).

Adicionalmente, el escritor lanza una crítica a Estados Unidos y al imperialismo. En el momento en el que transforma a Cortés en general del ejército estadounidense, hace explícita la desconfianza que le produce el vecino norteamericano, que acecha a México con falsas promesas de prosperidad que solo irán en detrimento de las condiciones vitales del pueblo azteca y que eventualmente atentarán contra la soberanía nacional. Para Fuentes, los mexicanos corren el riesgo de perder su identidad ante la imponente llegada del consumismo y las exigencias de las compañías extranjeras que sobreponen la estabilidad económica a la tranquilidad social y política.

La Malinche, entonces, después de ser dueña de la palabra termina siendo dueña de una culpa histórica que hizo de sus descendientes individuos con una identidad frágil,

avergonzados de sus raíces, rencorosos y violentos. Sin embargo, a diferencia de la Marina de Paz, la de Fuentes heredó a sus hijos un carácter activo, dispuesto a buscar un nuevo destino.

La Malinche como puente entre las dos orillas

En “Las dos orillas”, la Malinche comparte protagonismo con Jerónimo de Aguilar, personaje que es retomado en este texto por tres razones primordiales: por su labor como lengua, por la manera en que la Malinche supo desplazarlo para convertirse en la dueña de la palabra, y porque sirve para oponer la visión de la indígena –quien anhelaba la españolización de lo azteca– a la visión del español –quien abogaba por la defensa de los indígenas–, una contradicción polémica que plantea las siguientes preguntas: ¿quién tenía la razón?, ¿qué traductor debería haber triunfado?, y, finalmente, ¿qué habría pasado si el sueño de Aguilar se hubiera hecho realidad y los aztecas se hubieran impuesto sobre los españoles?

(Dice Aguilar) todos mis actos, ya los habéis adivinado y yo os los puedo decir desde mi sudario intangible, iban dirigidos a esta meta: el triunfo de los indios, contra los españoles. Moctezuma desaprovechó, una vez más, la oportunidad. Se adelantó a los acontecimientos, se jactó ante Cortés de saberlo amenazado por Narváez, en vez de apresurarse a pactar con Narváez contra Cortés, derrotar al extremeño, y luego lanzar a la nación azteca contra el fatigado regimiento de Narváez. De esta manera, México se habría salvado [...] Quizás mi vocabulario mexicano era insuficiente y desconocía las formas más sutiles del razonamiento filosófico y moral de los aztecas (Fuentes [1993] 2003: 29).

Al contrario de lo que plantea Aguilar en este fragmento, acerca de su conocimiento insuficiente del castellano, Doña Marina entendió que la lengua no era simplemente una asociación de palabras con objetos, sino un material que revelaba la complejidad de una cultura y su forma de pensamiento. A los ojos de Fuentes, la Malinche logró conocer tan bien la cultura de los españoles a través del lenguaje que, incluso, aprendió a mentir. Las crónicas de indias han insistido en que los indígenas desconocían la mentira (Todorov [1982] 1999: 98) y que, por el contrario, “cristiano” y “mentiroso” eran sinónimos: “Preguntando españoles a indios (y no una vez acació, sino más), si eran cristianos,

respondió el indio: ‘Sí señor, yo ya soy poquito cristiano, dijo él, porque ya saber yo un poquito mentir; otro día saber yo mucho mentir y seré yo mucho cristiano’” (Todorov [1982] 1999: 98).

Ante esta realidad, una de las estrategias que usó Fuentes para que su heroína llevara a la victoria a Cortés fue darle la habilidad de mentir y de usar el lenguaje en su beneficio. Como ejemplo de esto se puede ver la anécdota de Cholula, una de las ciudades a las que llegó el conquistador en su camino hacia Tenochtitlán. La historia oficial cuenta que, después de que los españoles llegarán a Cholula, una india vieja se acercó a doña Marina y la invitó a que se fuera con ella si quería sobrevivir, pues ya todo estaba preparado por Moctezuma para que atacaran a los españoles mientras estaban desprevenidos. Ante su oferta, la Malinche respondió con astucia:

¡Oh, madre, qué mucho tengo que agradeceros eso que me decís! Yo me fuera ahora con vos, sino que no tengo aquí de quien me fiar para llevar mis mantas y joyas de oro, que es mucho; por vuestra vida, madre que aguardéis un poco vos y vuestro hijo, y esta noche nos iremos, que ahora ya veis que estos *teúles* están velando, y sentirnos han (Días del Castillo, ([1575] [1632]1939), 287).

En realidad, doña Marina no pretendía escapar con la anciana. Sacó de ella la mayor cantidad de información que pudo y luego fue a donde Cortés a contárselo todo.

Fuentes tomó esta anécdota prestada y le dio un pequeño giro en “Las dos orillas”. Aunque muchos textos oficiales confirman que la historia ocurrió tal y como la cuenta Bernal Díaz del Castillo, Fuentes insinúa que la Malinche nunca habló con una anciana y que inventó todo como una estrategia para que los españoles estuvieran atentos a posibles traiciones de los indígenas. Una vez más, la Malinche *actúa* por medio de la *palabra*. Fuentes presenta a la Malinche que miente de esta manera:

(Dice Aguilar): Marina
quería un escarmiento contra

Cholula para excluir futuras traiciones. Ella tenía que *inventar* el peligro. Trajo a cuento el testimonio de una vieja y de su hijo, que aseguraron que una gran celada se preparaba contra los españoles y que los indios tenían aparejadas las ollas con sal, ají y tomates para hartarse de nuestras carnes.

Imagen. Masacre de Cholula en lienzo de Tlaxcala.

¿Es cierto, o inventaba doña Marina tanto como yo? [...] Esa noche, la matanza española cayó sobre la ciudad de los dioses a la señal de una escopeta, y los que no sucumbieron atravesados por nuestras espadas o despedazados por nuestros arcabuces, se quemaron vivos... (Fuentes [1993] 2003: 39)

Fuentes intenta demostrar que aquel que tiene la palabra tiene el poder, pues es a través de la palabra que se llega a las acciones. En esa medida, la Malinche tenía más poder que Moctezuma y que Cortés, pues en su papel de traductora ella era dueña de todos los mensajes que circulaban: ella decidía si los transmitía de manera fidedigna, si los ajustaba a sus intereses o si los modificaba por completo para sacar provecho. Enrique Mijares analiza la figura del traductor en su ensayo “El sueño de la Malinche: la historia sembrada de espejismos” (2008):

José Emilio Pacheco en su poema “Traddutore, traditori”, se refiere a los tres históricos intérpretes: Jerónimo de Aguilar, Gonzalo Guerrero y Malinche. Traductor él mismo de numerosos textos clásicos, Pacheco sabe que en la alquimia del lenguaje, esto es, el lenguaje como sustitución, como metáfora o juego de vasos comunicantes, el mediador es considerado un traidor, un usurpador, un suplantador; cuando, en stricto sensu, el traductor es un lector bilingüe, o trilingüe según el caso, esto es, un doble o triple lector y como tal, como lector, si nos atenemos a los postulados de la teoría de la recepción, es interprete, coautor, recreador (Mijares 2008: 64).

En la obra de Fuentes, Marina, como traductora, hizo parte de la acción histórica. Fuentes, al contrario de Paz, le dio poder a Doña Marina como dueña de la palabra. Mientras ella controlaba la Conquista, Moctezuma, disminuido, no se atrevía a parecer en público, no era capaz de hablar y su estado de indefensión hacía que, incluso, tuviera miedo de conocer información de sus enemigos. Su mudez como líder fue la más clara señal de su derrota (Todorov [1982] 1999: 77).

Al tener el poder sobre el lenguaje, la Malinche y los españoles no solo tenían la libertad de ajustar la realidad a sus necesidades, sino un mayor acceso a la información, el otro factor clave en el triunfo español según Todorov:

Lo primero que quiere Cortés no es tomar, sino comprender; lo que más le interesa son los signos, no sus referentes. Su expedición comienza con una búsqueda de información, no de oro. La primera acción importante que emprende –y no se puede exagerar la significación de ese gesto– es buscar un intérprete. [...] Después de muchas peripecias, uno de ellos, Gerónimo de Aguilar, se une a los hombres de Cortés. El segundo personaje esencial en esa conquista de la información es una mujer, a quien los indios llaman Malitzin y los españoles doña Marina [...] No se conforma con traducir; es evidente que también adopta los valores de los españoles, y contribuye con todas sus fuerzas a la realización de sus objetivos. Por un lado, opera una especie de conversión cultural, al interpretar para Cortés no solo las palabras, sino también los comportamientos; por el otro, sabe tomar la iniciativa cuando hace falta (Todorov [1982] 1999: 107-108).

Con la Malinche de su lado, en el relato de Fuentes Cortés aparece ocupando la posición aventajada de saberlo todo sobre su enemigo. Además de enterarse de que Moctezuma era repudiado por los aztecas y de conocer todos los datos claves sobre Tenochtitlán y su ejército, le contarían que los indígenas lo consideraban un Dios y que, por lo tanto, a sus ojos, era inmortal. También entendería que el pueblo al que intentaba conquistar estaba marcado por las decisiones de sus deidades y por las premoniciones de sus sabios. Toda esta información le permitió actuar estratégicamente:

Cortés nos dijo desde la primera hora: -Enterremos a los muertos de noche y en sigilo. Que nuestros enemigos nos crean inmortales [...] No fuimos, pues solo hombres quienes entramos a la Gran Tenochtitlán en el 3 de noviembre de 1520, sino centauros: seres mitológicos, con dos cabezas y seis patas, armados de trueno y vestidos de roca. Y además, gracias a las coincidencias del calendario, confundidos con el Dios que regresaba, Quetzalcóatl (Fuentes [1993] 2003: 22).

Fuentes, siguiendo las páginas de la historia, indica que gracias a la palabra y a la información, Cortés y doña Marina pudieron actuar con sagacidad, medir cada acción y lograr sus propósitos. El escritor hace que el conquistador y la indígena conformen un equipo espléndido, en el que se complementan para llegar a dominar Tenochtitlán. Esta alianza, que eventualmente es interrumpida cuando Cortés abandona a la Malinche, se

ajusta muy bien a la diplomacia de Fuentes en los tiempos en que escribió su libro, pues reconcilia esos dos mundos –históricamente en pugna– que conforman la mexicanidad: el español y el indígena. Por lo tanto, el autor abre la posibilidad de que el mexicano también logre reconciliarse con sus raíces. Si el mexicano se reconociera como mestizo –expresión de unidad de deseos, propósitos y aspiraciones–, ya no existiría un rechazo por lo propio y toda la población se sentiría unida entre sí fraternalmente.

En “Las dos orillas” la posición de Fuentes es menos pesimista que la de *Todos los gatos son pardos*. Por esta razón, aunque en ambas obras la Malinche ocupa el papel de la traidora, en el cuento sus acciones no son criticadas sino, más bien, admiradas. El escritor hace responsable a una indígena de la conquista del gran Tenochtitlán y nunca la juzga por traicionar a los suyos, pues considera que como una esclava, que pasaba de mano en mano, Marina no le debía lealtad a nadie, solo a sí misma. En este cuento, a Fuentes no le interesa repetir dramáticamente lo que ocurrió durante la Conquista, ni señalar culpables, su intención es entender cómo y por qué sucedieron los hechos para tratar de impulsar reconciliaciones y transformaciones que le permitan al mexicano proyectarse al futuro.

Sin embargo, el escritor se cuida de celebrar la llegada de los conquistadores y, en esa medida, denuncia la pérdida de las culturas precolombinas en manos de los españoles, se pregunta qué habría pasado si la historia hubiera sido diferente y pone al lector a imaginar un mundo en el que hubieran sido los americanos quienes conquistaran Europa.

Una cultura en espiral

Los procesos que se dieron en torno al lenguaje en el apartado anterior fueron determinantes en la hibridación cultural que resultaría de la Conquista. A la hora de hablar de mestizaje y cruce de culturas, la *Palabra* tiene gran relevancia, pues indígenas y españoles debieron esforzarse, voluntariamente, por entender a esas poblaciones extrañas a través del lenguaje. Y así, poco a poco, unos y otros se dejaron permear por conocimientos propios de la cultura extranjera hasta el punto de transformar sus formas de pensamiento y de acción. Ni los americanos ni los europeos fueron los mismos después del descubrimiento, terminaron mezclándose y dieron origen a una nueva cultura.

De parte de los indígenas, la Malinche es la primera interesada en aprender sobre los españoles y en motivar una hibridación que, dada su posición simultánea como lengua y amante, no solo fue cultural sino racial.

(la Malinche) es el primer ejemplo, y por eso mismo, el símbolo, del mestizaje de las culturas; por ello anuncia el estado mexicano moderno y, más allá de él, el estado actual de todos nosotros, puesto que, a falta de ser siempre bilingües, somos bi o triculturales. La Malinche glorifica la mezcla en detrimento de la pureza (azteca o española), y el papel del intermediario. No se somete simplemente al otro (caso desgraciadamente mucho más común: pensemos en todas las jóvenes indias, “regaladas” o no, de las que se apoderan los españoles), sino que adopta su ideología y la utiliza para entender mejor su propia cultura, como lo muestra la eficacia de su comportamiento (aun si el “entender” sirve aquí para “destruir”) (Todorov, 1999, 109).

La Malinche, así, es madre de una nueva cultura. Al contrario de los planteamientos de Paz, que rebajaban a la Malinche como *objeto* sexual, Fuentes destaca la importancia de su sexualidad a la hora de apropiarse de la palabra e impulsar la creación de una raza mestiza.

La Malinche le había arrancado la lengua española al sexo de Cortés, se la había chupado, se la había castrado sin que él lo supiera, confundiendo la mutilación con el placer [...] Lo más terrible, lo escandaloso, sin embargo, no era el sexo de Cortés, sino que desde el fondo del bosque, del luto, de la bruma, emergiese la lengua, que era el sexo verdadero del conquistador, y se la clavase en la boca a la india, con más fuerza y más germen y más gravidez (Fuentes [1993] 2003: 34-36)

Doña Marina ya no es simplemente símbolo de hibridación cultural, como se planteó en el capítulo anterior –en el que Octavio Paz la relacionaba con vírgenes y diosas de otras culturas–, es la encarnación del mestizaje. Para Fuentes la Malinche definitivamente es terrenal, y su sexualidad no solo hizo que diera a luz al hijo del Conquistador, sino a todos los hijos de la Conquista.

Como se ha mencionado a lo largo de este capítulo, para Fuentes la Malinche no fue una víctima estática, a diferencia de lo que pensaba Octavio Paz. El escritor de *El naranjo* reitera lo que aseguraron los cronistas de Indias: Doña Marina fue activa, valiente,

inteligente, sagaz y poderosa. Aunque los textos de la historia oficial nunca lo mencionan, Fuentes imagina que la indígena traicionó al pueblo azteca, pero solo en busca de su bienestar. Actuó, esperanzada en las promesas de cambio de los españoles. Creyó en la posibilidad de reinventar la realidad; sin embargo, cuando sus planes ya estaban en proceso y el triunfo de los españoles se acercaba, entendió que sus ilusiones estaban equivocadas y cuando ya no fue de utilidad para la Conquista fue abandonada por Cortés.

Así se fundó esa raza mestiza, sobre la sangre, la traición, el abandono y la frustración. Para Fuentes, la frustración parece ser especialmente relevante en la configuración de la mexicanidad, ya que no solo es fundamental en el argumento que desarrolla en torno a la Malinche, tanto en “Las dos orillas” como en *Todos los gatos son pardos*, sino que lo lleva a asegurar lo siguiente:

No nos engañemos: nadie salió ileso de estas empresas de descubrimiento y conquista, ni los vencidos, que vieron la destrucción de su mundo, ni los vencedores, que jamás alcanzaron la satisfacción total de sus ambiciones, antes sufrieron injusticias y desencantos sin fin. Ambos debieron construir un nuevo mundo a partir de la derrota compartida (Fuentes, [1993] 2003:12-113).

Es decir, la frustración no solo marcó al pueblo indígena, sino a los españoles. Así que, como estas dos culturas llegaron a conformar una sola raza, esa nueva cultura estaría inevitablemente marcada por el resentimiento y la desazón de no haber alcanzado los objetivos propuestos.

A pesar de que indígenas y españoles compartieron una frustración vital, y de que ambos fueron testigos de un cambio en su lenguaje y en su cultura durante la conquista, esto no quiere decir que el mestizaje y la hibridación hayan sido procesos fáciles. Aunque hubo transformaciones que se dieron naturalmente, de parte de los conquistadores –como es bien sabido– hubo imposiciones religiosas y culturales dramáticas que buscaron abolir el pensamiento original del pueblo azteca. Por esta razón, teóricos como Leopoldo Zea consideran que América no es fruto de una fusión de razas y culturas, sino de una superposición de las mismas:

La cultura americana aparece formada por una serie de capas aparentemente superficiales. En estas capas se notan y se hacen patentes sus diversos contactos culturales, pero también, con ellos, su no menos diversa actitud frente a los pueblos que han originado las culturas con las cuales se han puesto en contacto. Estas capas se han ido superponiendo de acuerdo con la contradictoria actitud del americano. En vez de formar una unidad, en vez de ser asimiladas, se han ido expresando como un instrumental especialmente idóneo para justificar una serie de proyectos propios del hombre de esta América [...] La contradicción, se ha dicho ya, es interna, la lleva el americano en su ser.⁴

La Malinche fue la madre de Martín, el hijo de Cortés que simbólicamente representa a la raza mestiza que poblaría México después de la Conquista. Martín tiene sangre azteca y europea, sin embargo, no es una mezcla equilibrada de los dos, pues ante todo es un bastardo y esto imposibilita su acceso real al mundo del padre. Contradicciones como esta hacen que la identidad del mestizo sea incierta. No se le permite reconocerse en el español, aunque lo sea; desconoce sus raíces indígenas, pues los conquistadores se han encargado de anularlas, y, por lo tanto, no tienen claro su lugar en el mundo:

No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles”, dice Bolívar [...] Varios años después de Bolívar, otro americano, Domingo F. Sarmiento, volvía a preguntarse, “¿Qué somos? ¿Europeos? ¡Tantas caras cobrizas nos desmienten! ¿Indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la respuesta. ¿Mestizos? Nadie quiere serlo y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados. ¿Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento?” [...] Todo el pasado, todo lo que se poseía, lo indígena, lo español, lo africano y el mestizaje serán vistos como el origen de la incapacidad de la América Latina para ser una más de las naciones que hacían posible el progreso y la civilización (Zea 1985: 27-28).

Por esta razón, al final de *Todos los gatos son pardos*, Fuentes hace que la Malinche acepte que el fruto de su vientre está maldito y es invisible:

⁴ Leopoldo Zea (1971). América como conciencia, edición digital: <http://revistakatharsis.org/zea.pdf> (Consultada: enero 27, 2012).

Tu padre nunca te reconocerá, hijito prieto; nunca verá en ti el vástago, sino a su esclavo; tú tendrás que hacerte reconocer en la orfandad, sin más apoyo que las manos espina de tu chingada madre. Emborráchate, hijo de la tristeza, fornica, canta, baila, vístete con los colores de la tierra, huerfanito hijo de la tierra, para que la tierra resucite del barro de tu cuerpo hambriento: haz de nuestra tierra una gran fiesta secreta, subterránea, invisible... (Fuentes [1970] 2008: 174).

En este punto, la obra de Fuentes coincide con la de Paz: la identidad mexicana se construyó sobre la orfandad, la humillación y la incertidumbre. Ante esa realidad, ¿cómo se enfrenta la vida? ¿La desilusión y la soledad permitirían pensar en progreso? ¿De qué manera asimilar el rencor hacia la madre que se equivocó? Frente a estas preguntas, Octavio Paz escogió el camino de la resignación, como se vio en el capítulo anterior; Carlos Fuentes, por su parte, eligió la esperanza. A diferencia de Paz, quien consideraba que el pasado era historia y, en esa medida, su influencia en las generaciones venideras era absoluta e inmodificable, Fuentes parece apuntar a la idea de que el pasado está aún presente en la sociedad mexicana, así que las heridas que dejó la Conquista están aún abiertas y, siguiendo la herencia activa de la Malinche, es posible actuar para curarlas y transformar un destino sombrío.

Esta visión de Fuentes se refleja en la estructura que elige para construir sus obras, en las que prima la *circularidad*, palabra que usa desde el epígrafe: “Como los planetas en sus órbitas, el mundo de las ideas tiende a la circularidad” (Fuentes [1993] 2003:11). En *Las dos orillas*, este elemento es clave y evidente: la historia se empieza a contar desde el décimo capítulo y luego pasa al noveno, al octavo y al séptimo, hasta llegar al número cero, que no cuenta un final, sino un nuevo comienzo. El cuento empieza con la caída del imperio azteca tras la llegada de los conquistadores a Tenochtitlán. Luego, el escritor va retrocediendo en la historia en el siguiente orden: narra el asesinato de Cuauhtémoc, el aprisionamiento de Moctezuma, las batallas de Tlaxcala y Cholula, el proceso durante el cual la Malinche aprendió español, el trabajo en solitario de Aguilar como intérprete, y los días de Aguilar y Guerrero en Yucatán con los indígenas. Al llegar al capítulo cero narra la

caída de otro imperio, esta vez el español, y lo hace con la misma estructura que utiliza al empezar la historia:

Capítulo 10

Yo vi todo esto. La caída de la gran ciudad azteca, en medio del rumor de atabales, el choque del acero contra el pedernal y el fuego de los cañones castellanos. Vi el agua quemada de la laguna sobre la cual se asentó esta Gran Tenochtitlán, dos veces más grande que Córdoba. Cayeron los templos, las insignias, los trofeos. Cayeron los mismísimos dioses. Y al día siguiente de la derrota, con las piedras de los templos indios, comenzamos a edificar las iglesias cristianas (Fuentes [1993] 2003:11).

Capítulo 0

Yo vi todo esto. La caída de la gran ciudad andaluza, en medio del rumor de atabales, el choque del acero contra el pedernal y el fuego de los lanzallamas mayas. Vi el agua quemada del Guadalquivir y el incendio de la Torre del Oro. Cayeron los templos, de Cádiz a Sevilla; las insignias, las torres, los trofeos. Y al día siguiente de la derrota, con las piedras de la Giralda, comenzamos a edificar el templo de las cuatro religiones, inscrito con el verbo de Cristo, Mahoma, Abraham y Quetzalcóatl, donde todos los poderes de la imaginación y la palabra tendrían cupo, sin excepción, durando acaso tanto como los nombres de los mil dioses de un mundo súbitamente animado por el encuentro con todo lo olvidado, prohibido, mutilado... (Fuentes [1993] 2003: 55)

El capítulo diez habla de lo que ocurrió; el cero, de lo que podría haber ocurrido. Fuentes, entonces, se pregunta en su obra: ¿qué habría pasado si...? Si los procesos de conquista se hubieran dado teniendo como base la tolerancia y la diversidad cultural. El escritor se hace estas preguntas y plantea un escenario literario en el que las contesta, con la idea de que la ficción puede permear la realidad y motivar cambios:

Me gusta emplearla hoy (la lengua), partiendo de diez para llegar a cero, a fin de indicar, en vez, un perpetuo reinicio de historias perpetuamente inacabadas [...] Nuestros rostros están rayados por el fuego, pero al mismo tiempo nuestras lenguas están surcadas por la memoria y el deseo. Las palabras viven en las dos orillas. Y no cicatrizan (Fuentes, [1993] 2003: 60-61).

“Historias perpetuamente inacabadas”, “memoria”, “deseo”, “no cicatrizan”: este conjunto de palabras indica que, al preguntarse ¿qué habría pasado si...?, Fuentes no solo pretende plantear posibilidades hipotéticas sobre el pasado, sino ideas factibles para el futuro. El escritor intenta proponer que la historia transcurre en un círculo o, para ser más precisos, en una espiral, por lo tanto, lo que ocurrió en el pasado no quedó atrás para siempre, sino que se repetirá (con ciertas modificaciones) y, por esta razón, es posible pensar en transformar el destino del pueblo mexicano.

Al párrafo precedente se ajusta la visión de Fuentes en *Todos los gatos son pardos*, obra en la que la concepción en espiral de la historia también está presente. Pero aquí el sentido es el que arrastra el arrepentimiento. Luego de que la Malinche ha aceptado su equivocación recurre a su hijo y lo invita a recuperar lo que es suyo pero le fue arrebatado por los españoles. Hay una invitación a volver en el tiempo y a borrar los días en que los conquistadores arrasaron con la cultura azteca. La fuerza que impulsó a la Malinche a aliarse con los enemigos, ahora la retoma para oponerse a ellos, y lo hace a través de su hijo, quien actuará en su nombre, motivado por el rencor, el resentimiento, la rabia y la nostalgia. Le dice Malinche a Martín:

Ve si puedes recuperar tu tierra y tus sueños, hijo mío, blanco y moreno, ve si puedes lavar toda la sangre de las pirámides y de las espadas y de las cruces manchadas que son como lo terribles y ávidos dedos de tu tierra [...] Algún día, hijo mío, tu espera será recompensada y el dios del bien la felicidad reaparecerá detrás de una iglesia o de una pirámide en el espejismo de la vasta meseta mexicana; pero solo reaparecerá si desde ahora te preparas para reencarnarlo tú, tú mismo, mi hijo de la chingada... (Fuentes [1970] 2008:173-174)

En este fragmento, Fuentes recuerda a Paz y a su chingada. El escritor rebaja a la Malinche después de su error, sin embargo, no toma una posición derrotista –como la de Paz–, le da a la indígena conciencia y carácter para hacer frente a la situación. Al hijo, por otra parte, le da las características con las que describía Paz al pueblo mexicano –miedo, odio, desconfianza, sumisión–, pero no le permite la resignación. Todo lo contrario, lo

obliga a actuar en contra de España. La lucha contra el padre es necesaria para Martín, pero conflictiva, pues implica pelear con la herencia que determina su identidad.

El símbolo de la lucha contra el padre y su cultura se entiende muy bien desde la perspectiva de Leopoldo Zea, quien pone sobre la mesa la necesidad de que el mexicano se reconozca dueño de un lenguaje, una filosofía y una cultura latinoamericanas diferentes a las que la dominación forjó, a las que la conquista impuso. Y esto no quiere decir que el mexicano deba ignorar su herencia española, sino asimilarla, ajustarla a su contexto y fusionarla con las otras culturas que conformaron su identidad: “[...] nunca han pretendido ni pretenden anular, negar o borrar la cultura europea u occidental, sino, por el contrario, hacerla suya, ampliarla, realizarla, hacer plena su hasta ahora supuesta universalidad” (Zea 1985: 15).

En *Todos los gatos son pardos*, la idea de Fuentes sobre la historia como una espiral no solo aparece en las palabras de la Malinche a su hijo, sino en la estructura de la pieza teatral: después de que el autor ha reescrito la historia de la Conquista de México, pasa del pasado al presente y sus actores se transforman en personajes que estuvieron involucrados en la masacre de Tlatelolco. De esta forma, Fuentes vuelve a hacer referencia a la repetición del pasado:

(Para Fuentes) En la historia, el pasado forma parte del presente por medio de la cultura. La cultura, según él, es un organismo dinámico que está en un constante proceso de cambio, pero que, sin embargo, no elimina la base anterior. Vista de esta forma, la historia pretérita se sigue repitiendo hasta el momento actual en su camino hacia el futuro infinito (Amaya, 2005, 23).

Así, Fuentes no solo busca mostrar que el mexicano carga inevitablemente con su pasado, sino que este se repite y en esa medida es modificable. En este punto el escritor recalca que, para lograr cambiar esos acontecimientos que se repiten y así acabar con todos los ‘moctezumas’, los ‘cortés’ y los presidentes tiranos, es necesario que el pueblo se atreva a actuar. Según Fuentes, para esto

Corresponderá al mundo mestizo inventar nuevos proyectos históricos y la lucha, hasta nuestros días, será entre colonizadores y descolonizadores.

Mientras México no liquide el colonialismo, tanto el extranjero como el que algunos mexicanos ejercen sobre y contra millones de mexicanos, la conquista seguirá siendo nuestro trauma y pesadilla históricos: la seña de una fatalidad insuperable y de una voluntad frustrada (Fuentes [1970] 2008: 8)

A partir de la lectura de estas dos obras, se alcanza a entrever que las acciones que Fuentes sugiere que se emprendan contra el colonialismo están enfocadas en que el mexicano recupere el poder sobre las palabras, rescate su memoria histórica y empiece a reconciliarse con esa multiculturalidad que conforma su identidad. De esta manera, según lo afirma Carmen Perilli en su ensayo “La literatura como máquina de narrar la nación. Carlos Fuentes y Elena Poniatowska”:

la palabra de Fuentes intenta cauterizar heridas, para privilegiar afiliaciones defensivas, que permitan tender nuevas raíces al proceso de modernización” (Perilli 2002: 142).

La propuesta del escritor produce ciertas inquietudes, así que vale la pena terminar con un cuestionamiento: ¿la idea de cauterizar las heridas es verdaderamente posible o estas volverán abrirse como ha ocurrido a lo largo de la historia de México, debido, en parte, a que esas culturas que busca reconciliar Fuentes son en realidad irreconciliables?

CAPÍTULO III

Destruir el arquetipo: la Malinche como mujer en “El eterno femenino” de Rosario Castellanos.

*No hay que fiarse de nosotras.
Cuando nos inclinamos no es para
someternos, sino para tensar la
cuerda que disparará la flecha.*

Rosario Castellanos

En 1975, Rosario Castellanos publicó *El eterno femenino*, una obra de teatro que se aproximó a la Malinche como un símbolo complejo al que se le atribuyeron rasgos negativos no solo por su papel como traductora, informante, amante o madre, sino a su posición como mujer. Mientras que Octavio Paz y Carlos Fuentes se instalan cómodamente en las interpretaciones tradicionales de la indígena, Castellanos revisa de dónde vienen esas interpretaciones y cómo estas señalan la posición del mexicano frente al género femenino. A partir de este análisis, la obra de Castellanos llega a plantear la posibilidad de que el malinchismo sea ante todo una construcción del machismo.

Así, la escritora le responde a Paz –quien objetualizó y denigró a la mujer en su *Laberinto de la soledad*– desde una perspectiva feminista que pretende revisar el pasado para entender la posición del género femenino en la sociedad y así desmitificar la idea de que fue una mujer la victimaria en el proceso de desarrollo de la nación azteca. En su recorrido, Castellanos intenta destruir los estereotipos que se han creado de la mujer y así reivindicar el género femenino. Para esto, no solo recurre a la Malinche, sino a otras

mujeres que se convirtieron en íconos culturales de los mexicanos, fueron menospreciadas y juzgadas por su irresponsabilidad a la hora de ejercer su papel de madres. Castellanos reexamina el supuesto el papel de estas mujeres en la historia y propone cambios que les permitan liberarse de la responsabilidad de las desgracias del mundo patriarcal que las ha mantenido sometidas.

El eterno femenino cuenta la historia de Lupe, una novia que va al salón de belleza el día de su matrimonio y termina convirtiéndose en el conejillo de indias de una nueva máquina: un secador que, además de emitir vibraciones que hacen más placentero el proceso, induce sueños, para que así las clientas no se aburran mientras esperan. La oferta, en principio, parece tentadora:

- Agente: Durante todo el tiempo que la cliente está sometida a la acción de este aparato, sueña.

- Peinadora: ¿Y qué sueña?

- Agente: Lo que quiera. Mire, aquí, operando este botón, se obtiene control absoluto del material. Hay un catálogo completo de variantes: sueña que es la mujer más bonita del mundo; que todas las mujeres la envidian; que a su marido le suben el sueldo; que no hay alza de precios en los artículos de primera necesidad; que consigue una criada eficiente y barata (...) En fin, hay para todas las situaciones y para todos los gustos (Castellanos [1975] 1986: 31)

Todo parece indicar que es una buena forma de invertir el tiempo; sin embargo, las cosas no salen como Lupe las espera. Los sueños se transforman en pesadillas en las que la clienta presencia el terrible futuro que se le avecina como esposa, amante, madre y profesional. Por su mente se pasean mujeres como la Malinche, Eva, Sor Juana Inés de la Cruz, Doña Josefa Ortiz de Domínguez, la emperatriz Carlota de México, Rosario de la Peña y la Adelita, quienes recuerdan sus vidas y cuestionan si el camino del matrimonio, que Lupe ha elegido, es el correcto.

En una secuencia de escenas absurdas e inverosímiles, Castellanos empieza por hacer una caricatura de la mujer que se ajusta muy bien a los estereotipos de lo femenino que se han reproducido en medio de una sociedad patriarcal que la ha subvalorado y despreciado a

lo largo de la historia; así, reconstruye la imagen de la mujer ignorante, carente de deseos, dependiente de los hombres, histérica, inútil, débil, abnegada, sufrida, obediente, frívola... Una vez se han ratificado los estereotipos, Castellanos propone una revisión a esa valoración de la mujer, quien en realidad ha demostrado ser fuerte, activa, valiente, osada, inteligente y audaz. En este proceso de deconstrucción del arquetipo femenino, la escritora se burla de la moral de su tiempo, ataca la institución del matrimonio, pone en duda la importancia de la familia, cuestiona la procreación y la maternidad, critica el machismo y plantea la necesidad de modernizar las tradiciones. Todo esto lo hace a través del humor y la ironía, lo cual le permite al lector ser consciente del absurdo de ciertas convenciones sociales. Óscar Rivera-Rodas, en su ensayo “Rosario Castellanos y los discursos de identidad” (2009), explica con mucha claridad los alcances de la aproximación irónica de Castellanos a la literatura: al mostrar la ausencia de racionalidad de las prescripciones y prohibiciones que la sociedad impone y exige a la mujer, y al enfatizar con la ironía estas imposiciones, la escritora lleva al lector a que reconozca y rechace la carencia de fundamento de esos mandatos que determinan la posición del género femenino en la sociedad (96).

La construcción de un arquetipo

En *El eterno femenino*, Rosario Castellanos hace un repaso histórico –desordenado en términos cronológicos– en el que revisa cuál ha sido el papel de la mujer en la sociedad. Para ello se remonta hasta los tiempos bíblicos, en los que Adán y Eva eran los únicos habitantes del Paraíso.

Empezar la relectura del pasado femenino con la historia de Eva le permite a Castellanos señalar cómo la mujer ha sido menospreciada desde el mito del origen en Occidente. Según la tradición judeo-cristiana, el paso de la mujer por el mundo solo fue posible gracias a la existencia previa de un hombre, que cedió una costilla para dar origen al género femenino. Así, desde el momento de la creación, la mujer ha dependido del hombre para vivir. El símbolo de la costilla masculina como origen de lo femenino ha tenido serias implicaciones en el imaginario de las sociedades educadas bajo principios judeo-cristianos, que se han desarrollado con la idea de que la mujer es un apéndice

desechable de un hombre. Ese aparentemente poético proceso de creación en realidad sirve como una metáfora de degradación de lo femenino y esta idea se reproduce por medio de la religión, que establece verdades absolutas para los creyentes. Castellanos, entonces, empieza por señalar que ese proceso que dio origen al ser humano, y que se ha expandido con cierto romanticismo entre los cristianos, es en realidad la primera muestra de machismo:

- Adán: Él puede crear seres de la nada. A mí me formó con barro y a ti...

- Eva: Sí, ya sé, no me lo repitas. A mí me hizo con una de tus costillas.

- Adán: ¿Lo ves? No eres indispensable. Y es bueno que recuerdes, de una vez para siempre, que tu condición es absolutamente contingente (Castellanos [1975] 1986: 78).

Después de hacer esta primera mención acerca del origen de la mujer, Castellanos se encarga de reiterarlo una y otra vez, lo cual la lleva a burlarse de la historia sagrada y a poner en duda la Creación:

- Eva: Dime, ¿de dónde has salido?

- Serpiente: Si yo te dijera no me lo creerías: del mismo lugar que has salido tú.

-Eva (despectiva): ¿Eres otra costilla ambulante?

- Serpiente: Vamos, vamos, no me digas que crees en esas fábulas. Y, a propósito, ¿dónde está Adán?

(...)

- Serpiente: Me temo, por lo que me cuentas de las actividades de Adán, que no gana mucho.

- Eva: Tampoco quiero depender de él. Quiero bastarme a mí misma. Ya bastante me echa en cara lo de la costilla (Castellanos [1975] 1986: 78).

Provenir de la costilla de un hombre ya es de por sí un mal comienzo para el género femenino, para tener que cargar además con la culpa eterna de ser el sexo débil que mordió la manzana prohibida y por ello hizo que la raza humana fuera expulsada del paraíso. Es así como se va construyendo ese imaginario de lo femenino que aún hoy hace parte de la conciencia colectiva de Occidente y que reconoce a la mujer como fuente de desgracia.

Partiendo de Eva, Castellanos recorre la historia y hace pausas para referirse a las vidas de otras mujeres –tanto ficticias como reales– que le ayudan a construir el arquetipo de la mujer mexicana. Entre ellas está la Malinche, una indígena que reconoce como instrumento del español Hernando Cortés en su hazaña conquistadora. Para construir este personaje, la escritora retoma elementos de las crónicas de Indias que mencionaban a doña Marina y luego le agrega un toque personal, que se ajusta a su interés por revisar y reescribir la historia.

Por ahora, en esta reconstrucción del arquetipo femenino que busca dibujar Castellanos, interesa mencionar que la Malinche es representada como un objeto, tal y como aparece en los textos oficiales. Es utilizada por los conquistadores en su beneficio y en el proceso se convierte en traidora de su pueblo, pues, como traductora intermediaria entre españoles e indígenas, lleva a Hernán Cortés a triunfar contra Moctezuma.

- Cortés: ¡Eres mi esclava, mi propiedad, mi cosa!

- Malinche: Soy tu instrumento, de acuerdo. Pero, al menos, aprende a usarme en tu beneficio (Castellanos [1975] 1986: 89).

Para la construcción de la Malinche en *El eterno femenino*, Castellanos no ignora la posición que ocupaba el género femenino durante la Conquista. La mujer, para empezar, según relata Bernal Díaz del Castillo, era un objeto que se entregaba como tributo, como muestra de afecto o como garantía para el cumplimiento de un contrato ([1575] [1632]1939: 188). Por ejemplo, cuando Hernán Cortés llegó a Cempoala, los indígenas creyeron en su capacidad para desagraviar y eliminar las tiranías que habían debido soportar de parte de Moctezuma, así que crearon una especie de alianza con los conquistadores por temor al señor azteca. Se creó un acuerdo tácito en el que los españoles y los americanos empezaron a considerarse amigos y, por esta razón, los indígenas les propusieron a los invasores que “tomásemos de sus hijas y parientes para hacer generación” (Díaz del Castillo [1575] [1632]1939: 187). Acto seguido ocurrió lo siguiente, según narraciones de Díaz del Castillo:

...para que más fijas sean las amistades trajeron ocho indias, todas hijas de cacique [...] Cuando el cacique gordo las presentó, dijo a Cortés:

“*Teclé* (que quiere decir en su lengua señor), estas siete mujeres son para los capitanes que tienes, y esta que es mi sobrina, es para ti, que es señora de pueblos y vasallos. Cortés las recibió con alegre semblante...” (Díaz del Castillo [1575] [1632]1939: 188).

En el momento en que las mujeres son obsequiadas, también son cosificadas, humilladas y menospreciadas. En las palabras de Díaz del Castillo –quien intentaba presentar la conquista como el resultado de alianzas amistosas entre los indígenas y los españoles dado su interés por justificar la invasión–, esta entrega de indígenas parece una sana costumbre tribal, pero, en realidad, esta reducción de las mujeres las denigraba hasta tal punto que los conquistadores creían tener el derecho de utilizarlas a su gusto y violentarlas. Tzvetan Todorov, en su ensayo *La conquista de América* ([1982] 1999), presenta en detalle la situación de las indígenas durante la Conquista:

Si uno es indio, y por añadidura mujer, inmediatamente queda colocado en el mismo nivel que el ganado. [...] Leamos este relato que hace el mismo Michele de Cuneo hidalgo de Savona, de un episodio ocurrido en el transcurso del segundo viaje –una historia entre mil, pero que tiene la ventaja de que es contada por su protagonista. “Mientras estaba en la barca, hice cautiva a una hermosísima mujer caribe, que el susodicho Almirante me regaló, y después que la hube llevado a mi camarote, y estando ella desnuda según es su costumbre, sentí deseos de holgar con ella. Quise cumplir mi deseo pero ella no lo consintió y me dio tal trato con sus uñas que hubiera preferido no haber empezado nunca. Pero al ver esto (y para contártelo todo hasta el final), tomé una cuerda y le di de azotes, después de los cuales echó grandes gritos, tales que no hubieras podido creer tus oídos. Finalmente llegamos a estar tan de acuerdo que puedo decirte que parecía haber sido criada en una escuela de putas [...] ¿No es esa la verdadera naturaleza de toda mujer, que puede ser revelada tan solo con azotarla lo suficiente?” (Todorov [1982] 1999: 56-57).

Por historias como esta, Todorov concluye que “las mujeres indias son mujeres, o indios, al cuadrado: con eso se vuelven objeto de una doble violación” (Todorov [1982] 1999: 57). Según esto, el estereotipo de la mujer durante la conquista –ese del que la Malinche es símbolo–, es el de un individuo que es objeto e instrumento, y que, por lo tanto, puede ser utilizado como mejor convenga: como intermediario, sirviente o cuerpo...

Así, a las características provenientes de Eva –que hacían de la mujer un ser débil, desechable, parasitario y culpable–, se suman las de la Malinche: un objeto traidor, víctima de todo tipo de violencia.

Luego de reflexionar sobre Eva y Marina, debe tenerse en cuenta otro personaje primordial: Lupe. En torno a ella gira la historia –es Lupe quien prueba el excéntrico invento que ha llegado a la peluquería– y su papel parece tener resonancia en otro símbolo de la cultura mexicana: la Virgen de Guadalupe. Lupe es la mujer inocente e ingenua que conoce poco de la vida y que, en un principio, asume el papel de la madre abnegada. En términos religiosos, la Virgen de Guadalupe siempre ha tenido importancia como madre, Castellanos toma esa figura y la victimiza, la convierte en una mártir que debe sacrificar su felicidad y su libertad para entregarse a la maternidad:

- Mamá: Como ves, no hay felicidad comparable a la de ser madre, Lupita. Aunque te cueste, como en muchos casos, la vida. Y siempre, la juventud la belleza. Ah, pero ser madre... ser madre...

[...]

- Locutor (al público): Lupita encarna el arquetipo de la mujer mexicana: sufrida, abnegada, devota (Castellanos [1975] 1986: 45-52).

Así, una a una, Castellanos presenta diferentes mujeres que van conformando el arquetipo de lo femenino, que hizo que ellas fueran menospreciadas y devaluadas a los largo de la historia. Algunos de estos personajes son símbolos culturales, pero la autora de la obra también tiene en cuenta estereotipos cotidianos, como el de la celosa, la vanidosa, la frívola, la ignorante, la usurpadora, la mantenida, la prostituta o la profesional. De esta forma, sumando características, construye la imagen de una mujer que existe como ramificación de lo masculino y cuyo principal y tal vez único valor es la fertilidad: la mujer es madre, por encima de cualquier cosa. Es un ser que no fue creado para pensar y, en esa medida, tampoco desea –si lo hace se considera inmoral–. Tampoco tiene ambiciones –más allá de la de verse atractiva–. Sus preocupaciones se relacionan con su capacidad para enamorar a los hombres, con el sueldo de su marido, con el embarazo o los trabajos del hogar. En el siguiente fragmento, Castellanos recrea una noche de bodas y de manera

sarcástica muestra cómo la mujer está en la obligación de no mostrarse satisfecha sexualmente pues de hacerlo atentaría en contra de los valores morales que se esperan de una dama:

(Después de la primera relación sexual en la noche de bodas)

- Juan: ¿Te gustó?

- Lupita (indignada): ¿Gustarme? ¿A mí? ¿A una muchacha decente? ¿Por quién me tomas?

- Juan (esperanzado): ¿No te gusto?

- Lupita (firme): Me pareció repugnante, asqueroso.

- Juan (transportado): Gracias, Lupita. Ya sabía yo que no ibas fallarme a la hora de la verdad. Gracias, gracias.

- Lupita: No volveré a permitirte que te acerques nunca, jamás a mí.

- Juan: ¿Ni siquiera si te obligo?

- Lupita: ¿Serías capaz?

- Juan: Naturalmente. ¿qué podría impedírmelo? Tengo la fuerza y tengo el derecho. Además, tú me juraste obediencia ante un altar (Castellanos [1975] 1986): 35).

La mujer debe cumplir con lo que se espera de ella y en el caso del matrimonio lo que se espera es que obedezca al hombre que *la hizo suya* ante el altar. En esta primera construcción de lo femenino, Castellanos describe a la mujer como un ser débil, conformista, cobarde, infeliz, abnegado e inmutable, que solo actúa en función de los hombres y de un moralismo judeo-cristiano. La mujer es objeto, más que individuo y, a pesar de ser despreciable, como figura materna es responsable del camino que han seguido sus hijos. Por esta razón, si se habla en un sentido simbólico –y teniendo en cuenta que personajes como Eva, la Malinche y la Virgen de Guadalupe son algunas de las madres de la cultura mexicana–, el pueblo de raíces aztecas debe su presente y su futuro a ellas, a las madres que fueron subyugadas, menospreciadas y violentadas.

Esta imagen de la mujer se refuerza por un contexto eminentemente machista e incluso misógino. Rosario Castellanos muestra la forma en que el machismo ayudó a forjar esos

arquetipos de lo femenino. Adán se considera a sí mismo un ser espiritual y pensante, pero piensa en Eva como un cuerpo auxiliar: “Por favor, mujer, no seas prosaica. Yo pongo el problema en el plano del espíritu y tú lo reduces a los más vulgares elementos biológicos” (Castellanos [1975] 1986: 76). Hernán Cortés se burla de las propuestas de la Malinche, se niega a escucharla y a darle validez a sus palabras: “¡Ah, mujeres, mujeres! ¿Por qué la Divina Providencia las habrá dotado del don superfluo de la palabra?” (Castellanos [1975] 1986: 90). El esposo de Josefa Ortiz de Domínguez –insurgente que luchó en la guerra de independencia mexicana– la ve como una ignorante que debe obedecerle y portarse como una dama:

- Canónigo: Señora la estamos aburriendo con nuestra conversación.
- Josefa: ¡Oh, no, de ninguna manera! ¿Quién soy yo para aburrirme junto a tan doctos personajes?
- Corregidor (condescendiente): Muy bien contestado, Josefa. Porque si hubieras dicho que la conversación te interesaba habrías parecido presuntuosa. Uno se interesa cuando entiende. Y si hubieras dicho que no atendías a la conversación habrías parecido descortés. Pero así te sitúas al mismo tiempo en el lugar que te corresponde –que es el de las mujeres– y nos pones a nosotros en el sitio que nos toca. Puedes seguir bordando Josefa (Castellanos [1975] 1986: 114).

Ante la imponentia del macho mexicano, la mujer-arquetipo se acostumbra a ser irrespetada, a depender de los hombres y a mostrarse más débil y menos capaz, pues eso es lo que a ellos les gusta y ella nació para satisfacerlos. Por esta razón, las mujeres son objetos sexuales, se preocupan por verse bien y se encargan de las labores del hogar, son sirvientas en los diferentes ámbitos de lo masculino. Por eso, cuando Lupita, en uno de sus sueños, decide convertirse en prostituta por voluntad propia y por su gusto por el sexo, una amiga le recomienda:

El cliente, métete bien esto en la choya, es un enemigo. Y lo que le gusta es pensar que te está chingando. Que eres una infeliz, tan infeliz que no siquiera te das cuenta de si él es muy macho o no. Tan desdichada que, aunque sea un desdichado cabrón, seas tú la que provoque lástima, no él (Castellanos [1975] 1986:154-155).

Después de ratificar el arquetipo de lo femenino y de señalar la influencia del machismo en su configuración, Castellanos cuestiona la validez de los mitos sagrados, se burla del poder patriarcal y demuestra que la mujer no es una figura sumisa, pasiva o un objeto manipulado por el hombre, sino un ser con una voluntad independiente.

La reivindicación de lo femenino

Rosario Castellanos, como la única escritora mujer de esta investigación, propuso un acercamiento muy diferente a la historia de la Malinche. Revisa el pasado, analiza la forma en que el género femenino ha sido representado y cuestiona si se ha hecho de la manera correcta, para luego dar a conocer una mirada diferente de la historia, y así entender y valorar de otra forma lo femenino.

Ya se ha hecho el recorrido histórico que le permitió a Castellanos presentar cuál es el arquetipo de la mujer que hace parte del inconsciente colectivo y cuáles fueron las razones que llevaron a que se configurara ese imaginario de lo femenino. Ahora la idea es analizar la forma en que la escritora reinventa el pasado que se ha conocido a través de los textos oficiales, para reivindicar el papel de las mujeres en la sociedad.

Como se ha visto a lo largo de este capítulo, Castellanos retoma momentos históricos claves y agrega algunas escenas de la cotidianidad femenina para hablar de la mujer. Lo que no se ha mencionado todavía es que en esos momentos, la mujer, a través de acciones, demuestra su complejidad, sus deseos y su interés por lograr transformaciones que le permitan ser libre e independiente. Para la escritora, la búsqueda del cambio es esencial, no solo como una característica de las mujeres de su obra, sino como una necesidad para el progreso de la sociedad, tal como lo señala en su libro *El uso de la palabra* (1974):

Cuando nos atrevamos a conocernos y a calificarnos con el adjetivo exacto y a arrostrar todas las implicaciones que conlleva, cuando nos aceptemos, no como una imagen predestinada sino como una realidad perfectible, estaremos comenzando a nacer (177).

Ese interés por mejorar lo perfectible mueve a las mujeres de *El eterno femenino*, quienes, contrario a lo que planteaba el arquetipo femenino con respecto a la pasividad y a la inmutabilidad, son individuos de *acción*. En ese sentido, la Malinche de Castellanos tiene

más similitudes con la de Carlos Fuentes que con la de Octavio Paz, escritor que la condenó por su enorme pasividad. Fuentes y Castellanos la convierten en una traidora activa de su pueblo, que se alía con esos españoles que llegan con tentadoras promesas de cambio a un territorio subyugado por un líder tirano:

- Malinche: Me gusta que Moctezuma beba una taza de su propio chocolate. Es un amo cruel.
- Cortés: ¿Más que yo?
- Malinche: Tú eres brutal, porque tienes prisa. Él se cree el dueño de la eternidad.
- Cortés: No es fácil desengañarlo.
- Malinche: Pero es posible. Muchos lo odian. Ese imperio, que tú ves alzarse ante ti como una gran muralla, está lleno de cuarteadoras. Por cualquiera de ellas podrías infiltrarte con tu ejército (Castellanos [1975] 1986: 90).

Castellanos se adhiere a los textos históricos que se referían a doña Marina como una mujer inteligente que fue más que esclava y amante. Como se mencionó en el capítulo anterior, algunos cronistas de Indias reconocieron el papel de la indígena como secretaria de Cortés, y Castellanos la convierte en la estrategia detrás de la hazaña conquistadora. Al igual que en las obras de Fuentes, en *El eterno femenino* es ella quien les informa a los españoles que el pueblo azteca los considera dioses, que es una cultura dividida y que en los tlaxcaltecas podrán encontrar aliados: “La situación de tus hombres es desesperada y los tlaxcaltecas son la tabla de salvación (*dice la Malinche a Cortés*). Recíbelos. Ellos te señalarán el camino seguro a Tenochtitlán” (Castellanos [1975] 1986: 91).

La Malinche actúa motivada por la idea de que la victoria española podría ser su paso a la libertad. Esa es la indígena que representa Rosario Castellanos, una estrategia que se reconoce como instrumento de los conquistadores pero que actúa en su propio beneficio. En *El eterno femenino* se suprime su posición como madre, pues ni siquiera se menciona a su hijo, y también se anula la posibilidad de que sus acciones se hayan debido a una relación amorosa con Cortés:

- Lupita: Usted estaba enamorada de Cortés, del hombre blanco y barbado que vino de ultramar.

- Malinche: ¿Enamorada? ¿Qué quiere decir eso?

- Sor Juana (didáctica): Probablemente la señorita se refiere al amor, un producto netamente occidental, una invención de los trovadores provenzales y de las castellanas del siglo XII europeo. Es probable que Cortés, a pesar de su estancia en Salamanca, no lo haya conocido ni practicado.

- Malinche: Por lo pronto, no lo exportó a América (Castellanos [1975] 1986: 92).

En este fragmento Castellanos pone sobre la mesa un asunto que muchos escritores han ignorado: el amor es una construcción occidental que ni siquiera vale la pena considerar en la relación Marina-Cortés por su evidente anacronismo. La Malinche de Castellanos, entonces, actuó con independencia en busca de un cambio de emperador que le permitiera mejorar su condición de vida. En principio, la personificación de doña Marina en la obra de Castellanos es muy similar a la de Fuentes, pero hay una diferencia esencial: tanto “Las dos orillas” como *Todos los gatos son pardos* terminan en tragedia, pues la imposición de los españoles resulta más devastadora que la de Moctezuma; en cambio, en *El eterno femenino*, el fragmento sobre la indígena culmina cuando Cortés decide hacerle caso a la mujer y acordar una alianza con los Tlaxcaltecas. Es decir, la Malinche gana, por lo menos parcialmente (si bien el desenlace final de su historia será ser “regalada” en matrimonio a Jaramillo y despojada del hijo, Martín, pues Cortés se lo lleva consigo a España en 1528).

La otra diferencia con respecto al enfoque de Fuentes está en que la Malinche en la obra de Castellanos tiene un valor como mujer y, en ese sentido, la complejidad del personaje se revela en conjunto con las demás mujeres de la pieza teatral, por eso hay que revisar la forma en que la escritora se aproxima a los demás actores de su obra para destruir el arquetipo de lo femenino.

Las mujeres de Castellanos son individuos de acción, y actúan porque *desean*. Los valores judeo-cristianos influyeron en que la mujer se sintiera obligada a reprimir sus deseos por miedo a caer en la inmoralidad y el pecado. El machismo llevó a que solo el

hombre tuviera permiso de desear. Así, la mujer terminó estereotipada de manera dicotómica: o era virgen –y por ende inocente, frágil, ingenua– o prostituta –y en consecuencia inmoral, arpía, demoniaca. En *El eterno femenino* se cuestiona esa dicotomía y se propone otra mirada al deseo, que ya no se analiza desde un punto de vista religioso y sexual, sino práctico, cotidiano y progresista, que se evidencia cuando Adán le asegura a Eva que serán castigados después de que ella ha mordido la manzana:

- Eva: ¿Qué más castigo quieres que esta vida ociosa sin perspectivas de progreso ni de cambio, sin nada?
- Adán (nostálgico): Pero éramos tan felices... No nos faltaba nada.
- Eva: No deseábamos nada, que es distinto. Y no éramos felices. Éramos egoístas y cobardes. La categoría humana no se recibe: se conquista (Castellanos [1975] 1986: 84).

El pecado original es otro en las palabras de Castellanos, quien se arriesga a poner en duda las bases de la tradición judeo-cristiana y a aplaudir las acciones de Eva, al constituir la en la fundadora de lo humano, como deseo y acción. El malo de la historia en este caso es Adán, que se ha resignado a vivir por inercia, conforme con una realidad de la que es prisionero. La mujer, quien *desea* más de lo que tiene, decide actuar para lograr un cambio que les permita ser libre y vivir bajo sus propias condiciones, no según la ley de un ser arbitrario que, además, solo ella se atreve a cuestionar:

- Eva: Prueba esta manzana.
- Adán: ¿Cómo te atreves? ¡Es la que Jehová nos ha prohibido!
- Eva: ¿Por qué?
- Adán: Porque sí.
- Eva: ¿A qué no te atreves a preguntarle sus razones?
- Adán: Atreverme, lo que se llama atreverme... ¿por qué no? Pero sería una falta de respeto. Y Jehová es tan respetable: tiene una gran barba blanca.
- Eva (desilusionada): ¿Es viejo? Ahora lo comprendo todo: nos ha prohibido tocar esa fruta por envidia. Quiere que, en la flor de la edad como estamos nosotros, seamos débiles y tan impotentes como él. ¿Sabes

lo que tiene esa manzana? (Adán hace un signo negativo con la cabeza).
Vitaminas. Hay que hacer una dieta equilibrada si queremos que nuestros
hijos sean sanos (Castellanos [1975] 1986: 83).

Con un delicado sentido del humor, Castellanos empodera a Eva: hace que cuestione las convenciones sociales, le permite desear –no sexo sino transformaciones– y la induce a actuar. Tal y como ocurre con la Malinche: ella desea que sus condiciones vitales cambien y considera que debe haber un mejor monarca que Moctezuma, así que planea una estrategia para que Hernán Cortés conquiste Tenochtitlán. El deseo ya no es fuente de inmoralidad, sino motor de progreso.

En la obra es recurrente la oposición a las convenciones sociales, no como un acto de rebeldía inútil, sino como la única posibilidad de lograr cambios, especialmente para las mujeres. Por eso Eva se niega a seguir las leyes de Dios. Lo mismo ocurre con Lupita, quien decide no casarse y argumenta: “Yo lo que quiero es que las cosas cambien, que algo cambie” (Castellanos [1975] 1986: 59). Y el asunto se repite con Rosario de la Peña, quien pasó a la historia como la musa del escritor Manuel Acuña y en la obra decide ignorar la tradición machista y ser ella quien le propone matrimonio:

- Rosario (vehemente): ¡Nada me importa, Manuel! Desprecio el juicio de una sociedad mezquina e hipócrita que no te comprende ni te admira. (*Se alza el velo*). Sabía yo muy bien lo que desafiaba al atreverme a venir. Pues bien, no vacilé. El primer sacrificio que hago en el altar de Eros es el de mi fama.

- Manuel (la turbación lo hace mostrarse ofendido): ¿Qué es lo que está usted osando proponerme?

- Rosario: Matrimonio.

- Manuel (horrorizado): ¡Matrimonio! No me haga usted reír (Castellanos [1975] 1986: 94-95).

De igual forma ocurre con Sor Juana Inés de la Cruz, quien al estilo de Lupita, siente asco por la solemne institución matrimonial y por lo tanto decide convertirse en religiosa:

yo dejé, muy claramente escrito en una carta, que ingresaba al claustro, más que atraída por esa forma de vida, empujada por la total repugnancia que me inspiraba el matrimonio” (Castellanos [1975] 1986: 108).

También hay un rompimiento de los valores sociales cuando Lupe decide, por voluntad propia, convertirse en prostituta, no porque le haga falta dinero o porque no ha conseguido un trabajo más digno, sino porque le gusta: “Desde chiquita me gustaba darle vuelo a la hilacha, y una vez que ya no tuve respeto de padre agarré y dije: ya vas” (Castellanos [1975] 1986: 154).

Para poder luchar contra los lineamientos sociales, estas mujeres usan la astucia y sacan provecho de esa máscara de docilidad con la que el mundo las conoce, y así logran lo que se proponen. Como lo anuncia el epígrafe: “no hay que fiarse de nosotras. Cuando nos inclinamos no es para someternos, sino para tensar la cuerda que disparará la flecha” (Castellanos [1975] 1986: 192).

En esa cadena de deseo, acción y cambio social, Castellanos, que en un principio había presentado la figura masculina al mejor estilo del macho mexicano, luego se burla de él y lo degrada. En la obra, el hombre se vuelve conformista, ocioso, pasivo, crédulo, torpe y cobarde, en comparación con la altivez de la mujer.

- Adán: ¿Quieres decir que piensas trabajar?

- Eva: ¿Qué hay de malo en eso?

- Adán: Se cansa uno. Y suda (Castellanos [1975] 1986: 83).

(...)

- Malinche: Hay en tu ejército muchos cobardes y uno que otro traidor que querían volver. Ahora no pueden hacerlo y no les queda más remedio que enfrentarse a los hechos.

- Cortés: Que no pueden ser más adversos: un clima endemoniado, un imperio formidable... ayúdame a quitarme la coraza.

- Malinche (firme): No.

Cortés: ¿Cómo te atreves a decir que no? ¡Eres mi esclava, mi propiedad, mi cosa!

- Malinche: Soy tu instrumento, de acuerdo. Pero, al menos, aprende a usarme en tu beneficio.

- Cortés: Que, según tú, consiste en que yo me derrita dentro de la armadura.

- Malinche: Si te despojas de ella los indios verán lo que he visto yo y me callo: que eres un hombre como cualquier otro. Quizá más débil que algunos. Armado te asemejas a un dios (Castellanos [1975] 1986: 89).

A pesar de ese camino reivindicador que se construye, parece que a Rosario Castellanos le interesa señalar que, cuando la mujer asume acciones como un ser humano que desea, estas muchas veces implican sacrificios para ella. *El eterno femenino* hace una lectura diferente de la historia en la que se sospecha que tal vez los textos oficiales no son del todo correctos a la hora de representar a la mujer, pero, a la vez, Castellanos señala la dificultad que implica destruir los estereotipos, tanto para ella como escritora, como para el género femenino en general. No se debe olvidar que Castellanos es mujer y que, como sus personajes, ha debido enfrentarse a una sociedad patriarcal. Elena Poniatowska destaca el valor de Castellanos como mujer escritora en su “Prólogo” a la antología *Rosario Castellanos. Meditación en el umbral: Antología poética*:

¿Por qué es importante Rosario para las mujeres de México? Porque se dijo a sí misma y al decirse definió también a muchas mujeres cuya suerte es idéntica. ¿Qué dijo de sí misma? Habló de su miedo, su soledad, su actitud de espera, la pretensión de darle a su vida un sentido. Tuvo el atrevimiento de explorarse a sí misma, desgarrarse y salir de los papeles estipulados. En la literatura se liberó (Poniatowska, 1985: 21-22).

Así, Eva sacrifica el paraíso y, según la obra de teatro, tras morder la manzana es condenada a “parir con dolor” y a morir; es decir, para alcanzar la libertad debe perder la inmortalidad. La Malinche, por su parte, se ve en la obligación de convertirse en objeto sexual y tiene que soportar las humillaciones de Cortés. Sor Juana Inés de la Cruz se entrega a la soledad y pierde su condición de mujer al entregarse a la religión, el único ámbito en el que podría hacerse valer como un ser humano pensante:

- Juana: *Aquí muere lo que había
en mí de mujer. Acaba
en este trance el conflicto
de las potencias y el alma.
Siéguese, por siempre el tronco de mis linajes. Mortaja
dadme para lo que fue cárcel de lo que volaba.
Adiós, adiós juventud,
adiós atmósfera clara*

de la música y los números,
de la amistad conversada.
Adiós a lo que no fui,
a lo que fui y me sobraba.
- Celia: ¿Adónde vas?
- Juana: *Adonde es*
la inteligencia soledad en llamas (Castellanos [1975] 1986: 106-107).

Rosario de la Peña pierde a su enamorado, quien se suicida luego de la indignación que le produce que una mujer le proponga matrimonio. Las profesionales –periodistas, políticas y astrónomas– llegan a los cargos que anhelan pero, en el proceso, para el resto de la sociedad pierden su feminidad, a menos de que estén dispuestas a correr a la cocina en sus ratos libres. Las que se hacen respetar quedan viudas y solas, pues matan en el camino a sus esposos infieles. Las más valientes, como la emperatriz Carlota de México –quien luchó por la permanencia de la monarquía mexicana–, mueren.

Rosario Castellanos reescribe la historia y le da a la mujer un papel activo en los grandes acontecimientos del pasado. Para representar al género femenino desde la acción, hace de sus actrices personajes pensantes y valientes, que desean y buscan cambios que les permitan acercarse a la libertad. Son autónomas y no dependen de los hombres. Su mente siempre está despierta y funciona de manera estratégica, pues requieren de una mezcla de delicadeza y sagacidad para lograr lo que quieren al estar rotuladas como mujeres. La obra tiene una clara tendencia a la búsqueda de transformaciones, y, aunque es muy efectiva a la hora de cambiar los estereotipos femeninos, no se aparta del todo de la realidad y señala las dificultades que implica para una mujer destruir esos arquetipos que la definen en el imaginario colectivo de la sociedad. Por esta razón, es importante enfatizar que, a pesar de que Castellanos intenta valorar lo femenino desde otro punto de vista, al hacerlo las mujeres deben sacrificarse de alguna forma, ya sea perdiendo la posibilidad de ser amadas, de ser madres o incluso su propia vida.

La mujer y la mexicanidad

Históricamente la mujer ha sido valorada a partir de su posición de madre. Eva fue la madre de la raza humana; la Malinche, de la cultura mexicana. En esa medida, su papel en la Tierra ha sido considerado esencial, pues las madres suelen ser responsables del porvenir

de sus hijos. Con esto en mente, Rosario Castellanos intenta revisar la maternidad, analizar la función de la mujer como madre en su justa medida y salvarla de la culpabilidad de todos los males del planeta. Sin embargo, en ese proceso de reivindicación, lo femenino termina atrapado en un conflictivo punto medio: la mujer busca el cambio pero carga con el peso de la historia, que la ha declarado indispensable en la configuración de una identidad cultural maltrecha. Ocurre algo similar a lo que menciona Leopoldo Zea, en su ensayo *América como conciencia* (1971), sobre lo americano:

El hombre de esta América se siente partido, dividido, inciso: por un lado está el mundo de lo que quisiera fueran sus proyectos, el mundo de la cultura occidental dentro del cual quisiera tener un papel responsable y creador; por el otro su pasado, su historia, su realidad (...) Por un lado se encuentra el mundo de lo que quisiera ser, por el otro el mundo de lo que es y ha sido.¹

Castellanos, como diría Zea, “trata, por todos los medios de sacudirse esta realidad para formar otra de acuerdo con su imaginación y sus proyectos” (Zea 1971); sin embargo, no se despega por completo de la historia. En su obra se percibe el peso de la tradición e incluso de las representaciones arquetípicas de la mujer en la reconfiguración de lo femenino y lo mexicano. Escapara de las configuraciones del pasado no es negarlas, sino transformarlas a partir de lo ya dado por la tradición.

Así, *El eterno femenino* lleva a que la mujer acepte la responsabilidad de algunos acontecimientos que marcaron la identidad mexicana, pero su posición no es simplemente derrotista y culpable, también es ella quien hereda a su cultura el deseo de cambio. La mujer, como madre, influye en el porvenir de sus hijos pero con sus acciones también les demuestra que ellos son dueños de un presente y un futuro perfectibles. Por lo tanto, a través de la mirada de Castellanos el pueblo mexicano no es huérfano, como lo plantea Octavio Paz, sino heredero de una cultura compleja y problemática que puede mejorar. El mexicano, que Paz representaba como un individuo pasivo, escéptico, temeroso e

¹ Leopoldo Zea (1971). América como conciencia, edición digital: <http://revistakatharsis.org/zea.pdf>. (Consultada: enero 27, 2012).

impotente, y al que Fuentes victimiza –aunque le da la posibilidad de lograr transformaciones–, en esta obra de teatro toma las riendas, siguiendo el ejemplo de la mujer, y adquiere la capacidad de cambiar su destino.

Hay que destacar que en *El eterno femenino* la mujer no solo es madre, sino un ser humano independiente y autónomo, dispuesto a oponerse a las convenciones sociales, morales y religiosas en su búsqueda por alcanzar objetivos personales. Por lo tanto, la identidad mexicana se renueva en esta obra, independientemente del lugar de la maternidad en ella. La mexicanidad se funda sobre la certeza de que las transformaciones sociales son posibles.

Rosario Castellanos, entonces, reconoce la importancia de la tradición pero hace énfasis en la necesidad de actualizarla, renovarla y reinventarla:

- Lupita: Recapitulemos. Hay varias opciones. Primera: defender las tradiciones, modernizándolas, claro, para ponerlas a las alturas de los tiempos [...] Segunda: romper con el pasado como lo han hecho nuestras rubias primas, nuestras buenas vecinas [...]

- Señora 4: La tercera vía tiene que llegar hasta el fondo último del problema. No basta adaptarnos a una sociedad que cambia en la superficie y permanece idéntica en la raíz. No basta imitar los modelos que se nos proponen y que son la respuesta a otras circunstancias que las nuestras. No basta siquiera descubrir lo que somos. Hay que inventarnos (Castellanos [1975] 1986: 193-194).

Según esto, es evidente que la obra no solo es una reflexión en torno a lo femenino, sino a la identidad. De manera tácita, Castellanos hace referencia a la aniquilación de las raíces culturales en Estados Unidos, así como a la costumbre latinoamericana de buscar respuestas y soluciones en naciones como las europeas o las norteamericanas, cuyos modelos en realidad no son aplicables en sociedades como la mexicana, debido a las diferencias de sus contextos. La escritora busca estimular el fortalecimiento de la identidad nacional desde la independencia, teniendo como base la tradición y explorando las posibilidades de progreso que se encuentran América Latina.

Según Leopoldo Zea,

No falta quien dude de la existencia de una identidad de pueblos como los nuestros. Carecen de identidad, se afirma, su identidad está fuera de ellos, en la cultura en la que han sido y quieren seguir siendo formados. Pero esa cultura está fuera de su propia índole; ella es solo el arquetipo que ha de ser realizado, arquetipo universal, válido para todos los hombres y pueblos (Zea 1985: 28).

Como la imagen de las mujeres, la identidad latinoamericana se ha concebido como un estereotipo que Castellanos quiere destruir para luego restablecer una verdadera cultura mexicana que trascienda el arquetipo que Europa se empeñó en imponer a otros hombres y otros pueblos. Una cultura que deje de ser “eco y sombra para ser, como Europa, realidad viva, activa y por ello cambiante, en la medida en que va asimilando otras peculiaridades. Para ello, los hombres de esta región americana, habrán de partir de su más auténtica realidad. Realidad formada por largos siglos de coloniaje impuesto o aceptado, pero coloniaje siempre. Partirá igualmente, de la experiencia de la historia de los esfuerzos hechos a lo largo de ese prolongado coloniaje, para ponerle fin” (Zea 1985: 29-30).

Según el recorrido que se hizo a lo largo de este capítulo, se entiende que la mujer-madre no es la culpable de todos los males de México. La historia la responsabilizó de las desgracias que ocurrieron en el pasado y a partir de ahí los mexicanos la han usado como un símbolo que justifica su carácter y determina su identidad, lo cual resulta absurdo para Castellanos, pues muchos otros factores han influido en la conformación de la mexicanidad.

En el caso de la Malinche, por ejemplo, sorprende que a los herederos aztecas les importe más culpar a una mujer indígena de su drama, que al conquistador español. Este interés por acusar a la mujer resulta insólito desde el momento en el que se revisan los textos históricos y se encuentra que la indígena es apenas mencionada, y que, a pesar de que sí la describen como una persona activa y eficiente, no le atribuyen hechos realmente importantes en el proceso de Conquista. Es probable que la Marina verdadera, traicionada y violentada, solo se haya encargado de seguir órdenes, mientras que la Malinche como símbolo se ha convertido en un personaje clave y autónomo, cuyas acciones fueron decisivas para que Cortés invadiera Tenochtitlán. A la hora de la verdad, la Conquista habría ocurrido con o sin ella, pero culparla de todo ha sido una estrategia conveniente en la

búsqueda por entender la mexicanidad y conformar un sentimiento nacionalista que permita unir a un país tan diverso y fraccionado.

En el proceso de construcción del símbolo de la Malinche, parece que hubiera ocurrido un borramiento histórico que llevó a que la relación entre la indígena y los españoles empezara a verse como una transacción entre iguales: ella ofrecía sus servicios en una especie de acuerdo con los conquistadores. Así, la historia olvidó que Marina no era una mujer recién llegada de España, sino una indígena más, cosificada y muy seguramente violentada por los invasores –como lo aclaraba Todorov en el fragmento mencionado anteriormente–. Según lo que cuentan las crónicas sobre la vulnerable posición de las mujeres indígenas durante la Conquista, es muy probable que la Malinche no tuviera libertad de acción ni de decisión; por lo tanto, ha sido la historia la encargada de devaluar a la mujer responsabilizándola de culpas que no son suyas.

Así, al cuestionar la forma en que la Malinche ha sido representada y señalar que su historia se ha escrito desde el ocultamiento, Castellanos demuestra que el espíritu de la indígena ha sido violentado; por esta razón, la autora no solo reivindica desde la sátira el lugar de esta mujer en la historia, sino que escribe un poema –basado en el relato de Bernal Díaz del Castillo sobre el origen de la indígena– en el que la traidora es traicionada, y así demuestra que la vida de la Malinche estuvo marcada, desde la cuna, por procesos de usurpación que hicieron de ella la víctima, no la victimaria. En el poema “Malinche”, publicado en 1972, en la colección *Poesía no eres tú*, Castellanos se remonta al episodio de la juventud de Malintzin, cuando su madre la expulsa del reino para negarle su derecho al trono y cedérselo al hijo que ha tenido con su segundo marido. La primera voz del poema es la de Malintzin:

Desde el sillón del mando mi madre dijo: “Ha muerto”.
Y se dejó caer, como abatida,
en los brazos del otro, usurpador, padrastro
que la sostuvo no con el respeto
que el siervo da a la majestad de reina
sino con ese abajamiento mutuo
en que se humillan ambos, los amantes, los cómplices.

La madre se presenta como la madre sufrida, cuando es ella misma quien ha declarado la muerte de la hija para favorecer al amante, al cómplice. Luego hace el anuncio público

Desde la Plaza de los Intercambios
mi madre anunció: “Ha muerto”.

En la siguiente estrofa la voz oscila entre una primera persona y una tercera. El tiempo se detiene y pareciera que se anuncia el fin de los tiempos:

La balanza
se sostuvo un instante sin moverse
y el grano de cacao quedó quieto en el arca
y el sol permanecía en la mitad del cielo
como aguardando un signo
que fue, cuando partió como una flecha,
el ay agudo de las plañideras.

Las plañideras lloran un cadáver que no es el de Malintzin, y al mismo tiempo cuentan la historia de una traición anterior, la del padre engañado, tal vez asesinado:

“Se deshojó la flor de muchos pétalos,
se evaporó el perfume,
se consumió la llama de la antorcha.
Una niña regresa, escarbando, al lugar
en el que la partera depositó su ombligo.
Regresa al Sitio de los que Vivieron.
Reconoce a su padre asesinado,
ay, ay, ay, con veneno, con puñal,
con trampa ante sus pies, con lazo de horca.
Se toman de la mano y caminan, caminan
perdiéndose en la niebla.”

Mientras las plañideras lloran un cadáver que creen que es Malintzin, ella sale al mundo esclavizada:

Tal era el llanto y las lamentaciones
sobre algún cuerpo anónimo; un cadáver
que no era el mío porque yo, vendida
a mercaderes, iba como esclava,
como nadie, al destierro.
Arrojada, expulsada
del reino, del palacio y de la entraña tibia

de la que me dio a luz en tálamo legítimo
y que me aborreció porque yo era su igual
en figura y rango
y se contempló en mí y odió su imagen
y destrozó el espejo contra el suelo.

Yo avanzo hacia el destino entre cadenas
y dejo atrás lo que todavía escuchó:
los fúnebres rumores con los que se me entierra.

Y la voz de mi madre con lágrimas ¡con lágrimas!
que decreta mi muerte.

Así, la Malinche de Castellanos es una mujer que tiene una historia propia, es un individuo marcado por su propio pasado. Ese pasado ya está lleno de traiciones, de abandonos y orfandades. La madre de los mexicanos es desde el comienzo un ser al que se le roba, se le ultraja y se le niega la existencia. Cuando ve su oportunidad, aliándose a Cortés, Malinche tal vez pensaba en recuperar el reino perdido, del que había sido burlada, expulsada.

CONCLUSIONES

Hemos hecho un recorrido en el que se ha tratado de desentrañar la importancia de la Malinche como símbolo en el complejo y contradictorio proceso de creación de la nación mexicana. Para ello, empezamos por mostrar su lugar en la historia como traductora, informante y madre del primer mestizo, lo cual llevó a comprender su valor como facilitadora de los españoles pero no llegó a dilucidar las razones por las cuales es un mito tan poderoso y negativo para la cultura mexicana. El papel de Marina durante la Conquista fue notorio, pero no indispensable, así que sorprendía que hicieran de ella la responsable detrás de la hazaña conquistadora.

Para entender esta paradoja fue necesario conocer que la indígena pasó de ser un personaje histórico a uno simbólico durante la conformación de un proyecto de nación republicano que buscaba consolidarse sobre la base de una continuidad histórica y cultural –desde los tiempos prehispánicos–, que unificara a la población por medio de ciertos héroes, símbolos y rituales comunes. En esa búsqueda de aglutinación nacionalista surge Marina como símbolo y como metáfora de la traición que condenó al pueblo mexicano, debido a su posición como la primera madre del mestizaje y como la mujer que hizo a un lado lo propio para apoyar al extranjero.

Al identificar a la Malinche como la primera madre del mestizaje resultó imposible separarla de la descendencia actual y, por lo tanto, se convirtió en un instrumento perfecto para vincular el pasado con el presente en las reflexiones acerca de la identidad mexicana. Por esta razón, políticos, historiadores, filósofos, sociólogos y escritores empezaron a

aproximarse al personaje con la intención de utilizarlo para tratar de entender la mexicanidad. Esto ocurre desde el siglo XIX, pero en el XX la imagen de la indígena cobra nuevos matices que dan cuenta de complejas realidades históricas y que representan identidades en crisis. Son estas refiguraciones de la Malinche las que motivan la realización de este proyecto que encontró en las obras de Octavio Paz, Carlos Fuentes y Rosario Castellanos interesantes interrogantes acerca de la historia de México y de su cultura.

A la hora de aproximarnos a las obras, *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz fue un referente clave para comprender las otras miradas literarias que se analizarían, pues este ensayo sienta las bases para aproximarse al símbolo maldito de la Malinche en tiempos en los que el escritor consideraba que los mexicanos debían recogerse en sí mismos, contemplarse y tratar de entenderse, para luego empezar a pensar en el futuro. En su obra, que hace un recorrido por la historia de México para tratar de entender su cultura, la Malinche se convierte en la chingada, un término ambivalente que hace que esta mujer sea considerada tanto víctima de la violación como del engaño, lo cual la lleva a ser juzgada históricamente como símbolo de la entrega sin resistencia.

Al contrario de muchos escritores, Paz juzgó a Marina por su estatismo, no por su capacidad de acción. La Malinche, como indígena y mujer, no tenía la libertad de actuar en favor de los españoles sino que estaba en la obligación de hacerlo. Fue una indígena más, utilizada en beneficio de la Conquista. A pesar de que el escritor describe la difícil condición de la mujer y su vulnerable anatomía, nunca la justifica; Paz se aferra a la tradición que la consideraba responsable de la caída de Tenochtitlán, pues nunca opuso resistencia, se abrió al conquistador, dejó que la utilizaran como más les convenía y después fue abandonada.

La caracterización de la Malinche como chingada le sirve a Paz para tratar de entender al mexicano, que es el heredero de esa madre sumisa que se alió con el conquistador. Pero la figura de la indígena no es suficiente para la interpretación de Paz, pues el mestizo también ese descendiente del español y, en esa medida, está marcado por las acciones y el carácter de los conquistadores. Por esta razón, Paz plantea que, como fruto de la unión entre

la chingada y el chingón, el mestizo es producto del machismo, que hoy caracteriza al mexicano.

Al entender que para Paz el mexicano es una mezcla conflictiva entre lo indígena y lo español, el lector entonces comprende por qué el escritor considera que su cultura vive sola y avergonzada, acostumbrada a negar tanto su herencia hispana como su pasado indígena.

Según Paz, el mexicano heredó de la madre su posición temerosa, vulnerable, escéptica y pasiva, características de su lugar como dominada que se esconde del dominador y desconfía de cualquiera que le pueda hacer daño. Por esta razón, los mexicanos son quietistas, más dados a la contemplación que a la acción, lo cual los lleva a ser traidores, pues prefieren darle la espalda a la mexicanidad que los avergüenza, que disponerse a lograr cambios que les permitan progresar. Del padre, el mexicano heredó la figura del macho, así que a pesar de su inmutabilidad y su inseguridad, es resistente, hostil y siempre está preparado para defenderse.

En el recorrido de Paz se hace evidente que el mexicano se ha identificado más con los dominados que con los dominadores y en ese sentido se ha sentido víctima de la historia. Por eso Paz escribe que su pueblo está marcado por una llaga que no cicatriza. Sin embargo, vale la pena precisar que, en la década en la que se publica su obra, el escritor considera que el mexicano ya está preparado para desprenderse del yugo de la mala madre y emprender acciones que le permitan defenderse de los “chingones” imperialistas que significaban una terrible amenaza para la nación mexicana.

A partir de la figuración de la Malinche de Paz, Fuentes actualiza el símbolo en dos obras, escritas con 20 años de diferencia: la pieza teatral *Todos los gatos son pardos* y el cuento “Las dos orillas”. Fuentes heredó de Paz la concepción de Marina como responsable directa de la caída de Tenochtitlán, pero su punto de vista se sostuvo sobre la idea de que el papel de la mujer no fue estático sino activo. El escritor logró darle capacidad de acción a la indígena debido a las licencias que le otorgaba la ficción: en sus obras los españoles la empezaron a ver, poco a poco, como una igual y, en esa medida, tuvo mayor libertad de pensamiento y de acción.

Así, la chingada de *El laberinto de la soledad* se transforma en una mujer activa, sagaz y autónoma. Su femineidad, que en la obra de Paz hacía de ella una presa vulnerable del machismo, se convierte en herramienta de seducción. Por medio de la sexualidad, la indígena se impone sobre el hombre y actúa con la esperanza de encontrar una vida nueva. Para Fuentes, la Malinche se cansó de ser esclava y a la llegada de los conquistadores vio en ellos la posibilidad del cambio.

En las dos obras de Fuentes la forma de interpretar el símbolo de la Malinche cambia, pues cada una de ellas está influenciada por la realidad política y social que debió enfrentar el escritor en diferentes momentos de la historia. Sin embargo, las dos son representadas como mujeres sagaces y dadas a la acción, que adquieren importancia por su papel como lenguas. Para el escritor la palabra es más poderosa que las armas y fue clave en el proceso de conquista, pues debilitó a Moctezuma, quien enmudeció a la llegada de los españoles, y fortaleció a Cortés, quien se comunicó de manera estratégica y siempre fue consciente de la importancia de la información para alcanzar la victoria. En este contexto, el hecho de que la indígena fuera la dueña del lenguaje y de los mensajes que se transmitían entre un bando y el otro la hacía más poderosa que cualquiera.

Partiendo de esta concepción de la Malinche, Fuentes cuenta dos historias que se sitúan en la Conquista pero que tienen como punto de referencia el contexto histórico en el que fueron escritas. *Todos los gatos son pardos* fue una denuncia a la masacre de 1968 en la plaza de Tlatelolco, acontecimiento en el que el gobierno fue responsable de las muertes y las desapariciones de cientos de personas que protestaban pacíficamente por la democracia y la libertad. “Las dos orillas” se publica a los quinientos años del descubrimiento de América, días en los que la población se encontraba dividida entre aquellos que celebraban la llegada de los conquistadores y la civilización, y los que consideraban que la llegada de los españoles los había condenado a cinco siglos de atraso y violencia.

Cada una de las malinches de Fuentes, entonces, se ajusta a un contexto diferente. Aquella que se vuelve protagonista en la masacre de Tlatelolco, intercede como lengua en esa lucha de poderes que se da tanto en la conquista como en 1968 y se convierte en un símbolo que representa rebelión, protesta y transformación. A través de la palabra se intenta

alcanzar la democracia, la libertad y la justicia, así que la voz de Marina en esa lucha es indispensable a pesar de que, al final, todas esas voces de denuncia y descontento terminen siendo acalladas por gobiernos autoritarios e imperios en vía de expansión. Por su parte, la Malinche que revive a 500 años del descubrimiento, se convierte en una maravillosa aliada de Cortés y juntos logran la conquista. Por medio de esta alianza, Fuentes reconcilia esos dos mundos que conforman la mexicanidad y pone sobre la mesa la posibilidad de que el mexicano también logre reconciliarse con sus raíces. Sin embargo, al final, Marina es abandonada por Cortés y, entonces, esa reconciliación termina siendo cuestionable.

A través de estas dos malinches, Fuentes plantea que la historia de México avanza en espiral, y se repite una y otra vez. Algunas cosas cambian, como los protagonistas de los acontecimientos, pero la violencia, la amenaza del imperialismo, el abuso de los gobiernos, y la censura y el sometimiento de la población son los mismos. Para el escritor, estas problemáticas son recurrentes por dos razones principales: porque desde la Conquista el mexicano perdió el poder sobre la palabra y sobre la memoria; y porque desde hace cinco siglos ha rechazado sus raíces mestizas. Según esto, el pueblo debe sus desgracias a Marina, quien dio a luz al primer mestizo y luego de ser dueña de la palabra la perdió.

Por haber perdido el control sobre la palabra el pueblo mexicano ha estado condenado a la fragilidad, a no pertenecer a una cultura cohesionada, y, así, a sentirse siempre en una situación de vulnerabilidad con la que siempre se corre el riesgo de perder la soberanía. Por esta razón, Fuentes trata de sugerir que para enfrentar estos conflictos es necesario retomar el control sobre las palabras y reconciliarse con esa multiculturalidad que conforma la identidad mexicana. De esta forma –piensa el intelectual–, será posible sanar heridas, crear filiaciones y avanzar en el proceso de modernización.

Frente a las posiciones de Octavio Paz y Carlos Fuentes, Rosario Castellanos propone una interpretación muy diferente de la Malinche en la obra de teatro *El eterno femenino* y en su poema “Malinche”. La escritora relee la historia desde una perspectiva femenina, intenta desmitificar el pasado nacional, combate con la sátira los estereotipos de la mujer y cuestiona los papeles que se le han destinado en una sociedad patriarcal. Es decir, en oposición a la visión machista de la historia dada por Paz y a la propuesta multicultural

dada por Fuentes, Castellanos reflexiona sobre Marina desde un punto de vista feminista y revisionista.

Castellanos toma diferentes figuras femeninas que se convirtieron en íconos culturales de los mexicanos y utiliza la literatura para liberarlas de esa sociedad patriarcal que las ha constreñido en el transcurso de la historia. Entre ellas está la Malinche, quien deja de ser considerada la responsable de todas las desgracias del pueblo mexicano.

En las manos de Castellanos, Marina es un personaje complejo, que no solo piensa, actúa y es capaz de contradecir al hombre, sino que tiene un pasado que oculta una historia dramática en la que esa mujer conocida como la traidora de México en realidad fue traicionada y, en esa medida, ella es la víctima de la historia, no la victimaria.

Esta interpretación sentó las bases para múltiples reflexiones feministas que se hicieron en torno a la Malinche posteriormente, pues a través de su obra Castellanos propuso que la atribución de rasgos negativos a la Malinche no se debió simplemente a su papel como traductora, informante, amante o madre, sino a su posición como mujer; por lo tanto, la escritora plantea la posibilidad de que el malinchismo no sea más que una construcción del machismo. Así, mientras que Paz y Fuentes se instalan cómodamente en las interpretaciones tradicionales de la indígena, Castellanos revisa, con ironía, de dónde vienen esas interpretaciones y cómo estas señalan la posición del mexicano frente a la mujer.

Al acercarse el final de esta reflexión en torno a la Malinche, después de haber conocido al personaje histórico, de haber comprendido el surgimiento del símbolo, y de analizar la manera en que su imagen se ha utilizado en la literatura, se puede concluir que, aparte de todas las connotaciones culturales que ella pueda encarnar, esta indígena es la metáfora en la confluyen los dominadores y los dominados.

La Malinche ha sido conocida como la chingada y se ha dicho que su descendencia se ha sentido avergonzada por nacer de la mujer violada; sin embargo, luego del recorrido que se ha hecho a lo largo de estas páginas, puede sugerirse que esa vergüenza en realidad no surge como consecuencia a las acciones de la madre sino en el momento en el que el

mexicano se reconoce en ella; es decir, la complejidad de la Malinche no radica simplemente en que haya avergonzado a su hijos, sino en que los representó: todos hemos sido chingados.

Tal como lo reflejaron las obras de Paz, Fuentes y Castellanos, en el cuerpo de la indígena es posible identificar los rastros de los dominados: los indígenas, las mujeres, las naciones tercermundistas, los estudiantes, los obreros, los campesinos... Por esta razón, la malinche simboliza esa lucha histórica por el poder; lucha en la que los dominados generalmente siguen siendo sometidos y los dominadores siguen abusando de su posición.

Ante esta posible interpretación de la Malinche como símbolo, no deja de causar desconcierto el hecho de que la mayoría de los mexicanos –a quienes se les dio a conocer desde la escuela la leyenda negra de la Malinche– sigan culpando a una indígena de su infortunio, en lugar de voltear la mirada al español dominador, que fue el verdadero culpable y que ahora, en ese espiral que es la historia mexicana, se acerca nuevamente a conquistar su nación pero en los zapatos del norteamericano. Y así continuará repitiéndose la historia hasta que ese nacionalismo que se ha mencionado a lo largo de este proyecto empiece a utilizarse en beneficio del progreso de las naciones y no como simple proyecto de cohesión. Con respecto a esto, sesenta años después de haber sido escritas, las palabras de Paz siguen siendo relevantes y vale la pena retomarlas para cerrar esta reflexión:

Nuestro nacionalismo, si no es una enfermedad mental o una idolatría, debe desembocar en una búsqueda universal. El objeto de nuestra reflexión no es diverso al que desvela a otros hombre y a otros pueblos: ¿cómo crear una sociedad, una cultura, que no niegue nuestra humanidad pero tampoco la convierta en una vana abstracción? [...] Todo nuestro malestar, la violencia contradictoria de nuestras reacciones, los estallidos de nuestra intimidad y las bruscas explosiones de nuestra historia, que fueron primero ruptura y negación de las formas petrificadas que nos oprimían, tienden a resolverse en búsqueda y tentativa por crear un mundo donde no imperen ya la mentira, la mala fe, el disimulo, la avidez sin escrúpulos, la violencia y la simulación. Una sociedad, también, que no haga del hombre un instrumento y una dehesa de la Ciudad. Una sociedad humana (Paz [1950] 2009: 251).

BIBLIOGRAFÍA

- Amaya, Carlos (2005). “Los acontecimientos del 68 como repetición histórica en *Todos los gatos son pardos* de Carlos Fuentes”. *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*. Otoño, No. 19, 13-41.
- Bowsher, Kerstin. “(De-)constructing Post-Colonial Identities: A Reading of Novels by Carlos Fuentes and Abel Posse”. *Hispanic Research Journal*, Vol. 6, No. 2, June 2005, 131–145.
- Buitrago de Muñoz, Ana Gilma (2002). *Tres perspectivas temporales en la narrativa de Carlos Fuentes*. Tesis (Doctora en literatura). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Campos, Gabriela (2006). “Dos miradas sobre México: Fuentes y Monsiváis”. *Anclajes*. X.10 (diciembre).
- Castellanos, Rosario (1964). “La novela mexicana contemporánea y su valor testimonial”. *Hispania*, Vol. 47, No. 2 (May), pp. 223-230.
- Castellanos, Rosario (1974). *El uso de la palabra*. México: Ediciones de Excelsior.
- Castellanos, Rosario ([1975] 1986). *El eterno femenino*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Cerutti Guldberg, Horacio. *Diccionario de Filosofía Latinoamericana*. Biblioteca Virtual Latinoamericana de la Universidad Autónoma de México. http://www.cialc.unam.mx/pensamientoycultura/biblioteca%20virtual/diccionario/1_pr esentacion.htm. (Consultado: noviembre 15 de 2011).
- Chrzanowski, Joseph (1975). “Consideraciones temáticas-estéticas en torno a *Todos los gatos son pardos*”. *Latin American Theatre Review*. Fall. 11-17.
- Cirigo, Alberto (2010). “La malinche”. *Contenido* 561: 56-63.
- Cortés, Hernán ([1678] [1933]1992). *Cartas de relación*. México D.F.: Editorial Porrúa.
- De Ballester, Ana (2001). “La verdadera Malinche”. *Contenido* 452: 74-81.
- De las Casas, Fray Bartolomé ([1552] 2011). *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Gran Canaria: Red Ediciones.
- Díaz del Castillo, Bernal ([1575] [1632]1939). *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. México D.F.: Pedro Robredo.

- Dröescher, Bárbara (2010). “La India Catalina, ¿otra Malinche?” en Carlos Rincón, Sarah de Mojica y Liliana Gómez, eds. *Entre el olvido y el recuerdo: íconos, lugares de memoria y cánones de la historia y la literatura en Colombia*. Bogotá: Editorial PUJ.
- Durán Eva. “Cartagena, la ciudad de las mentiras”. *Café Berlín*. En línea: http://www.delagrancia.de/ev_1.htm. (Consultado: junio 14, 2012).
- Estrada, Gerardo (2010). “Apuntes para una historia de la cultura mexicana en el siglo XX” en Roberto Blancarte, *Los grandes problemas de México*. México D.F.: El Colegio de México.
- Fernández, Anna María (2008). “Malinali: discursos y creación cultural”. *La ventana*, No. 28, 88-125.
- Franco, Jean (2005). “La Malinche: del don al contrato sexual”, *Debate Feminista: Sexualidad, Teoría y Práctica* Año 6, Vol. 11: 251-270.
- Franco, Jean ([1989] 1994). *Las conspiradoras. La representación de la mujer en México*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Fuentes, Carlos ([1970] 2008). *Todos los gatos son pardos*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Fuentes, Carlos ([1991] 2005). *Ceremonias del alba*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Fuentes, Carlos (1992). *El espejo enterrado*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Fuentes, Carlos ([1993] 2003). *El naranjo*. Madrid: Alfaguara.
- Fuentes, Carlos (2000). “Hernán Cortés”, *Nexos*. Enero, edición digital: <http://www.nexos.com.mx/?P=leerarticulo&Article=2099565> (Consultada: junio 27, 2012).
- Galeano, Eduardo ([1971] 2006). *Las venas abiertas de América Latina*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Glantz, Margo (1994). “Las hijas de la Malinche”. *Esguince de cintura*. México D.F.: Conaculta.
- González, Cristina (2002). *Doña Marina (La Malinche) y la formación de la identidad mexicana*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- González, Felipe (1944). *Doña Marina, la india que amó a Hernán Cortés*. Madrid: Ediciones Morata.
- González y González, Luis (1994). *Viaje por la historia de México*. México D.F.: Conaculta, Gobierno Federal e Instituto Nacional de Antropología e Historia. En línea http://www.sep.gob.mx/es/sep1/Viaje_Historia_Mexico. (Consultado mayo 2012)

- Hellerman, Kasey (1974): "The Coatlicue-Malinche Conflict: A Mother and Son Identity Crisis in the Writings of Carlos Fuentes". *Hispania*, Vol. 57, No. 4, Dec., pp. 868-875.
- Lemaitre, Monique ().
- León Portilla, Miguel ([1959] 2000). *Visión de los vencidos*. Madrid: Dastín.
- López de Gómara, Francisco ([1552] 2000). *La conquista de México*, edición de José Luis de Rojas. Madrid: Dastín Historia.
- Martí Puig, Salvador. "Sobre la emergencia e impacto de los movimientos indígenas en las arenas políticas de América Latina. Algunas claves interpretativas desde lo local y lo global". Universidad de Salamanca. Edición digital: http://campus.usal.es/~dpublico/areacp/Doctorado0304/Seminario_Investigacion03/Smarti04.PDF. (Consultado noviembre 22 de 2011)
- Martínez, Nelly (2001). "La campaña de Carlos Fuentes y otros textos: en los albores del nuevo siglo". *Revista de Estudios Hispánicos* de McGill University. No. 35, 309-332.
- Marting, Diane E. (1990). *Escritoras de Hispanoamérica*. Bogotá: Siglo Veintiuno.
- Meza, Otilia ([1985]1994). *La Malinche, la gran calumniada*. México D.F.: Edamex.
- Mijares, Enrique (2008). "El sueño de la Malinche: la historia sembrada de espejismos". *Revista Conjunto*. Julio-diciembre, No.148-149.
- Monsiváis, Carlos (1981). "Notas sobre el Estado, la cultura nacional y las culturas populares en México". Cuadernos Políticos, número 30, México, D.F., editorial Era, octubre-diciembre, pp. 33-52.
- Múnera, Alfonso (1998). *El fracaso de la nación. Región, clase y raza en el Caribe colombiano (1717-1821)*. Bogotá: Banco de la República y Áncora Editores.
- Múnera, Alfonso (2005). *Fronteras Imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Planeta, 2005.
- Meza, Otilia ([1985] 1994). *La Malinche, la gran calumniada*. México D.F.: Edamex.
- Paz, Octavio ([1950] 1992). *El laberinto de la soldad*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Paz, Octavio ([1970] 2005). *Postdata*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Peñuela Cañizal, Eduardo (1979). "Myth and Language in a Play by Carlos Fuentes". *Latin American Theatre Review*. Fall. 15-25.
- Perilli, Carmen (2002). "La literatura como máquina de narrar la nación. Carlos Fuentes y Elena Poniatowska". *Anclajes* VI.2, Parte 1, diciembre, 137-153.

- Poniatowska, Elena ([1971] 1992). *La noche de Tlatelolco*. México D.F.: Era.
- Poniatowska, Elena (1985). "Prólogo". *Rosario Castellanos. Meditación en el umbral: Antología poética*. Comp. Julián Palley. México: Fondo de Cultura Económica.
- Poniatowska, Elena (2008). "Matanza en Tlatelolco". *El País*. Madrid, abril 19. Versión digital http://elpais.com/diario/2008/04/19/babelia/1208561965_850215.html (Consultada: febrero 13, 2012).
- Prado, Gloria (2003). "La construcción de un pasado histórico: Entre la ficción y la historia". *Revista del Departamento de Letras de la Universidad Iberoamericana* 2: 1 (2): 29-43.
- Pulido, Begoña (2010). "Ambiciosos, traidores y patriotas en la novela del siglo XIX: El caso de Cortés, la Malinche y Jicoténcal". *Revista UIC* 17: 30-35.
- Pulido, Juan José (1993). "El humor satírico en El eterno femenino, de Rosario Castellanos". *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, Vol. 17, No. 3 (Primavera), pp. 483-494
- Ramos, Samuel ([1934] 1951). *El perfil del hombre y la cultura en México*. Espasa.
- Rivera-Rodas, Óscar (2009). "Rosario Castellanos y los discursos de identidad". *Literatura mexicana*. UNAM. Edición XX.1. 89-118.
- Rodríguez, Gustavo A (1935). *Doña Marina*. México D.F.: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Rodríguez, Sonia (2010). "El espejismo del desierto: migración femenina en la literatura mexicana". *Filología y Lingüística* 35 (2): 139-150.
- Todorov, Tzvetan ([1982] 1999). *La conquista de América. El problema del otro*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Vergara Estévez, Jorge (2000). "El Laberinto de La Identidad en Octavio Paz". *Concordia: Revista Internacional de Filosofía* 37: 69-82.
- Villoro, Luis (1998). "Sobre la identidad de los pueblos". *Estado plural, pluralidad de culturas*. México: UNAM/Paidós, pp. 63-78.
- Zea, Leopoldo (1971). *América como conciencia*, edición digital: <http://revistakatharsis.org/zea.pdf> (Consultada: enero 27, 2012).
- Zea, Leopoldo (1985). *El problema de la identidad latinoamericana*. México D.F.: Universidad Autónoma de México.